

Septiembre 2018 8

BOLETÍN OFICIAL
de las **DIÓCESIS de la**
PROVINCIA ECLESIASTICA
de **MADRID**

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

- Siempre junto a Pedro 1081
- "Ánimo, soy yo, no tengáis miedo" 1084
- Arraigados en la oración y en la ayuda a los demás 1087

HOMILÍAS

- Vigilia de oración con jóvenes 1091
- Apertura de curso del Consejo General del Poder Judicial 1095
- Funeral por Anastasio Gil 1098
- Inauguración de la visita pastoral a la Vicaría VIII 1104
- Festividad Virgen del Puerto 1112
- Inauguración de la visita pastoral a la Vicaría V 1116
- 50 aniversario de la Comunidad Sant' Egidio 1124

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1129
- Defunciones 1133
- Sagradas Órdenes 1135
- Asociaciones y Fundaciones Canónicas 1136
- Actividades Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid. Septiembre 2018 1137

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Carta Pastoral "Buscando la verdadera respuesta LA SANTIDAD" 1143

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 1175
- Actividades Sr. Obispo. Septiembre 2018 1178

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta "Nuestro próximo plan de evangelización" 1183
- Decretos 1187

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1193
- Defunciones 1196

Conferencia Episcopal Española

- El viernes 7 de septiembre falleció Anastasio Gil, director de la Comisión Episcopal de Misiones 1197
- Mons. Ángel Fernández Collado nombrado obispo de Albacete 1199

Iglesia Universal

- Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación 1201
- Día internacional de las personas sordas 1205
- Mensaje a los católicos chinos y a la Iglesia Universal 1208

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVI - Núm. 2915 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

SIEMPRE JUNTO A PEDRO

10 al 16 de septiembre de 2018

Hace unos días escribía en mi cuenta de Twitter: "Papa Francisco, eres valiente en desvelar la verdad del Evangelio y mantener viva la misión de la Iglesia: dejas entrar, devuelves dignidad, eres pobre y estás con los pobres, abres los ojos para ver, pides perdón. Rezamos por ti". En esta línea, esta semana quiero manifestaros algo que llevo en el corazón siempre: la Iglesia de la que somos miembros o está unida a Pedro -y hoy Pedro es Francisco- o pierde su identidad. Aquella que Nuestro Señor Jesucristo quiso darle desde el principio: somos un Cuerpo con muchos miembros y cada uno de ellos tiene su función, pero quien da unidad en su esencia, en el amor, la fidelidad y la visibilidad en este mundo de la misión que el mismo Señor le entregó, es el Sucesor de Pedro.

Desde el inicio de su pontificado, el Papa Francisco nos ha dado ejemplo con su vida de cómo el Señor nos ha elegido y nos ha hecho miembros vivos de la Iglesia. Por pura gracia nos llamó a la pertenencia eclesial para estar dando vida siempre. Esa vida que se nos regaló en el Bautismo y que, aprendiendo de Nuestro Señor Jesucristo, la damos sin guardar nada para nosotros. ¿No es esto lo que nos

enseña el Papa no solo con sus palabras, sino con su vida misma? Nos recuerda que "sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos", tal y como nos dice el apóstol san Juan. Nos está mostrando con su actuar y con sus palabras que "el que odia es homicida y no lleva vida sino muerte". Lo hace regalando misericordia, que es "la viga maestra que sostiene la Iglesia", y poniéndonos en la verdad ante todas las intoxicaciones, pecados, infidelidades y abusos que aparecen en el mundo y también en algunos miembros de la Iglesia.

¡Qué esperanza y alegría engendras en nuestro corazón al verte dando vida siempre en tus encuentros, por ejemplo en el que hace muy pocos días has tenido en Irlanda con las familias, y con tus palabras dirigidas a todos los hombres en todos los caminos en los que se encuentren! Gracias, Papa Francisco, porque con tu comportamiento, incluso con quienes se manifiestan contrarios, siempre das esa respuesta que solamente se puede dar cuando uno vive lo que nos dice san Juan: "Hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos".

Además, Papa Francisco, en tu ministerio petrino nos estás hablando y enseñando a responder a esta pregunta: ¿cómo se curan las heridas que aparecen en la vida de los hombres? Se curan cuando somos capaces de dejarnos llevar por la gracia y por el amor de Cristo, cuando somos su luz, sus manos, su corazón, sus pies. Es así como curamos. No lo hacemos desde una versión ideológica de la fe que responde a gustos personales, sino desde un seguimiento radical de Jesucristo, que "espera sin límites, aguanta sin límites y ama sin límites", hasta dar la vida por quien es diferente y es capaz de vivir y decir como Él desde la Cruz: "Perdónalos que no saben lo que hacen". Curamos cuando vamos envueltos en la gloria del Señor y entramos por los caminos de su justicia, de su paz y de su amor.

Gracias, Papa Francisco, porque nos propones siempre decir al Señor: "Aquí estoy", es el gesto de María nuestra Madre. Nos enseñas a mirar como Ella y a que palpite nuestro corazón al unísono de su corazón. Cuando le decimos al Señor: "Aquí estoy", hacemos sus obras y estamos aprendiendo junto a Pedro, junto a ti, Papa Francisco, a soltar cadenas injustas, desatar correas del yugo, liberar al oprimido, saciar el alma del afligido, partir el pan con el hambriento, hospedar al pobre sin techo, cubrir al desnudo... A nunca desentendernos de los nuestros que son todos los hombres. Esto puede incomodarnos, porque nos hace salir de nosotros mismos y ponernos ante el Señor. Cuando queremos vivir sin movernos, sin cambiar, como si nada estuviera pasando en nuestro mundo, sin cambiar nuestro

corazón y nuestra mirada, molesta. Pero si somos sinceros con nosotros mismos y ponemos la vida a la luz del Señor, hemos de agradecerle que nos lo recuerde y que nos diga que ha de ser "el Señor el que nos guíe siempre".

El amor de Dios es misericordioso, y ese amor nos juzga. Papa Francisco, nos lo haces ver con tu presencia entre nosotros, con tus reacciones, con tus decisiones... En todos los que encontramos, nos haces ver que son rostros y llagas de Cristo. ¡Cuánto bien nos haces y cómo agradecemos tener buen guía! ¡Qué paciencia tienes para reunirnos y mostrarnos que nos enriquecemos unos a otros y que nadie sobra en la Iglesia! ¡Qué fortaleza manifiestas cuando no te arredras ante las dificultades! Gracias.

Contigo como Sucesor de Pedro y entre todos y con todos, sin excluir a nadie, hacemos posible que otros puedan decir: "Yo como ellos". Sigue ayudándonos. Las voces discordantes, cuando son para buscar lo suyo, no las escucha nadie y, si alguien lo hace en un primer momento, enseguida se da cuenta de que es una voz extraña y su corazón y oído pronto le hacen caer en la cuenta de que esa no es la voz del Señor que nos llama siempre a la unidad, a la paz, a crear la gran familia de los hijos de Dios. Contigo, Papa Francisco, percibimos cómo Pedro sigue guiando a la Iglesia y sigue proponiéndonos lo mismo que el Señor: "Rema mar adentro, no tengas miedo".

Manifestemos nuestra unidad con el Sucesor de Pedro, el Papa Francisco, que nos está invitando a tener un encuentro abierto con Cristo y así ir adonde y como están hoy los hombres. "La Iglesia está llamada a ser siempre casa abierta del Padre" (EG 47).

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

"ÁNIMO, SOY YO, NO TENGÁIS MIEDO"

17 al 23 de septiembre de 2018

En un contexto como el que nos toca vivir, en el que se suceden rápidamente muchos acontecimientos, algunos de los cuales afectan a la Iglesia y tocan el corazón de los creyentes y afectan a todos, quisiera acercaros la mirada que han de tener los discípulos misioneros. Una mirada que no es la puramente sociológica, esa que pretende verlo todo de una manera aséptica y neutra. La mirada que hemos de tener los discípulos de Jesús, miembros vivos de la Iglesia, que formamos el Pueblo de Dios, requiere un discernimiento evangélico que necesariamente tiene que alimentarse a la luz de Cristo y con la fuerza del Espíritu Santo.

Hay una página del Evangelio que nos sitúa en nuestra verdad y que nos da aliento, esperanza, realismo y capacidad para estudiar los signos de los tiempos, manifestados en algunas realidades del presente que no están bien resueltas y que, ciertamente, desencadenan procesos de deshumanización y de pecado, con una fe sin obras o con obras contrarias al deseo de Cristo y que generan increencia, desconfianza, negatividad, son obras que atentan contra el proyecto de Dios. Todo ello pide de nosotros reconocer e interpretar y elegir las mociones del buen espíritu,

rechazando las del malo. ¿Qué sucedió el día en que Jesús alentó a los discípulos a que subieran a la barca y se adelantaran mientras Él despedía a la gente? (cfr. Mc 6, 45-52). Me vais a permitir hacer una lectura sapiencial del texto: la barca es la Iglesia; los discípulos, nosotros; la tormenta son realidades de pecado presentes y que afectan a la misión de la Iglesia; la entrada de Jesús en la barca y la llegada de la calma es la muestra evidente de que ha de ser Jesús quien guíe, aliente y marque dirección a la Iglesia. Pero al mismo tiempo la calma llega porque ha llegado quien da seguridad y confianza, quien perdona y marca siempre la dirección.

Recordemos el suceso y sepamos contemplar todo lo anterior en la Palabra del Señor: "Llegada la noche, la barca estaba en mitad del mar y Jesús, solo, en tierra. Viéndolos fatigados de remar, porque tenían viento contrario, a eso de la cuarta vigilia de la madrugada, fue hacia ellos andando sobre el mar, e hizo ademán de pasar de largo. Ellos, viéndolo andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma y dieron un grito, porque todos lo vieron y se asustaron. Pero él habló enseguida con ellos y les dijo: "Ánimo, soy yo, no tengáis miedo". Entró en la barca con ellos y amainó el viento".

Iglesia, ¿quién eres?, ¿qué dices de ti misma? La *Lumen gentium* y la *Gaudium et spes*, dos grandes constituciones del Concilio Vaticano II, nos dan claves para afirmar la identidad y vivir en misión. ¡Qué bien nos viene recuperar permanentemente este camino! Estamos insertos en una sociedad para ser fermento, lugar de acogida, de encuentro, de diálogo, de descanso y de encanto. Y a pesar de los pecados de los que formamos parte de la Iglesia, ¿qué institución hay en el mundo que pueda presentar tantos espacios en todas las latitudes de la tierra donde se dé acogida, encuentro, diálogo, descanso, dignidad, recuperación de las esencias de la dignidad de la persona? En todos los lugares donde hay sufrimiento, ¿quién es la primera que se acerca, no solamente mandando cosas, sino enviando personas? Es verdad que cuando no dejamos entrar a Jesús en la barca (Iglesia) a esos espacios les falta vida, no hay audacia y coraje apostólico que son constitutivos de la misión; a la larga podemos tener una ONG, pero no la Iglesia con el diseño que la dio Cristo.

Nos detienen nuestras miserias, pero no olvidemos esto: Él "entró en la barca", Él está en la Iglesia. Necesitamos dejarnos empujar por el Espíritu que está en la Iglesia, que la guía y acompaña siempre, lo hizo desde el inicio, lo sigue haciendo y lo hará hasta el final de los tiempos. Por ello tengo que deciros con la fuerza que tiene la Palabra del Señor: "No tengáis miedo". Habrá tempestades provoca-

das por nuestras infidelidades y pecados, las habrá provocadas por quienes saben y experimentan la fuerza de la Iglesia. Pero nosotros, miembros de la Iglesia, no tengamos la tentación de dejarnos paralizar por temores y peligros, dejémonos llevar por el Espíritu y sintamos necesidad de orar juntos pidiendo parresía y haciéndolo como los primeros, los mismos que habían tenido miedo: "Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos predicar tu palabra con toda valentía" (Hch 4, 29).

Como Iglesia de Jesucristo, mostremos que somos sacramento del Reino de Dios y no un grupo social más, no nos dejemos reducir a supuestos meramente culturales o sociales, siendo aceptada o rechazada en función de aciertos políticos o cálculos estratégicos. La Iglesia es parte del mundo, pero ha de ser ella, tiene que estar en el mundo y tiene que ser ella misma. La Iglesia iluminada por la Palabra de Dios ha de entrar en las honduras de las vidas de los hombres y de todas las situaciones del mundo. "No tengáis miedo".

No reduzcamos nuestra acción evangelizadora a la sacristía, sepamos llegar con la audacia evangélica a todos los caminos donde transitan los hombres, especialmente los más pobres. ¿Quién tiene y quién defiende a los más pobres no solamente con palabras? Conformemos, renovemos y revitalicemos la novedad del Evangelio en nuestras vidas de tal manera que se susciten discípulos misioneros que tienen experiencia profunda de Dios, vivencia comunitaria, conocimiento de la Palabra de Dios, compromiso misionero. Como nos recuerda el Papa Francisco, "cuando la sociedad -local, nacional o mundial- abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad" (EG 59).

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro
Arzobispo de Madrid

ARRAIGADOS EN LA ORACIÓN Y EN LA AYUDA A LOS DEMÁS

24 al 30 de septiembre de 2018

A una semana del inicio del Sínodo de obispos en Roma, con el título *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, quiero recordaros unas palabras del Papa Francisco a los jóvenes pronunciadas el 13 de enero de 2017: "He querido que ustedes ocupen el centro de la atención porque los llevo en el corazón. [...] Los invito a escuchar la voz de Dios que resuena en el corazón de cada uno a través del soplo vital del Espíritu Santo. [...] Un mundo mejor se construye también gracias a ustedes, que siempre desean cambiar y ser generosos".

El Papa Francisco nos está invitando a todos, y de una manera especial a los jóvenes, a "construir con otros un mundo más humano". ¿Cómo hacerlo? Ayudando a los jóvenes a que sean arriesgados para seguir a Jesucristo, que busquen la sabiduría en quien la tiene sin engaño, viviendo sin nostalgias de un tiempo pasado y observando también las oscuridades que tenemos en este tiempo, las emergencias de las que tanto nos hablan que tiene nuestra época. Reaccionemos, que no es buscar o pedir una intervención espectacular, pero sí situarnos junto a otros para

mirar más allá de uno mismo, probando incluso caminos nuevos, con la esperanza de que puede surgir algo mejor.

Contemplamos en el mundo de los jóvenes, en todas las latitudes de la tierra, aunque se den con acentos distintos y de formas diferentes, deseos, necesidades, sensibilidades, modos de relacionarse con los demás que son nuevos. Así nos lo ponen de manifiesto los encuentros internacionales de jóvenes con el Papa. "Con la globalización los jóvenes tienden a ser cada vez más homogéneos en todas las partes del mundo". No obstante, en muchos lugares encuentran dificultades para tener horizontes que les hagan tomar opciones de vida: falta de libertad, pobreza, exclusión, migraciones, crecimiento sin familia, abandono, explotación, trata, esclavitud...

En situaciones de cambio como las que estamos viviendo, conscientes de que estamos en una nueva época, nos corresponde a todos plantear los fundamentos de la vida. ¿Dónde encontrar esos fundamentos? Me atrevo a haceros una propuesta, es la que os digo en el título de esta carta: "Arraigados en la oración y en la ayuda a los demás". ¿Qué significa ese arraigo y esa ayuda? Atrevemos a conformarnos interiormente con Cristo, que siempre está presente en su Iglesia. Una Iglesia que irradia el Espíritu de Cristo en todo lo que existe, en la sociedad, la cultura, el universo, manifestando así la Belleza más grande, sin la cual no entregamos ni suscitamos la verdadera belleza en el mundo, pues lo más bello se manifiesta en la unión del cielo y la tierra.

¿Qué aprendizaje tendríamos que hacer para encontrar ese arraigo y sabiduría que nos da la oración y para ayudar a los demás con el comportamiento que nos pide el verdadero encuentro con el prójimo? Alcancemos esas dimensiones que han de estructurar nuestra vida: aprendamos a ser y convivir, a ser protagonistas de la ayuda a los demás y a habitar juntos en este mundo. El Evangelio da unos contenidos a estas dimensiones que deseo comentar:

1. Aprendamos a ser y a convivir. El Señor nos da y nos regala su propia oración, el padrenuestro. Nos regala esta manera de ser y de convivir, siendo y viviendo como hijos de Dios y hermanos de todos los hombres. Hagamos este aprendizaje con Él. Precisamente por eso decimos: "fieles a la recomendación de Dios nos atrevemos a decir". En las tres primeras peticiones se nos dice lo esencial, pues imploran que Dios sea todo en todos: "Padre Nuestro que estás en el cielo,

santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino". Las siguientes peticiones nos plantean y nos regalan los medios y las condiciones para colaborar en este acontecimiento: "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden y no nos dejes caer en la tentación, líbranos del mal". Esto es esencial, pues cuando se debilitan las certezas, cuando se manifiesta una pluralidad moral a veces a la carta, es difícil orientar la dirección que tiene que mantener el ser humano y se hace más preciso incrementar el descubrimiento de quiénes somos, desarrollando la dimensión trascendente.

2. Aprendamos a ser protagonistas de la ayuda a los demás. El Señor nos lo manifiesta en la parábola del buen samaritano. Le preguntan: "¿Quién es mi prójimo?" y, con su respuesta, nos hace ver cómo ha de ser nuestro protagonismo para ayudar a los demás. Hombres creyentes pasan al lado de un hombre apaleado, medio muerto, pero siguen su camino. Solamente uno baja de su cabalgadura, se acerca a él, lo mira, lo cura, lo vinda, lo toma en sus brazos, lo pone en su cabalgadura y lo lleva a que lo cuiden hasta recuperarse, pero sin desentenderse de él, pues volverá a verlo. Ser protagonistas supone establecer vínculos personales con los que encuentro en mi camino, basados en la apertura a todos los hombres, capaces de experimentar en uno mismo los sentimientos de Cristo, viendo en todos al mismo Cristo. Ser protagonistas en ayudar a los demás supone también colaborar en proyectos y tareas comunes.

3. Aprendamos a habitar juntos en este mundo. ¡Qué grande es asumir la responsabilidad de ocuparnos de curar todas las heridas que esta humanidad padece! Lo cual no quiere decir que todo el mundo tenga que adoptar una manera concreta de vivir, sino que todos pongamos en valor lo que necesitamos para vivir, ese amor que alcanza la belleza más grande en Jesucristo y que tan bellamente describe el Señor cuando nos dice: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado". Ese "como yo" es lo más importante. En la carta a los corintios, san Pablo describe ese amor con su belleza y sus conquistas y, si vivimos de él, haremos habitable este mundo: paciencia sin límites para reconocer al otro, que tiene derecho a vivir, nunca es un estorbo; servicio, hacer el bien siempre, experimentar la felicidad de dar; sin envidias, sanando la vida, sin malestar por el bien del otro; sin arrogancias, sin aparecer superior a los demás, sin entrar en la lógica del dominio del otro; amables, respetando la libertad, que sea el otro quien abra el corazón; desprendidos, sin encerrarnos en intereses personales; sin ser violentos, sin poner-

nos a la defensiva, aislándonos y enfermándonos; perdonando siempre, aprendiendo de Dios mismo, es la experiencia liberadora que el mismo Dios nos ofrece y que nos pide que ofrezcamos a todos; descubriendo la alegría y la felicidad que nacen de dar siempre más que recibir; disculpar, cuidando la imagen de los demás, hablando bien del otro; confiando siempre, lo que hace posible una relación de libertad y renuncia a la posesión y el dominio; esperanza siempre, sobrellevando todas las contrariedades.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

(07-09-2018)

En presencia de nuestro Señor Jesucristo, a quien adoramos, y de quien hemos escuchado esta Palabra que es la que se va a proclamar este próximo domingo, le decimos: gracias por darnos un nuevo curso. Después de un tiempo y de unos meses en que no nos hemos reunido, volvemos a juntarnos aquí, en nombre de todos los jóvenes que viven en Madrid, en torno a Jesucristo. Les traemos a todos. Quisiéramos que con nosotros estuviesen todos. Pero el Señor también se las arreglará para tocar el corazón y para poder decirnos y decir a cada uno lo que hace un momento escuchábamos en el Evangelio: efetá. Ábrete del todo. Abre tu vida. Abre tu vida a los demás y abre tu vida a Dios.

Yo quisiera resumir lo que os voy a decir en esta catequesis de este primer mes del nuevo curso en tres palabras: encerrados, salvados, reconocidos.

Sí. Es verdad que, a veces, el ser humano está cerrado. Lo mismo que Jesús atravesaba la decápolis -que es la actual Siria, o Jordania-, lugares de máxima actualidad en estos momentos de la historia, y le presentan a un hombre que

tenía cerrados el oído y la lengua. Este hombre era esclavo de su propia sordera. No logra entender lo que dicen. Y no puede decir lo que quiere. Por eso, él vive encerrado en sí mismo. Como alguien incapaz de escuchar y de hablar. Sin poder conversar con los demás. Es lo más triste que hay. Y cuidado que se han inventado cosas en estos años: aparatos para oír mejor... Pero no es ese el problema, queridos amigos. No es ese el problema que nos plantea Jesús esta noche y que, con su presencia quizá nos lo hace entender mejor. Jesús nos habla que el ser humano tiende a cerrarse en sí mismo. Y tiende a mirar para sí mismo, y a dejar de mirar para los demás. Y tiende a escucharse a sí mismo, y lo que él necesita. Pero a veces no escucha las situaciones que tienen los demás. Y, además, porque se da ese encierro, no se comunica, no dice palabra; porque Dios nos ha dado un modo de comunicarnos, que es poder hablar, poder conversar, poder decirle algo al Señor.

¿No os habéis dado cuenta de que todos, en algún momento de nuestra vida, hemos estado encerrados? ¿No os dais cuenta de que a veces, en estos momentos mismos, podemos cerrarnos a los demás? Podemos ver solamente y conversar con aquellos que nos va bien y nos conviene. Pero no escuchamos y conversamos con otros. Y, por supuesto, muchas veces prescindimos de Dios. Le arrinconamos. Él, que como podéis ver no solamente estuvo entre nosotros y vivió con nosotros hace 21 siglos, haciéndose hombre y viniendo a esta tierra a través de esta mujer excepcional que este año, para nosotros, adquiere una importancia especial, cuando estamos celebrando el Año Jubilar Mariano aquí, en la catedral. Esta mujer que dijo a Dios sí, quiso comunicarse con Dios y quiso comunicarse con los hombres, y regaló lo mejor de sí: puso su vida a disposición de Dios y a disposición de los hombres.

Sí. Encerrado. Yo estoy seguro de que si pudieseis hablar ahora aquí - es que somos muchos-, y pudiésemos contar si alguna vez en nuestra vida hemos estado encerrados hacia los demás... vemos a los que nos interesa, pero no vemos a toda esa gente que a veces está pasando necesidades, que no tiene qué meter que meter en su estómago, que no tiene un lugar donde dormir esta noche... Pero, sobre todo, cuando nos cerramos a Dios. A un Dios que ha venido a visitarnos, que ha querido estar con nosotros, que se ha hecho hombre. Que, además, quiere prolongar su presencia en medio de nosotros a través del misterio de la Eucaristía. Y por eso nosotros lo ponemos en el centro. Él, prolongando su estancia y su comunión con nosotros, en el misterio de la Eucaristía. No ha querido abandonarnos. Se hace realmente presente. Y nosotros encerrados...

En segundo lugar, otra palabra: salvados. Salvados. Le piden al Señor aquellas gentes que le imponga las manos. Es un gesto de transmisión de la fuerza vital de Jesús. Y Jesús, en vez de imponerle la mano, le mete los dedos en los oídos, y con la saliva le tocó la lengua. ¿Sabéis? En la antigüedad - es una manera de decirnos esto que os voy a contar-, en la antigüedad uno sabía si uno había muerto o no cuando dejaba de tener saliva. Y por eso Jesús utiliza este gesto de su saliva: su vida, meterla en la vida de quien está sordo, de quien no escucha, de quien está cerrado a Dios y a los demás. Y esta noche, ¡qué maravilla! Viene Jesús aquí con nosotros, está entre nosotros, y quiere entrar en tu corazón, quiere entrar en tu vida, quiere que tengas voz, quiere que tengas oído, quiere que escuches las necesidades de los demás, quiere que organices tu vida no desde cualquier palabra sino desde la palabra de Dios.

Meter los dedos en los oídos quiere decir que Jesús tiene que vencer la fuerte resistencia que nosotros tenemos para escuchar de verdad a los demás. Y tocar la lengua con su saliva es signo terapéutico, es signo íntimo de fuerza personal del ser humano, de la presencia de alguien que cura, que vincula. Curar con saliva es curar con la propia vida. Es la vida de Jesús la que entra en nuestra vida.

¡Qué maravilla, queridos hermanos! Hemos venido aquí todos, empezando por vuestro cardenal, hemos venido aquí, esta noche... También yo me encierro, no creáis que no. No estamos libre ninguno. ¿O qué creéis, que yo no me confieso? Todas las semanas. Porque a veces no veo que yo haga lo que tengo que hacer por vosotros. Yo no puedo guardar mi vida para mí. Yo no he venido a Madrid a veranear: para eso me quedaba en mi tierra, Santander. He venido a dar la vida. Y a veces veo que guardo. La guardo para mí en vez de dárosela a vosotros, y la guardo también a veces para mí en vez de dársela al Señor. Y es de Él. Es el que me orienta a darla por vosotros. Pero os pasa igual a vosotros. Bien. Pero resulta que esta noche hemos venido aquí y está el Señor entre nosotros. Y viene a salvarnos. Viene a recuperarnos. Viene a meter su vida en nuestra vida. Viene a decirnos: rema mar adentro, no tengas miedo, adelante, sígueme, que no te engaño. Y te doy lo más grande que un ser humano puede tener: mi amor, mi entrega, mi fidelidad.

Y, en tercer lugar, reconocidos. ¡Qué maravilla! Reconocidos. ¿Sabéis cómo nos reconoce? ¿Cómo reconoció a aquel hombre? Mirando al cielo Jesús, suspiró y le dijo a aquel hombre: efetá. Ábrete. Mirando al cielo. El cielo es el origen. Es la fuerza de la fuerza de Jesús. La fuerza que viene de arriba. Y es la fuerza que quiere meter en nuestra vida el Señor. Y ese suspiro que Jesús deja escapar en el momento

de tocar los oídos del sordo nos revela que Él se identifica con los sufrimientos de la gente, que participa de la desgracia de los hombres, que se hace cargo de nosotros. Tanto cargo, que nos reconoce. Efectá. Ábrete. Y no nos abrimos por nuestra fuerza, sino nos abrimos con la fuerza de Jesús. Porque, quizá, como os decía, antes hemos venido cerrados. El Señor nos salva. Nos salva. Nos impone las manos, nos mete los dedos en los oídos, la saliva en nuestra boca, nos da su vida. Y nos reconoce. Efectá. Ábete. Ábrete a mí. Y si te abres a mí, necesariamente tienes que abrirte a los demás. Porque en el prójimo está Jesucristo. Y no en el prójimo que se parece a ti. No en el prójimo que te da la razón. Tue también está. Pero está en el que no te da la razón, en el que es contrario a ti, en el que te pone dificultades, en el que te pone la zancadilla. A ese también le tienes que decir: efectá. Dar la vida de Jesús.

Encerrado. Salvado. Reconocido. Recordad esto. Estas tres palabras. Y Jesús viene esta noche para decirnos: efectá.

Amén.

HOMILÍA CARDENAL OSORO
EN LA APERTURA DE CURSO
DEL CONSEJO GENERAL DEL PODER JUDICIAL

(10-09-2018)

Hermanos y hermanas:

Es una gracia para mí el poder estar con vosotros en este día en que iniciáis la apertura del curso del Tribunal Supremo y del Consejo General del Poder Judicial. Y es alegría porque, de alguna manera, acogéis también en el trabajo que realizáis, especialmente importante en la vida y en la convivencia de todos, el poner la luz que nos entrega nuestro Señor Jesucristo, y que acabamos de repetir todos juntos en el salmo 5 que hemos recitado cuando decíamos todos "Guíame con tu justicia".

Hay diez tareas de este salmo que acabamos de expresar que nos afectan de una manera especial. No a la maldad. Porque son tareas de la justicia que embellecen la convivencia. Nos decía el salmista: no a la maldad; no a dar sitio al mal en ningún lugar; no a quien mira por encima al otro, sino que lo mira reconociendo su dignidad; no a los malos hechos; no a la mentira; no al que hace sangre con su hermano; no al que traiciona y vive en la mentira. Y sí a los que te acogen: acogen tu

justicia, acogen tu luz. Protégelos. Y protege a quienes buscan el gozo de la verdad y aman la justicia. Estas diez tareas son las que embellecen vuestra vida, y las que vais buscando en vuestro trabajo.

Y yo le agradezco al Señor hoy, en esta celebración de la Eucaristía, con la que comenzáis este momento importante de vuestra vida y de vuestro trabajo, el que lo hagáis también en nombre de tantos que trabajan en este campo; y lo hagamos aquí, en torno al altar de nuestro Señor Jesucristo.

Tres cosas os quiero decir, sencillamente: en primer lugar, vivir en la verdad es lo que busca la justicia, al fin y al cabo. Es lo que nos ha dicho el Señor en la primera lectura, a través del apóstol Pablo, que acabamos de escuchar. Hay que barrer la levadura vieja: la de la mentira, la de la injusticia, la de no buscar la verdad, la de no situar a cada uno en el lugar que tiene que estar, la de no dejar que nadie se aproveche... Vivir en la verdad es lo que busca siempre la justicia. Es lo que nos decía el apóstol Pablo. Y nos animaba a barrer la levadura vieja. Para ser una masa nueva. Para ser esa masa que acoge esa levadura nueva que nos da y nos ofrece nuestro Señor Jesucristo. Él es nuestra Pascua. Es el hombre nuevo. Unidos a Él, somos también nuevos nosotros. Y asumimos la novedad que aparece en el Evangelio. Él es la luz que nos ayuda a ver mejor la verdad y lo que es justo. Porque Él mismo, en persona, expresa lo que es la justicia. El justo que nos hace ver lo justo.

En segundo lugar, el Señor nos invita a descubrir que no hay días especiales para practicar la justicia. Todos los días de la vida son para practicar la justicia. Qué hermoso ha sido el Evangelio, porque son las lecturas que hoy se proclaman en toda la Iglesia, en la Iglesia universal, y son las que he querido mantener para la celebración de hoy. Qué belleza y qué hermosa es esa lectura cuando un grupo de gente estaba intentando pues "pescar" a nuestro Señor, curando a una persona en sábado. Y el Señor, lo que muestra y lo que nos dice, curando a ese hombre, es que todos los días hay que practicar la justicia. Todos los días de la vida son para ello. Y el Señor ilumina también vuestra existencia y vuestra vida. El sábado, ante la situación grave de un hombre, ante el acecho de aquellos escribas y fariseos, el Señor quiere hacer ver a todos que todos los días son buenos para curar al ser humano y para entregar lo que se merece el ser humano. Levántate. Ponte en medio. Y haz la pregunta de aquella gente: ¿qué está permitido en sábado, hacer el bien, hacer la justicia, o hacer el mal?. La respuesta fue callarse, porque sabían que Dios siempre quiere que hagamos el bien, a todas horas y en todo tiempo.

Y en tercer lugar, queridos hermanos y hermanas, hagamos justicia siempre y amemos la justicia. La expresión de Jesús cuando le dice a aquel hombre: extiende el brazo. Aquel hombre queda restablecido. Sí. Aquel hombre ansía. Y tiene ansias: ansía la justicia, y tiene ansia de vivir la curación, de poder estar restablecido, de poder estar viviendo con toda intensidad su vida. Jesús hace posible que la curación venga sobre ese hombre. Que la verdad de lo que es el ser humano resplandezca con toda intensidad en aquel hombre.

Pues queridos hermanos y hermanas: a todos los que trabajáis en este mundo de la justicia, os deseo que esas tareas que embellecen la vida y la historia, que nos decía el salmo 5, estén en vuestra vida y en vuestro corazón, y en todo vuestro trabajo. Deseo con sinceridad que vivamos siempre en la búsqueda de la justicia, que al fin y al cabo es buscar la verdad. Que tengamos la seguridad de que no hay días especiales para practicarla. Todos los días son para ello. Y que hagamos y amemos siempre, como lo hacéis, la justicia.

Que el Señor os bendiga. Y que la presencia de Jesucristo nuestro Señor en este altar sea también un aliento para descubrir en el justo la verdad de lo que tiene que hacer nuestra vida por la profesión que tenéis.

Hacéis un bien grande a los hombres. Tened la seguridad de que la convivencia, la cultura del encuentro que estamos llamados a realizar, se realiza siempre en la verdad y en la justicia. Y de eso tomáis vosotros parte activa.

Que el Señor os bendiga. Amén.

HOMILÍA CARLOS OSORO EN LA MISA FUNERAL POR ANASTASIO GIL

(13-09-2018)

Queridos señores arzobispos: castrense, don Juan, y de Pamplona, don Francisco; obispo auxiliar, don Juan Antonio; secretario general de la Conferencia Episcopal; querido don Ramón, vicario general de la Obra en España; queridos vicario general de nuestra Archidiócesis y vicarios episcopales; hermanos sacerdotes. Quiero hacer una mención especial de monseñor Gerardo Roncedo, que viene de Roma, mandado o en nombre del cardenal Filloni, que nos ha enviado unas palabras con motivo del fallecimiento de don Anastasio, que luego leeremos.

Queridos hermanos y hermanas de la vida consagrada. Queridos hermanos y hermanas todos. Y querida familia de don Anastasio, que tanto lo habéis acompañado en todos los momentos de su vida.

El Señor es nuestra luz. Es nuestra salvación. Así lo vivió y lo creyó don Anastasio. Nacido en el año 1946 en Veganzones (Segovia). Ordenado a los 24 años, en el año 1983 se incardina en esta Archidiócesis de Madrid. Su vida, toda

entera, en los diversos ministerios que como sacerdote le encomendó la Iglesia, la ha vivido con esa pasión misionera que le ha caracterizado de querer dar a conocer a nuestro Señor Jesucristo, y de meter en la vida de la Iglesia esa fuerza que tiene que tener también la Iglesia del Señor para anunciar siempre a Jesucristo. En todo lo que haga, en lo que dice, en lo que manifieste... esa pasión por dar a conocer al Señor.

En el año 1988, don Anastasio, por quien hoy rezamos y a quien recordamos, es nombrado subdirector del Secretariado Nacional de Catequesis de la Conferencia Episcopal. Y ahí desarrolló una gran labor. Lo mismo que a partir del año 1999, donde da el salto al mundo misionero. Lo ha hecho de diversas maneras. Es nombrado director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. Deja el ámbito de la catequesis para entregarse en cuerpo y alma a las misiones. Hasta el último suspiro de su vida, en que se acordó también de estas misiones que el Señor le había puesto en sus manos, esa preocupación metida en lo más profundo de su corazón. Hasta el año 2011, en que es nombrado director nacional de la Institución Pontificia, cargo en el que ha sido confirmado en el año 2016, y que ha desempeñado hasta el final de su vida. Dirigió también el fondo de la Nueva Evangelización de la Conferencia Episcopal Española. Tuvo y fundó esta cátedra de Misionología de la Universidad Eclesiástica de San Dámaso de Madrid. Y desde 2008 era vicepresidente de la ONG Misión América.

Su esfuerzo y su dedicación lo conocéis todos. No hace falta que yo os lo diga. Alimentó su vida sacerdotal con la espiritualidad de la Obra, siendo miembro de la Sociedad Sacerdotal. En todos los momentos de su vida, como acabamos de escuchar en el salmo que hemos proclamado -el salmo 26-, para él, la luz y la salvación de él y de todos los hombres, era nuestro Señor Jesucristo. Expresado en ese cirio que hemos encendido. Esto es lo que a él le mantuvo en esperanza. Siempre. "¿A quién temeré?" "¿Quién me hará temblar?".

Queridos hermanos y hermanas. Yo he asistido en muchísimas ocasiones, desde que soy sacerdote, a mucha gente en la hora de la muerte. Unas horas antes de ponerle para que estuviese descansando y... pude estar con él, y poder hablar. Y después, cuando lo he pensado, digo: esto parecía, aún siendo dos sacerdotes, él y yo, la conversación que san Agustín tenía también con su madre en el momento de su muerte. Consciente él de que entregaba la vida a Dios. Pero consciente también

de estas preguntas que él mismo me decía: "¿A quién temeré? ¿Quién me va a hacer temblar? Si he puesto mi vida en manos de Dios...". Solo hacía una petición, la que nos ha dicho el salmo hace un instante: Habitar en la casa del Señor. Gozar de esa dulzura del Señor que él había intentado predicar con su vida y anunciar, y que había querido contagiar a tanta y tanta gente en todos los momentos de su existencia, pero especialmente a través de Obras Misionales, y en todas las visitas que él hizo a los misioneros, no solamente fuera de España, sino también cuando recibía a los misioneros en España. Gozo y triunfo. "Ten piedad". Esas eran sus palabras. "Ten piedad, Señor, de mí. Espero gozar de tu dicha".

Pues, queridos hermanos y hermanas, en esta noche, después de haber escuchado la Palabra del Señor, querría acercar a vuestra vida tres aspectos que me parece que nos ayudan a entender la Palabra que el Señor hoy nos ha entregado, que nos la entrega cuando estamos haciendo esta oración, este funeral por don Anastasio, aquí, en la catedral de Madrid.

En primer lugar, él con la vida de Cristo. Habéis escuchado la primera lectura: por el bautismo, hemos sido incorporados a Cristo. Hemos sido incorporados, también, a su muerte. Y a su resurrección. Con Cristo. Así como Cristo fue resucitado de entre los muertos, también nosotros andaremos en una vida nueva por Cristo. Porque si hemos muerto con Cristo, viviremos con Él. Pues sabemos que Cristo, una vez resucitado, no muere más. No tiene dominio la muerte sobre Él. Ni sobre los que, por pura gracia, hemos sido recibidos también, a través de esta puerta primera que se nos abre, que es el bautismo. Como le gusta decir al Papa Francisco, esa puerta que no debemos cerrar a nadie, es la puerta que nos abre a la muerte y resurrección, al triunfo también de Cristo. Con la vida de Cristo, queridos hermanos. Así vivió, o quiso vivir don Anastasio.

Pero, además, él sintió la llamada del Señor. La llamada al ministerio sacerdotal. Y, en esa llamada al ministerio sacerdotal mantuvo su vida, y la prestó para hacer realidad, en la vida real, la presencia de nuestro Señor. ¡Tantas veces entregó el perdón! ¡Tantas veces curó heridas: con sus palabras, con su cercanía...! ¡Tantas veces animó a laicos, a religiosos, a religiosas, a miembros de la vida consagrada en general, a sacerdotes... a entregar la vida para anunciar a nuestro Señor Jesucristo! Don Anastasio con la vida de Cristo.

En segundo lugar, don Anastasio en manos del Señor. Tengamos esta seguridad. Lo habéis escuchado en el Evangelio, queridos hermanos: todo lo que me da

el Padre vendrá a mí. Y, mirad, sabemos que en manos del Señor estamos. Y en manos del Señor nada se pierde. Porque nos lo ha dicho Él hace un instante: el Padre que me ha enviado, me ha enviado para que no pierda nada de lo que me dio. Y Dios le ha dado todos los hombres a nuestro Señor Jesucristo. Y esta experiencia la tenemos todos los discípulos de Cristo. Y todos los cristianos. Estamos en manos del Señor. Y nosotros también tenemos esa misión: somos misioneros. No cerramos nuestra vida para nosotros mismos.

Como os dicho en algunas ocasiones a los que más venís a las celebraciones a la catedral, hemos de ser, como nos dice el Papa Francisco, discípulos misioneros. Y el discípulo misionero lo que hace, en primer lugar, es ponerse en manos del Señor. La expresión más bella y más bonita de lo que es un discípulo misionero, nos lo manifiesta nuestra madre, la Santísima Virgen María. Vedla. Ella se hace discípula. En primer lugar, acogiendo al Señor. Leed la Anunciación del Señor, donde la Virgen María le dice a Dios: "Aquí me tienes, aquí estoy".

El discípulo misionero se deja llenar la vida de Dios. Pero el discípulo misionero no se cierra en sí mismo. Sale. Sale. Sale al camino, como lo hizo la Santísima Virgen María en la Visitación. A un camino que no era fácil. Pero no sale de cualquier manera: sale sabiendo que lleva a Jesucristo. Que lleva y está llena de Dios. Y es Jesús precisamente el que hace posible que cuando se encuentra con las gentes, vemos cómo un niño que aún no había nacido salta de gozo, y una mujer anciana que iba a ser madre es capaz de prorrumpir en el más bello de los poemas, o de las palabras que se pueden decir a un ser humano: "dichosa tú que has creído, que lo que ha dicho el Señor se cumplirá". Dichoso don Anastasio que creyó lo que ha dicho el Señor. Y que murió creyendo lo que había dicho el Señor: que estamos en manos del Señor, que nada se pierde, porque todo lo ha puesto Dios en sus manos.

Un discípulo misionero acoge a Dios, y se llena de Dios, y sale a los caminos. No a los que a nosotros nos gustan, queridos hermanos, sino a los reales; a los que están en este mundo, en esta historia. A los hombres concretos que tenemos. Os podrán gustar más o menos, pero son los que hay. Y ahí hay que anunciar a nuestro Señor, pero llenos de Dios. Y hay que hacerlo. Sabiendo que, o cantamos bien con nuestra vida y atraemos por el canto que hacemos, decimos bien eso que dijo la Virgen: proclama mi alma la grandeza de Dios; hacemos ver con nuestra vida, con nuestras obras, la grandeza de Dios... O no somos discípulos misioneros.

Don Anastasio, en manos del Señor, quiso ser discípulo misionero. Y quiso animarnos a todos a serlo también.

Y, en tercer lugar, queridos hermanos, también nosotros podemos decir: hemos visto al Hijo de Dios y tenemos vida eterna. Hermanos, mirad: la vida eterna no es para cuando nos muramos. La tenemos ya. Desde el momento en que el Señor nos ha abierto esa primera puerta, para que entre su vida en nosotros, que es el bautismo. Caminamos por la vida con la vida eterna. La voluntad de Dios es: el que ve al Hijo y cree en Él, tiene y disfruta ya de la vida eterna. La tendrá en plenitud, pero la tiene ya, la posee ya queridos hermanos. Cuando asumimos el bautismo, este regalo inmenso del Señor en nuestra vida, poseemos ya, estamos abiertos a esa vida de la cual nos habla el Señor en el Evangelio.

Hermanos y hermanas: el Señor os bendiga. En el ministerio de don Anastasio, él nos habló y nos enseñó a responder a esta pregunta que nos tenemos que hacer siempre, como nos dice el Papa Francisco: ¿Cómo se curan las heridas que aparecen en la vida de los hombres?. ¿Cómo? Y el mismo Papa responde: se curan cuando somos capaces de dejarnos llevar por la gracia y por el amor de Jesucristo. Cuando somos luz. Cuando somos sus manos. Su corazón. Sus pies. Es así como curamos.

Gracias le damos al Señor por habernos regalado la vida de don Anastasio. Por habérsela regalado a esta Archidiócesis de Madrid, a este presbiterio diocesano. Por habérsela regalado a tanta gente a través de su trabajo en la Obras Misionales.

El amor de Dios es misericordioso. Ese amor es el que nos juzga, a través de las reacciones que tenemos, las relaciones que mantenemos, las decisiones que tomamos. ¡Cuánto bien podemos hacer a los demás si nos dejamos guiar por nuestro Señor Jesucristo! Don Anastasio intentó dejarse guiar por el Señor. Descanse en paz.

Y, como os decía, para nosotros también es esta palabra que acabamos de proclamar. Tengamos y mantengamos viva la vida de Cristo en nuestra vida. Pongámonos en manos del Señor. Y caminemos sabiendo que tenemos la vida eterna, que podemos decir también: en fe, hemos visto al Señor.

Jesucristo se hace presente entre nosotros. Ponemos al lado de Él la vida de don Anastasio. Pero es inseparable su vida de los misioneros. Los ponemos

también a ellos. Junto al Señor. Hoy. A todos. A todos los que han dado la vida por el Evangelio, en cualquier parte de la tierra donde han querido anunciar a Jesucristo.

Que el Señor nos bendiga a todos. Y nos haga sentir la urgencia y la gracia de ser discípulos misioneros tal como quiere nuestro Señor y como nos pide el sucesor de Pedro, el Papa Francisco.

Amén.

HOMILÍA CARLOS OSORO
EN LA MISA DE INAUGURACIÓN
DE LA VISITA PASTORAL A LA VICARÍA VIII

(14-09-2018)

Querido don Juan Antonio, obispo. Querido Ángel, vicario episcopal de esta Vicaría en la que comenzamos la visita pastoral en nuestra archidiócesis. Vamos a hacerla en las Vicarías V, VI, VII y VIII; pero empezamos hoy por primera vez aquí.

Queridos vicarios episcopales, vicario judicial, vicario de Salud integral. Queridos arciprestes de los siete arciprestazgos que forman esta Vicaría. Querido don Javier, párroco de esta comunidad. Hermanos sacerdotes todos. Queridos miembros de la vida consagrada. Hermanos y hermanas todos en el Señor.

"No olvidéis las acciones del Señor" (Salmo 77). Esto es precisamente lo que nosotros queremos intentar hacer también en esta visita pastoral. La visita pastoral es el momento más bello y más hermoso del pastor, del obispo; es en definitiva afirmar y mostrar que el Señor no se olvida de nadie. No se olvida de nosotros, que somos cristianos y que tenemos la misión de anunciar el Evangelio, y de decir a los

hombres, a todos los hombres, con nuestra propia vida y también con nuestras propias palabras, quién es nuestro Señor Jesucristo. Pero también tenemos la misión de ser cada día cristianos, con más soltura, con más fidelidad.

Después de escuchar la palabra del Señor que hemos proclamado, en este día en el que celebramos la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, quería deciros fundamentalmente tres cosas al iniciar esta visita pastoral. Primero, diseñaros el marco en el que me gustaría situar la visita pastoral, no por gusto personal, sino el marco en el que la Iglesia desea y quiere que situemos también nuestra acción evangelizadora como Iglesia de Jesucristo. En segundo lugar, no solamente el marco en el que realizamos la visita pastoral, sino veamos cómo hacemos los cristianos de este mundo un cielo. El cielo presente en la tierra. Vamos a intentarlo. No es un sueño. Lo podemos hacer, porque la fuerza y el poder es de Jesucristo. Y, en tercer lugar, para hacerlo utilicemos las armas que nos dio el Señor para transformar la vida y la historia. Esto es en definitiva, lo que la Palabra de Dios, que hemos proclamado, nos dice y nos hace situarnos.

No olvidemos nunca, queridos hermanos, este marco en el que, como nos decía el salmo que hemos recitado juntos, no podemos olvidar las acciones del Señor. Escuchemos. Escuchemos a Dios que nos habla. Escuchemos a los hombres que nos hablan también. Inclínemos el oído. Volvamos nuestra vida a Dios. Acordémonos de este Dios que es roca que salva. Queridos hermanos: la respuesta de Dios siempre es clara. Nos lo ha revelado Jesucristo. Es una respuesta que perdona, que destruye todo aquello que nos corrompe a los hombres cuando lo aceptamos en nuestra vida.

El marco de la visita pastoral, sí queridos hermanos, es el marco de unos hombres y mujeres que formamos parte de la Iglesia, que sentimos la alegría de que esta Iglesia puede renovar; no solamente la vida personal, sino la vida colectiva se puede renovar y cambiar, porque la alegría del Evangelio viene también de la alegría de hacerlo presente, también de darlo a conocer.

Queridos hermanos: la situación de este mundo ciertamente ha cambiado. Aquí estáis personas de edades distintas. Sois personas mayores que quizás habéis conocido otros momentos en los que la Iglesia ha hecho la visita pastoral, en un marco en el que prácticamente todo el mundo se declaraba cristiano. Y era cristiano. Y era indiscutible. Parecía indiscutible ser otra cosa distinta. El marco en el que estamos en estos momentos es un marco misionero. ¿Por qué? Porque no todos se

declaran de la misma manera. Porque incluso la gente que vive a nuestro alrededor, en nuestra propia escalera, son personas diferentes, que necesitan también que se anuncie el Evangelio no solamente con palabras, sino con nuestra propia vida. Por tanto, esto no se puede hacer sin la alegría que se renueva permanentemente en el encuentro con nuestro Señor. Y se comunica precisamente porque tenemos ese encuentro. Y consideramos que en ese encuentro nosotros recibimos lo más grande que un ser humano puede recibir, que es saber quién soy yo. Y quién es Dios. El Dios en quien creemos no es un Dios que se desentiende de nosotros: es un Dios que nos ama.

Preciosas han sido las palabras de la carta a los Filipenses. Os habéis dado cuenta perfectamente: una maravilla. Estas palabras: siendo Dios, bajó, se comunicó, se estableció, se despojó, y vino con nosotros. Se hizo siervo, servidor de todos, para que hagamos nosotros lo mismo. Queridos hermanos: la alegría que se renueva, que se comunica, o lo hacemos con el diseño que Jesucristo nuestro Señor nos enseña, o no merece la pena ser cristianos. Si. Desde nuestra condición, sí somos pecadores - claro que lo somos -, el Señor no lo es, pero nosotros sí lo somos; pero sabiendo que la gracia y abundancia de la verdad y de la vida, cuando nos abrimos al Señor, la tenemos en nuestra vida, y la podemos comunicar a los demás.

Por otra parte, queridos hermanos, el marco de la visita pastoral, tiene que ser el que nos propone ya hace muchos años el Concilio Vaticano II. No olvidéis nunca las grandes Constituciones que nos deja el Concilio Vaticano II. Ahí está el marco en el que yo quisiera situar también esta visita pastoral. El marco de una Iglesia que sale; que sale al encuentro de los hombres; que no ve solamente las dificultades; que no se asusta ante los cambios que existen, sino que sale. Esta Iglesia, que ella misma es diseño de Jesucristo. Somos diseño de Jesucristo. Y el Señor se encarga de darnos todo lo que necesitamos para salir a todos los caminos donde estén los seres humanos, para decirles: toma la verdad, toma la vida, toma el camino, ten metas, ten dirección. Y haciéndolo, queridos hermanos, desde el corazón de Evangelio. El corazón del Evangelio es Jesucristo nuestro Señor. Por muchas metodologías que tengamos, queridos hermanos, por muchas que tengamos... si no entramos en el corazón del Evangelio, no haremos nada. Y el corazón del Evangelio es Jesucristo mismo. Y Jesucristo, cuando le tenemos en nuestra vida y entramos en ese corazón, nos mueve, nos alienta, nos hace salir de nosotros mismos, nos hace abandonar lo malo, despojarnos de nosotros, llenarnos de Dios,

hacernos siervos, servidores de los hombres. El hombre de Dios estaba muerto en la Cruz. Él escuchó a Dios. Él dio la vida por amor, gastó la vida por amor a los hombres. Y Él quiere que la Iglesia haga lo mismo.

Queridos hermanos: por tanto, necesitamos también una conversión. Una conversión. No vale decir más de lo mismo... Si la situación ha cambiado, tendremos que salir de otras maneras. Mirad: el que no oye, se va a comprar un aparato... Antiguamente esto no existía. Y hace pocos años, no hace muchos años, quizás en las ciudades sí, pero en las aldeas todo estaba olvidado, se quedaban sin oír para toda la vida. Es verdad que es un ejemplo simple, pero también es verdad que las situaciones van cambiando. Y la versión de nuestra vida, y la versión de nuestra presencia como Iglesia en medio del mundo, tiene que cambiar también, porque tiene que responder a las situaciones reales de los hombres. No a las que a mí me gustaría que tuviesen los hombres. Esa no es la Iglesia de Jesucristo: es un retrato falso de la Iglesia de Jesucristo. El retrato de la Iglesia de Jesús es el que toma del mismo Señor, que sale a los caminos, que va en búsqueda de los hombres, que muestra el rostro queriendo a los hombres; vino a los hombres, no les reprimió; los amó, les quiso, dio la vida por ellos, se hizo creíble ante los hombres por el amor que les tenía.

Por tanto, queridos hermanos, seamos miembros de una Iglesia madre. Qué bien lo decía el Papa Juan XXIII, cuando inauguraba el Concilio: "ha llegado el momento, ante los cambios que existen en el mundo, que la Iglesia tiene que dejar de ser madrastra, y ser madre". Y una madre, estáis aquí muchas madres, sabéis lo que hace: a veces vuestros hijos no os entienden, y sufrís, pero no los abandonáis, y salís en su búsqueda, y les servís una y otra vez, y les abríis la puerta. Esta es la Iglesia de Jesús. En este marco quisiera situar también la visita pastoral. El marco de una Iglesia que, como os digo en la Carta Pastoral del inicio de este año, en la que hablo precisamente "como María, discípulos misioneros de Jesucristo". Pensemos junto a María cómo es un discípulo, lleno de Dios como ella, que sale al camino aunque sea pedregoso, que hace preguntarse a quien se encuentra por el camino algo, incluso a un niño que no ha nacido le hace saltar de gozo; y en una mujer anciana, que sabe que solo lo que le ha sucedido es posible para Dios, es capaz de provocar ese grito: "bendita tú que has creído lo que ha dicho el Señor". Este es el marco. Estos son los cristianos que necesitamos, queridos hermanos; hombres y mujeres que al verlos otros digan: benditos estos que han creído lo que dice el Señor, se lo creen de la verdad. Yo, como ellos. Yo, al lado de ellos.

Por otra parte, salen también como María; cantando; cantando un cántico nuevo; proclamando la grandeza de Dios. Un Dios que además se manifiesta por las obras a través de nosotros. Que hace. Que las hace, si nos dejamos ser ese cauce en el que nuestro Señor quiere mostrar su rostro. Exactamente igual fueron las palabras de Pablo VI, cuando cerraba el Concilio Vaticano II. Las mismas palabras, queridos hermanos. Es necesario que la Iglesia se acerque a los hombres, en las condiciones que estén, pero llena de Dios.

Pablo VI va a ser canonizado en estos próximos días. Pero lo mismo nos dice el Papa Francisco. Hagamos la visita pastoral en el marco también existencial que nos regala la *Evangelii Gaudium*. Una Iglesia que sale, que sale convertida, que se encuentra con Cristo; una Iglesia que siente la alegría de anunciar el Evangelio, que no está llorando por todas las esquinas diciendo: qué mal está esto; esto ha cambiado... No... Porque sabe que lo que tiene es un tesoro impresionante, que lo necesitan los hombres para vivir, y por tanto no vamos con rebajas: llevamos la persona de Jesucristo, nuestro Señor.

En este marco, queridos hermanos, nos situamos. Es el marco de una Iglesia de corazón abierto, que nos recibió a todos nosotros; lo primero que nos entregó fue la vida en nuestro Señor Jesucristo, por el Bautismo. Sí. Esta es la Iglesia de Jesús, que no se cierra a nada. En este marco realicemos la visita pastoral. Hagamos de este mundo un cielo en la tierra. ¿Habéis visto a Nicodemo? ¿Lo habéis visto? "Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre" (Juan 3, 13-17). Este Hijo del hombre que ha bajado del cielo os dice cómo tenéis que hacer de este mundo un cielo. Qué maravilla, queridos hermanos...

Hay una página del Evangelio de san Marcos (10,17-27) que es preciosa. Es aquel hombre rico que va donde Jesús, y le dice: Señor ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?: guardar los mandamientos... Eso lo he hecho ya... Vende lo que tienes, dáselo a los pobres... Y aquel hombre se retiró, se marchó. Queridos hermanos, esta página del Evangelio es la que muchas veces hago yo también -no quiero ponerlos a vosotros-, porque ponerse absolutamente en manos de Dios, con todas las consecuencias, no es fácil. Es fácil cumplir normas. Aquel hombre iba buscando... He cumplido los mandamientos, normas... Pero no tenía el corazón totalmente abierto a los hombres. A todos. Sígueme. Da la vida como yo. Hagamos de este mundo un cielo. Nicodemo representa a ese hombre, que necesita del cielo, pero que se presenta en la noche porque le da vergüenza presen-

tarse durante el día donde el Señor. "Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre" (Juan 3, 13-17).

Queridos hermanos: en tercer lugar, utilicemos siempre, aprendamos en esta visita a utilizar, y a sacar y a limpiar las armas que nos dio el Señor, para transformar la vida y la historia. Lo habéis escuchado en el Evangelio que hemos proclamado. Sí: el Hijo del hombre tiene que ser elevado... Como nosotros. Hoy celebramos la Santa Cruz. Tiene que ser elevado, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna, y la manifiesta ya aquí en este mundo.

Al terminar, os digo: creed, queridos hermanos. Creed. Qué bonito es el texto del libro de los Números (21, 4b-9), cuando el pueblo estaba extenuado, y empezó a hablar contra Dios. A veces la historia se repite. La historia se va repitiendo. Este Dios de que vale, y... el Señor envió serpientes - nos dice el texto - que mordían a muchos. Queridos hermanos: ¿no nos pasará en nuestra historia esto también ahora, que nos muerde la envidia, el egoísmo, la mentira, la falsedad?. Creéis que estamos en una sociedad... ¿Qué estamos creando? ¿Estamos uniéndonos para sacar adelante todo esto? ¿O estamos dividiéndonos para ver quién puede más y quién manda más? ¿Estamos para que el ser humano cada día se embellezca más y su vida se parezca más a la que Dios quiere, con la dignidad que le ha dado? ¿O estamos para estorbar y hacer ver qué grupo..., quién manda?. El pueblo extenuado. Pero Dios no abandona al hombre. Como no nos abandona a nosotros, queridos hermanos.

Él se pone en el centro. Creamos en Él. Ponerlo en el centro. Cristo en el centro. Ese arma es fundamental. Cristo en el centro, por encima de todas las cosas. Otra arma es su amor. Nos lo dice el Evangelio (Juan 3, 13-17): "tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo". Le entregó para mostrarnos el amor de Dios: cómo Dios abraza a los hombres, cómo Dios quiere a los hombres. Pero, queridos hermanos, le vemos en la Cruz, cuando al lado de la Cruz hay gente protestando, insultando, riéndose de Él. "Baja de la Cruz". Y Él diciendo: "perdónales, no saben lo que hacen". Tanto amó Dios al mundo.

Amar. Utilicemos armas. La fe. Creed. Y vivir en esperanza. Vivir en esperanza. Dios no mandó a su Hijo para condenar, sino que lo mandó para que el mundo se salve. Dios no nos quiere en la Iglesia para que empecemos a decir: qué malos son estos. No... Dios quiere a la Iglesia para que muestre la salvación: dónde está el camino, dónde está la vida, dónde está la alegría, dónde se agranda

el corazón. Se agranda un corazón doónde entran todos los hombres. Sea quien sea.

En este marco, hermanos, quisiera que situaseis la visita pastoral. Y no lo hagáis en el "corralito". Estáis aquí reunidos los siete arciprestazgos, y los siete arciprestes. Tengamos una visión de arciprestazgo en la visita pastoral. El futuro no se diseña en el "corralito". Es que así se ha hecho siempre... Bueno... Pero a lo mejor ahora no hay que hacerlo así. El futuro no se diseña en el "corralito". Tenemos que saber intercambiar, y saber trabajar, y saber... Dentro del arciprestazgo... Los jóvenes... Es decir, que haya dedicaciones. No todo el mundo vale para todo. Pero el Señor no ha dado dones a la Iglesia para que sirvamos a todos. No tengamos la tentación: yo en mi "corralito". Mira, tú en el "corralito" no haces la Iglesia católica. Harás otra iglesia, pero no la Católica. Los corralitos no son de la Iglesia Católica.

Queridos hermanos: yo os invito a que hagamos en este marco. Tengamos el arciprestazgo como esa unidad pastoral desde la que programamos, diseñamos, nos vemos. Y eso no quiere decir que no vayamos a ver las comunidades reales. Pero hay que hacerlo desde este marco. Con la visión que la Iglesia nos pide. En tiempos de no misión, pues bueno, lo que sea, porque todo el mundo es cristiano. En tiempos de misión, queridos hermanos, hay que tener lugares más amplios ¿Por qué? Porque se trata de llegar a más gente. No se trata solamente de que los cristianos juntos estemos en grupito, se trata de que todos juntos salgamos a anunciar a Jesucristo.

Yo quisiera que vieseis y viviéseis el marco de la visita pastoral en el arciprestazgo. Habrá visitas naturalmente a las parroquias. A cada parroquia. Pero veamos cómo podemos trabajar juntos en la catequesis, en el mundo de los jóvenes, en el mundo de los ancianos, en las familias, la iglesia doméstica... la iglesia doméstica...

Hagamos de este mundo cielo. Y utilicemos las armas que Jesús hoy nos da en esta fiesta de la Santa Cruz: creamos, amemos, y mantengamos la esperanza. Un cristiano sin esperanza no es cristiano; tendrá ideas cristianas, pero no es cristiano. Será otra cosa.

Que Jesucristo nuestro Señor, que se va a hacer presente aquí en el altar dentro de un momento, nos ayude a vivir este momento de Dios. La visita pastoral

siempre es un momento singular de la vida de la Iglesia. Es el pastor que se acerca. Y somos cristianos que se pastorean los unos a los otros, y vamos descubriendo entre todos cómo tenemos que caminar, hacia dónde tenemos que apuntar, cuáles son aquellas actividades y acciones que tenemos que desarrollar más.

Sintamos que la comunión no es una palabra. La comunión en la Iglesia no es una palabra: ha de ser una realidad que se expresa, que se contagia, que se dice, que se manifiesta... Y en este momento de la visita pastoral es necesario hacerlo porque no hay misión sin comunión. No existe misión... Será simpático, haremos cosas buenas... pero no hay misión cristiana. Comunión y misión van unidas. Y poderlo expresar en el arciprestazgo es una gracia del Señor.

Que el Señor os bendiga siempre y os guarde. Y que hagamos visible y posible esta Palabra de Dios que hemos proclamado en este día en el que iniciamos en esta Vicaría VIII la visita pastoral.

HOMILÍA CARLOS OSORO EN LA MISA EN LA FESTIVIDAD DE LA VIRGEN DEL PUERTO

(16-09-2018)

Querido Juan Pedro Ortuño, rector. Hermanos sacerdotes. Hermanos y hermanas presentes en este templo, y quienes seguís esta celebración a través de TVE. La paz de Cristo esté con vosotros, y la presencia de la Virgen María nos recuerde aquel "haced lo que Él os diga" que como buena madre nos sigue diciendo hoy a nosotros.

Estamos en la ermita de la Virgen del Puerto, templo singular vinculado de manera especial a la capital de España, cuya construcción se debe a la iniciativa del marqués de Vadillo, que fue alcalde corregidor de Madrid después de serlo de Plasencia en tiempos del rey Felipe V. La Virgen del Puerto es la patrona de Plasencia. Agradecemos al obispo de Plasencia su presencia hoy entre nosotros.

La devoción a la Virgen en esta advocación, conocida por la tradición como "la Melonera", tuvo un arraigo popular entre las lavanderas y entre las jóvenes que se iban a casar, pues venían a pedir a la Virgen esa buena y digna

persona que compartiese para siempre sus vidas. Hoy siguen viniendo muchas parejas a prepararse para el matrimonio y a celebrar aquí la unión de sus vidas a través del sacramento.

La Palabra que el Señor nos acerca hoy a través de la Iglesia, en este domingo, nos ayuda a situar nuestra vida en ese horizonte encantador que nos produce esa pregunta tan profunda que Jesús hace en el Evangelio: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Dios, preguntándonos quién decimos que es. Sí. Todos vosotros, todos los que hoy estáis aquí, los que seguís la celebración por TV, algunos que quizá habéis conectado la tele y os habéis detenido ante la pantalla... a todos, el Señor nos dice: ¿quién decís que soy yo? No es una pregunta cualquiera, hermanos, cuando buscamos la libertad, cuya expresión más sublime y más clara la descubrimos en toda su amplitud en la libertad religiosa, porque ahí se desarrollan todas las dimensiones de la persona humana. Por eso, la indiferencia relativista, que está muy relacionada con el desencanto, se puede ver superada por el encanto que tiene la vida cuando alguien nos llama a realizar un proyecto común más allá de los beneficios y deseos personales; proyecto que abarca y se dirige a todos los hombres, que es para todos y que tiene más en cuenta a quienes más lo necesitan; proyecto que busca gastar la vida para que el otro sea más y sienta, perciba y verifique más y mejor la dignidad que tiene, esa que le ha sido dada por Dios y de la que nadie es propietario. Solamente Dios. "Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César". El ser humano es de Dios. Salió de sus manos. No es una construcción del hombre.

Qué bien más grande para todos los hombres que el Señor venga hoy y nos diga: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Es bueno responder bien a esta pregunta. No se puede dar una respuesta desde el exterior, lo inmediato, lo rápido, lo superficial y provisorio. Responderla bien hace que nos integremos en un proyecto común más allá de los beneficios y de los deseos personales. Mientras en el mundo aparecen diversas formas de guerras y enfrentamientos, los cristianos insistimos en esa propuesta que nos hace el Señor de reconocer al otro, sanar las heridas que tenga, construir puentes, estrechar lazos, ayudarnos mutuamente a llevar las cargas... En definitiva, crear la cultura del encuentro. Algo que es imposible hacer sin el perdón y la misericordia.

La imperiosa necesidad de evangelizar acompañando, cuidando y fortaleciendo, nos lleva a descubrir en la Palabra de Dios estas tres realidades que evangelizan:

1. Mirad y oíd al Señor, como lo hizo Santa María. Como Él, acompañemos a los hombres. Hemos escuchado al profeta Isaías que nos recordaba tres aspectos que vivió, y que claramente se perciben en la vida de María en plenitud: "el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?", "me abrió el oído", "me abrió los ojos", "tengo cerca mi defensor". ¿No fue esto lo que la Virgen María vivió, porque nunca dejó de mirar a Dios? En la anunciación, María no miró para sí. Precisamente por ello, dijo a Dios con prontitud: "aquí estoy", "aquí me tienes". Se dejó acompañar, vencer y convencer por la fuerza de Dios. "Nada es imposible para Dios". Fijó su mirada en Él, siempre. Pero especialmente contemplamos a nuestra Madre cuando le pidió que prestase la vida para tomar rostro humano y vivir entre y como los hombres. María nos enseña a mirar siempre a Dios, a mantener fija la mirada y a vivir con los oídos abiertos para escuchar a Dios y a los hombres.

2. María nos enseña a estar en la vida con la dirección que nos da la fe y se manifiesta en obras. Como Él, cuidemos a los hombres. Para nosotros, escuchar al apóstol Santiago y dejarnos hacer su pregunta, es clave. "¿De qué le sirve a uno decir que tiene fe, si no tiene obras?". Si no tienes obras, la fe está muerta. La Virgen María nos enseña con su vida a vivir la fe con obras. Recordemos cómo Ella sale inmediatamente al camino. Ella, por su fe, dio a Dios un sí total y absoluto. Lo manifiesta con obras, presta la vida a Dios, y se pone en camino. Y, en ese camino, hace obras en las que destaca su fe: hace saltar de gozo a un niño que aún no había nacido, que estaba en el vientre de Isabel; y conmueve de tal manera a su prima Isabel que la hace reconocer que lo más grande para un ser humano es fiarse de Dios. "Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". Que podamos decir siempre: "enséñame tu fe sin obras y yo, por las obras, te probaré mi fe".

3. María hoy nos pide que escuchemos a su Hijo que en este domingo, en todas las partes de la tierra, nos pregunta: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Como Él, fortalezcamos a los hombres. María nos repite hoy aquel: "haced lo que Él os diga" de las bodas de Caná. Y nos permite entrar en la intimidad de Jesús. ¡Qué bueno poder dejarnos preguntar por Jesús! Hace una pregunta general. Os la hago a todos vosotros, y me la hago a mí mismo: "¿Quién dice la gente que soy yo?" Como que el Señor quiere hacer un sondeo general, saber por nosotros la opinión general de las gentes. Pero, inmediatamente, nos hace una pregunta muy personal. Sí, hoy nos la hace a nosotros: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Seguro que de los discípulos el Señor espera una respuesta diferente a la de la gente, pues un discípulo es aquel que ha puesto su confianza en Él y le sigue. "¿Quién decís que soy

yo?" Toda respuesta a esta pregunta suena vacía si es que no afecta a nuestra propia vida. La verdadera pregunta que el Señor nos hace es esta: ¿Quién es Jesús para mí? ¿Quién soy yo para ti? ¿Qué lugar ocupo en tu vida? ¿Soy tu centro? ¿Te pongo por encima de todo y de todos? ¿Percibo que voy ganando vida con Él y que doy más vida a los que me rodean?

Jesús es la expresión más elevada, más pura, más fecunda de la humanidad. En Él se encarnan los valores que constituyen la base de una civilización plenamente humana. Él es lo mejor. Él nos muestra el humanismo verdad que decía san Pedro Poveda. Él llena de sentido nuestra vida.

Pedro fue quien respondió a esa pregunta: "¿Quién decís que soy yo?" En un arranque genial, desvela el secreto de la identidad de Jesús: "Tú eres el Mesías". El esperado. El maestro. Nuestro horizonte. Nuestro guía. Pedro respondía desde una fe triunfal, desde una ideología religiosa. Como todos, esperaba la llegada del Mesías. Y Jesús reaccionó felicitando a Pedro. Era una respuesta correcta en su formulación verbal, pero no responde a lo que Jesús piensa de sí mismo. Los caminos de Dios van por otros caminos a un Mesías triunfal, líder político que se haga con el poder y se adueñe de la situación.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Está condicionado por su deseo de poder, de triunfo... La reacción de Jesús es clara, tajante y suena dura: "ponte detrás de mí, Satanás". Lo invita a colocarse detrás de Él, como corresponde a un discípulo. Y llamó a la gente y a sus discípulos para decirles: "si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo". Es decir, que ame de verdad, que no se centre en sí mismo, que vea que su vida es para el otro; "que tome su cruz y me siga", es decir, que renuncie a las ambiciones de poder, que tome siempre opciones acordes con los valores del Evangelio. Y concluye Jesús: que perdamos la vida por Él. Subrayemos esto: "perder la vida por mí y por el Evangelio". Es decir, eliminar lo efímero e ilusorio, ganar lo esencial, la vida, la libertad.

Santa María del Puerto nos acompaña y nos recuerda que, al igual que Ella, hay que darlo todo por Cristo, que es manantial de vida y alegría. Este manantial se hace presente entre nosotros en el misterio de la Eucaristía. Junto a Él, cada uno de nosotros respondemos a su pregunta: "¿Quién dices tú que soy yo?" Nuestra respuesta se manifiesta en obras. Te probaré mi fe con obras. Amén.

HOMILÍA CARLOS OSORO
EN LA MISA DE INAUGURACIÓN
DE LA VISITA PASTORAL A LA VICARÍA V

(17-09-2018)

Querido don José, obispo. Querido vicario de esta vicaría V, Juan Pedro. Queridos arciprestes. Queridos hermanos sacerdotes de estos seis arciprestazgos. Querido Juan Francisco, párroco de esta comunidad. Queridos hermanos y hermanas todos. Queridos miembros de la vida consagrada que estáis aquí presentes.

Gracias porque comenzamos en esta Vicaría -como en toda la diócesis, en cuatro vicarías- la visita pastoral, que es un momento especial y singular de la vida de la comunidad cristiana y también del ministerio del obispo.

¿Cómo situarnos ante la visita pastoral? Lo habéis escuchado en el salmo que hemos proclamado: lo importante es poderle decir al Señor, tanto quien visita como a quienes visita, las mismas palabras que la santísima Virgen María dijo a Dios, "Aquí estoy, Señor". Aquí estoy. Quiero ser ese discípulo tuyo que te anuncia, que cree en ti, que quiere configurar la vida. Ábreme el oído para escuchar; ábreme los ojos para ver la realidad, porque esto es lo que tú quieres; no desees sacrificios

especiales ni ofrendas, lo que quieres es que digamos "aquí me tienes", como lo dijo tu madre santísima.

Por otra parte, queremos hacerlo porque no deseamos hacer nuestra voluntad, sino hacerlo desde las entrañas del corazón de nuestro Señor Jesucristo que nos ha elegido a todos nosotros, miembros vivos de una Iglesia que tiene que anunciarle y que tiene que dar testimonio de Él. Y lo hacemos no cerrando los labios, ni los brazos, ni el corazón, porque se trata de anunciar al Señor con palabras que respondan a las obras. Como ayer mismo escuchábamos en la segunda lectura del apóstol Santiago: "Dime tus obras y te diré la fe que tienes", la fe sin obras no sirve para nada, no es fe, es otra cosa; es adoctrinamiento, pero no es comunión viva con nuestro Señor Jesucristo.

Por eso, hermanos, nos situamos ante la visita pastoral con alegría. También queriendo ver al Señor y la grandeza de un Dios que no abandona a los hombres. Tenemos que decir esto, en este momento de la historia, a todos los hombres. Y el Señor nos ha elegido, no porque seamos mejores, pero nos ha elegido a nosotros como miembros vivos de una Iglesia que camina en el siglo XXI anunciando a Jesucristo. En un momento de la historia que es nuevo, queridos hermanos. Pero llevemos en nosotros la alegría de evangelizar. ¿Puede haber algo más extraordinario, más bello, más grande que decir a los hombres dónde está la vida, dónde está la felicidad, dónde está el verdadero rostro del ser humano, dónde está la capacidad para lograr que el ser humano dé la vida por el otro y no se enfrente al otro como un enemigo y como alguien que tengo que eliminar de mi vida?

Llevemos y, queridos hermanos, situémonos en esta visita pastoral en la alegría de evangelizar, en una Iglesia que no tiene miedo a los retos actuales de este momento de la historia. Estamos en una época nueva, queridos hermanos, y toda época nueva trae cosas nuevas, y trae formas diversas a veces de vivir, de entender la vida, de manifestarnos, de vivir experiencias diferentes y distintas. Todas las épocas de la historia, aunque esta época quizá con más fuerza porque tenemos más medios para transformar las cosas. Pero no nos tenemos que asustar. Es una Iglesia que no está escondida, no es una Iglesia refugio, queridos hermanos, esta es la que tuvieron quizá la tentación de vivir los apóstoles en el inicio mismo de la Iglesia cuando estaban reunidos en una estancia con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Esta es la tentación en este momento de la historia de la vida de los hombres: que la Iglesia se cierre, que la Iglesia cierre las puertas por miedo a todas las situaciones diversas, a contagiarnos y no emprender lo que el Señor inició cuando, en

medio de ellos -como lo va a hacer hoy el Señor en la inauguración de esta visita pastoral aquí, en este altar, en medio de nosotros- se hace presente, abre las puertas y nos dice: "id por el mundo y anunciad el Evangelio. No tengáis miedo, yo estoy con vosotros siempre".

Es la tentación que siempre tenemos los cristianos, queridos hermanos: el miedo. Por eso, esta visita pastoral quiere provocar también en nosotros la conversión pastoral. Ante un mundo nuevo no vale lo de siempre. Y si vale lo de siempre, guardémoslo. Pero no vale. Habrá que hacer alguna otra cosa. Si las situaciones de los hombres son distintas, habrá que afrontarlas de formas diferentes porque además, queridos hermanos, las medicinas que podemos utilizar son distintas; los modos de comunicación que tenemos que hacer son diferentes. Ha descubierto muchas maneras de comunicarse el ser humano hoy y quizás, también, a pesar de tener muchas maneras de comunicarse, es cuando menos se comunica de verdad, desde dentro, desde la raíz.

Hagamos la conversión pastoral. No vale decir "esto ya lo hicimos". Permitidme queridos hermanos un paréntesis. Yo tenía un párroco en mi tierra, allá en Santander, un hombre extraordinario; yo era un joven universitario pero tenía mucha amistad con él antes de entrar en el seminario, y él tenía un grupo cristiano que tiene un manual para las reuniones -es a nivel de toda la Iglesia universal-, y empezaba este hombre a decirle a aquellas gentes: "bueno, es que el Concilio...", y empezaba a explicarles la Gaudium et Spes de la presencia del cristiano en el mundo; y sale un señor diciendo: "esto ya lo dice el manual nuestro"; y decía mi párroco: "hombre, pues podías haber avisado antes porque no tenían necesidad 2.000 o 3.000 obispos de haberse reunido, se les da el manual y lo practican en todos los sitios". Bueno, hermanos, eso es lo que no vale tampoco para nosotros. "Es que ya lo hicimos...". No. Es un momento nuevo.

Queridos hermanos: mirad, es bueno que estéis todos ¿Entendéis? Pero si miramos, yo desde aquí puedo elegir de 20 años para abajo, puedo elegirlos y no me confundo, los mando salir y entran aquí todos. ¿Quiere decir esto algo malo? No. Quiere decir que los cristianos, si tenemos de verdad algo importante que dar, hay que darlo. Pero hay que darlo con la comunicación que hoy un joven pueda entender. Y hay que darlo escuchando también a esas personas, viendo qué es lo que está y anida en lo más profundo de su corazón. No vale "esto lo hemos hecho siempre". Conversión pastoral. Este es el corazón del Evangelio, queridos hermanos; el Evangelio siempre es nuevo, siempre tiene algo que decir a los hombres,

siempre es novedad. Siempre, a través de toda la historia, de 21 siglos de historia, de la presencia de nuestro Señor en el mundo a través de la Iglesia, siempre ha dado algo nuevo.

Por eso, cómo situarnos ante la visita pastoral: en una actitud de conversión, de que quizá tenemos que hacer algo diferente y buscarlo entre todos, y dejarles a los jóvenes también buscarlo. La Iglesia ha de ser siempre una madre como las que estáis aquí, que tenéis el corazón abierto, que no ponéis condiciones a vuestros hijos, que cuando se cierra una puerta o ellos la cierran vosotras abríis la ventana para que entren por donde sea; pero lo importante es que entren, y los buscáis, y hacéis todos los esfuerzos, y os duele cuando, haciendo todos los esfuerzos, no acertáis. A la Iglesia tiene que dolerle el que hoy los que van a hacer el futuro no sepan, no tengan la noticia de Jesucristo nuestro Señor.

A pesar de los avances, queridos hermanos, en la salud, en la educación, en la comunicación, sin embargo hay patologías en este mundo que necesariamente tenemos que salir a ver si la medicina de Cristo, del Evangelio, de la buena noticia, creemos que las puede eliminar. El miedo, la desesperanza, la violencia, la economía que mata, la idolatría del dinero, la exclusión de gente que no nos deja tranquilos y le echamos. Valorar solo lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo superficial, reducir la fe y la Iglesia al ámbito mío privado, yo con Dios.

Queridos hermanos: yo, para rezar, no necesito que me dé permiso ningún presidente de ningún país del mundo. Lo hago y ya está. Pero sí pido que me dejen vivir la fe, y explicitarlo públicamente como los demás explicitan las ideas que tengan. Y es un derecho del ser humano. Donde más se manifiesta la libertad es cuando hay libertad también para expresar lo más hondo que tiene un ser humano: la experiencia de Dios y la cercanía de Dios. Por eso, hermanos, tres cosas os quiero decir esta tarde aparte de esta introducción de cómo situarnos ante la visita pastoral. Estas tres cosas son:

Primera, una visita pastoral que iniciamos con diseño eucarístico. Lo habéis escuchado en la primera lectura que hemos proclamado de la primera carta del apóstol Pablo a los Corintios, y lo veis en cómo estamos situados todos: alrededor de este altar. Queridos hermanos, cuando nos reunimos aquí no estamos divididos en bandos, no estamos cada uno a lo nuestro, no regateamos nada como no lo regatea Dios que, siendo Dios, no solamente no ha tenido a menos hacerse hombre, sino que sigue manifestando su cercanía a nosotros, haciéndose presente en el mis-

terio de la Eucaristía. Los que pasan hambre, los que tienen sed, los que tienen falta de amor, ¿dónde están en nuestra vida?

Quienes nos acercamos al Señor a esta mesa, siempre que nos encontramos con Él hemos de salir a buscar a los que más necesitan. Sentados a la mesa del Señor, alimentados del cuerpo y de la sangre del Señor, Él nos ha dicho "haced esto en memoria mía". Lo habéis escuchado: encontraos conmigo, alimentaos de mí, diseñad vuestra vida desde mi persona, con mi persona, en mi persona. Y el diseño de la vida del Señor tiene que ser el diseño de la entrega, de búsqueda del otro, de seguir a todos, no a un grupo, no a los que piensan como yo; a todos. Todos son mis hermanos. En esta mesa se descubre que todo el que viene a este mundo es hermano nuestro si participamos en esta mesa, si comulgamos con el Señor que dio la vida por todos los hombres, también por nosotros. Quizá nos podamos preguntar ¿pero yo por un enemigo también, por alguien que está para darme, para casarme, también? También, queridos hermanos. Es duro y a veces no aguantamos, pero el Señor dio la vida por todos y un cristiano, si no descubre esto y convierte el cristianismo en una ideología, no en una experiencia viva, en una manera de ser y de estar en el mundo que es la que nos enseña Jesucristo y nos traslada a Jesucristo cada vez que celebramos la Eucaristía aquí en este altar, no es cristiano, será un adoctrinado. ¿Eso quiere decir que no tengamos ideas? Claro que las tenemos, todos, y claro que nos van más unas que otras. Claro. Pero a la hora de actuar, alguien que está tirado, aunque no sea de mis ideas, es mi hermano; y si no está tirado también, aunque esté sentado como yo.

Queridos hermanos: una visita pastoral que yo quisiera que tuviera un diseño eucarístico. Queridos hermanos sacerdotes, esto es lo que tenemos que mostrar nosotros también. Sois distintos, tenéis formas y maneras incluso de vivir y de hacer la pastoral diferente, pero ni el cura de al lado es mi enemigo, ni el cura de al lado es mi competencia, porque no somos una organización de venta de no sé qué cosas: somos discípulos de Cristo que nos reunimos en torno a la mesa del Señor, y quien hace de Jesucristo. Quien ha dado la vida y prestado la vida para hacer de Cristo, las veces de Cristo, como vosotros, manifiesta y hace descubrir a todos que la centralidad de la Eucaristía es esencial. Y, queridos hermanos, todas las épocas nuevas que han comenzado en esta historia, en estos 21 siglos de vida cristiana, todas, la centralidad de la Eucaristía ha sido fundamental para la renovación de los cristianos, para afrontar la nueva época, para diseñar la acción cristiana desde la eucaristía.

En segundo lugar, una visita pastoral que va a ser para constatar la salud del corazón de esta vicaría, queridos hermanos, la salud del corazón. ¿Os habéis dado cuenta de la belleza y la fuerza que tiene esta página del Evangelio que acabamos de proclamar? Jesús entró en Cafarnaúm, habló a otra gente, marchó y entró en Cafarnaúm. Jesús quiere entrar en Madrid, quiere entrar en las calles, en las casas, en vuestro corazón. Quiere entrar en la vida de los hombres. Y ¿cómo quiere entrar Jesús? Fijaos bien qué bonita es la explicación que nos da el Evangelio: hubo un centurión, un soldado romano que naturalmente tenía otros dioses, que había oído hablar de Jesús; un soldado romano preocupado por un criado que tenía enfermo, es decir, un esclavo, preocupado. ¿Cómo no vamos a estar preocupados nosotros? ¿Cuál es la salud del corazón? ¿Somos servidores? ¿Necesitamos de Jesús? Era un criado a quien él estimaba mucho, y al oír hablar de Jesús él les dice a los ancianos judíos que a ver si pueden intervenir para que Jesús vaya a curar a su criado; hasta busca recomendaciones, queridos hermanos, con tal de curar a alguien. Qué bonito es esto.

Una visita pastoral que tiene un diseño para constatar la salud de nuestro corazón. Buscamos a los más pobres, buscamos a los que más necesitan, buscamos la fraternidad en las familias, buscamos el poder acompañar a la gente con todas las consecuencias, buscamos a los ancianos para que no estén solos. Buscamos la sabiduría del más mayor por la vida que tiene. El anciano es un tesoro, queridos hermanos. No es alguien que apartamos: es un tesoro porque tiene la sabiduría de la experiencia. Pero tesoro es el que inicia la vida, el niño ¿Cómo nos ocupamos de él? ¿Les damos solamente cosas, o les damos esa medicina que agranda el corazón y que hace el corazón grande, tan grande, que caben todos los hombres, y nos preocupamos porque sepan de Jesucristo, sepan qué médico agranda el corazón? Queridos hermanos. De aquel soldado que se presentó a Jesús decían los ancianos: merece que se lo concedas, tiene afecto a nuestro pueblo, nos ha construido la sinagoga. Y Jesús no estaba lejos de la casa, y quería ir detrás del centurión, pero aquel centurión responde de otra manera.

Queridos hermanos. Una visita pastoral para constatar la salud del corazón de la Iglesia, cómo está ese corazón. ¿Es una Iglesia que siente, que escucha, que va en búsqueda de los hombres, que no molesta -al contrario-, que es contagiosa porque provoca en quien no cree "yo como este, si es lo más bonito que hay: vivir para los demás y no para uno mismo"? Una Iglesia provocadora no por insultar a los demás, queridos hermanos, que eso no hace nada; eso diseña una Iglesia estúpida, no la de Jesucristo. La Iglesia de Jesús es una Iglesia que atrae; es como Jesús

cuando se encontró con los discípulos de Emaús que iban por el camino desalentados, desorientados, desencantados, y entraron en tal conversación con el Señor que se sintieron tan a gusto que, cuando el Señor se iba a marchar, le dijeron "quédate con nosotros, que atardece". No les importaba el atardecer, les importaba que se quedase con ellos. Esta es la Iglesia de Jesús. Tiene que provocar en este mundo eso de: oye, quedaos, quedaos, yo no creo como tú pero no me estorbas; quédate, eres un bien.

Y, en tercer lugar, una visita pastoral que promueve la fe y la confianza en Cristo, como lo promovió nuestro Señor con aquel hombre. No estaba lejos de la casa y le dijo aquel hombre, aquel centurión: Señor, no te molestes, no soy yo quién para que entres en mi techo; dilo de palabra, que se cure, y mi criado quedará sano. Vivir en fe y vivir en confianza en Dios.

Pues, queridos hermanos, que todos nosotros en esta visita pastoral que hoy abrimos en esta vicaría V seamos capaces de vivirla desde estas tres realidades que os he dicho: con diseño eucarístico la visita, constatando la salud del corazón de la comunidad cristiana, de la vida cristiana, y promoviendo la fe y la confianza en nuestro Señor Jesucristo. Y no tengáis miedo. No tengáis miedo, queridos hermanos. Hacerlo. No tengáis miedo en ser cristianos. Pensando en vosotros esta mañana, me decía: y ¿qué digo yo el próximo jueves en esa carta pastoral que os escribo todos y que aparece en Alfa y Omega? ¿Qué os digo yo? ¿Qué digo a los cristianos de Madrid? Y pensando en vosotros la he titulado "Ánimo, soy yo. No tengáis miedo". Estáis viendo ahora mismo en la Iglesia que si abusos, que si no sé qué pecados graves... Pero, hermanos, la Iglesia es de Cristo. Y junto a esto recordad que los discípulos primeros iban en la barca y en una tormenta parecía que se hundían, y hasta que el Señor no entró en la barca y vino la bonanza aquellos hombres tenían más miedo que vergüenza. Como lo tenemos nosotros en estos momentos. Y el Señor viene, y entra, y lo que dice es que le dejemos entrar en la Iglesia, que no es un visitante, que Él es el que ha diseñado la Iglesia, que Él es el que nos ha llamado a nosotros. Dejemos que entre, que nos dé su luz, que seamos capaces de reconocer que lo que hemos hecho mal, mal está, y muy mal, y si perjudica a los demás mucho peor está; pero tengamos la confianza de que la Iglesia es de Jesucristo. No es algo que hayamos hecho los hombres. Y ha contado no con ángeles sino con pecadores, para que se manifieste en este mundo ya que la huella de Dios, que la obra de Dios, que el corazón de Dios es mucho más grande que el corazón de los hombres, y que necesitamos a Dios.

Vamos a recibir así a Jesús, queridos hermanos. Vamos a comenzar con la primera parte de mi homilía: la centralidad de la Eucaristía, que ha de ser el centro de mi vida y de la vuestra. Jesucristo nuestro Señor y su santísima madre, que nos acompaña y que nos dice permanentemente: haced lo que Él os diga. Hacedlo. Cumplid su Palabra.

Que así sea, hermanos.

HOMILÍA CARLOS OSORO
EN LA MISA DEL 50 ANIVERSARIO
DE LA COMUNIDAD SANT'EGIDIO

(30-09-2018)

Queridos hermanos y hermanas todos.

Hoy nos reunimos por un acontecimiento muy especial, para celebrar los 50 años de la presencia de la Comunidad. Quiero dar gracias a Dios, especialmente, por su presencia en Madrid. Cuánto he tenido que recorrer para poder encontrarme la Comunidad en una diócesis a las que he servido como obispo durante toda mi vida.

¡Qué bien ha sabido la Comunidad desde el inicio descubrir que no hay modo mejor de dar gracias que festejando su Palabra, que fue la que impulsó a la Comunidad de Sant'Egidio desde el principio! El Papa Francisco, en su carta apostólica *Misericordia et misera*, nos manifiesta con claridad la importancia de la Palabra de Dios en nuestra vida: "Por medio de la Sagrada Escritura que se mantiene viva gracias a la fe de la Iglesia, el Señor continúa hablando a su Esposa y le indica los caminos a seguir, para que el Evangelio de la salvación llegue a todos. Deseo

que la Palabra de Dios se celebre, se conozca y se difunda cada vez más, para que nos ayude a comprender mejor el misterio del amor que brota de esta fuente de misericordia" (n. 7).

El canto que hace unos instantes, como introducción a esta celebración, hemos cantado, nos recordaba tareas esenciales que Dios quiere para todos los hombres y que desea que, quienes nos decimos sus discípulos, las hagamos realidad: ¿tienes alguna rencilla? Antes de venir a la asamblea, vuélvete atrás, pide la paz a aquel que está reñido contigo. ¿Haces distinciones por la vestimenta de quienes vienen a la asamblea? ¿Si va bien vestido lo pones delante y si va mal lo sitúas al final? Recuerda y has de saber que son los pobres los amigos de Dios. No hablemos en vano. Todo es vano excepto Dios y dejarnos dirigir por su Palabra. No te dejes engañar por el corazón. ¿A veces cansado? ¿A veces decepcionado? Ponte a la mesa del Señor y descansarás en su mesa, en su presencia, comiendo con Él, alimentándote de Él... Pues has de saber que somos siervos inútiles. Así nos reunimos esta mañana, al celebrar los 50 años de la presencia de la Comunidad de Sant'Egidio.

Por otra parte, el salmo 18, que mientras lo escuchábamos, hemos repetido la antífona "los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón". Quienes estamos reunidos aquí, en esta celebración, sabemos que esto es cierto. Es cierto. Tenemos experiencia viva de que cuando acogemos la Palabra del Señor y es ella quien marca la dirección de nuestra vida, descubrimos que su mensaje es lo más perfecto y lo mejor para nosotros; con ella encontramos descanso, sentimos y percibimos la fidelidad del Señor y, además, acogida en lo más profundo del corazón, nos enriquece y somos más sabios con la verdadera sabiduría. ¡Qué hondura alcanza la vida con la Palabra! Percibimos la pureza que tiene nuestra vida, la estabilidad que adquiere, y la necesidad que tenemos de decirle al Señor: perdónanos, absuélvonos, presérvanos, elimina de nuestra vida la arrogancia. Que yo sea siempre verdaderamente libre, justo e inocente.

Quiero hoy, en este 50 aniversario de la Comunidad de Sant'Egidio, acercar a vuestra vida tres realidades que el Señor nos pide que nunca olvidemos y que la Palabra de Dios que acabamos de proclamar ha acercado a nuestra vida:

Lo que es bueno para nosotros, deseémoslo para todos los hombres: sí a la misión, no al egoísmo (Num 11, 25-29): Nunca tengamos la tentación de guardar para nosotros lo que nos ha dado el Señor: la fe en Él, el hacer sus obras, pues nos

ha dado su Vida por el Bautismo. Fue la tentación de algunos, cuando Dios dio parte del espíritu que había en él y se lo pasó a los 62 ancianos. Dos de ellos no estaban allí. Que no nos pase lo que hace un instante escuchábamos de aquel muchacho que fue ante Moisés para decirle: "Eldad y Medad están profetizando en el campamento". Y Josué, ayudante de Moisés, le dijo: "¡Señor mío, prohíbeselo!". La respuesta de Moisés fue contundente: "¡Ojalá todo el pueblo profetizara y el Señor infundiera a todos el Espíritu!". Lo bueno deseémoslo para todos los hombres: salgamos a la misión, no retengamos al Señor. Entremos a los caminos donde están los hombres, no a los que nosotros nos imaginásemos que debieran estar. Están donde están, y el Señor quiere que profeticemos y vayamos a esos caminos. Quiere, desea y procura hacer. Lo que han descubierto ellos, se lo dan a los demás, y quieren iniciarlo precisamente con los más pobres.

Busquemos siempre la riqueza que ofrece Jesucristo, haciendo partícipes de lo que tenemos a otros: sí a la solidaridad, sí al amor, sí a la pasión por la dignidad del otro (Sant 5, 1-6): La tentación de acumular para nosotros existe siempre. El dinero es para dar vida a los demás, no para dar muerte. No dejemos que se oxide lo mejor que tenemos, que es el amor de Cristo en nosotros, que nos hace poner lo que somos y tenemos a disposición de los demás. ¡Qué fuerza tienen las palabras del apóstol Santiago! ¿Para qué amontonar riquezas? No retengáis el jornal del obrero, no os aprovechéis de quienes no tienen más remedio que aceptar las migajas. Devolvamos la dignidad a todos los hombres. Salgamos de la miseria de la muerte a la grandeza de la vida, de dar, de hacer partícipes a todos de lo que sabemos y tenemos. Recordemos esas palabras del Papa Francisco que nos dirigía al inicio de su ministerio petrino: "La crisis mundial que afecta a las finanzas y a la economía pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, la grave carencia de su orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo" (EG 55). "Mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. El afán de poder y de tener no conoce límites. Tras esta actitud se esconde el rechazo de la ética y el rechazo de Dios" (EG 56; 57). Como muy bien decía san Juan Crisóstomo: "No compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos" (San Juan Crisóstomo, De Lazaro Concio II, 6: PG 48, 992D).

Unámonos todos para hacer el bien. No a la exclusión por hacer el bien a nadie. Sí al bien, pues es don del Mesías, de Cristo (Mc 9, 38-43.45.47-48): Las palabras del Evangelio han sido muy claras: "Hemos visto a uno que echaba demo-

nios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no viene con nosotros". Pronunciar esto es excluir, es no comprender el Evangelio. Por eso la respuesta de Jesús es tan contundente: "No se lo impidáis", es decir, lo que importa es que el bien sea hecho. Y es que el sectarismo y la intolerancia no tienen sitio en la comunidad cristiana, ser católico es otra cosa distinta. Leamos el Evangelio, con la fuerza que tiene, dejemos que entre la fuerza de la palabra en nuestro corazón. No se lo impidáis. Las palabras de Jesús, son una invitación a la tolerancia, al respeto, a la alegría por el bien. Monopolizar el bien es una actitud extraña a la comunidad cristiana. Hemos de caer en la cuenta de lo que significa hoy "echar demonios", que justamente es liberar de esclavitudes, de lo que deshumaniza. Es luchar contra el mal, contra lo que impide una vida plena. Es amar la paz, buscarla para todos los hombres. Esta corriente de vida es la que abre caminos a la humanidad. Y gracias a Dios desde hace 50 años estamos celebrando que la Comunidad de Sant'Egidio ha querido buscar esos caminos para la humanidad y entrar en esta corriente que nos propone hoy Jesús en el Evangelio.

Dad un vaso de agua, ¡que recomendación más significativa la de Jesús! Dar un vaso de agua era un modo de hablar en aquella época. Jesús, lo que nos quiere decir es que cualquier acción que ayude a los demás a ser más humanos, beneficia primero al que lo hace y también a quien lo recibe. Por otra parte, la alusión de Jesús al escándalo de los pequeños, tiene una fuerza singular, pues escandaliza quien con sus actuaciones obstaculiza poder vivir una vida humana digna. No estimulemos nunca acciones inhumanas, nunca escandalicemos. Podríamos hoy preguntarnos, ¿cuál es hoy el mayor escándalo de nuestro mundo? Permanecer impasibles ante la miseria e injusticia de millones de seres humanos, ante la agresividad, ante la violencia, ante las descalificaciones destructivas, ante las guerras, ante la experiencia de millones de hombres y mujeres sin trabajo, sin sueldo. Este es el mayor escándalo del mundo, y mientras tanto yo pediría a todos los cristianos, comunicadores de noticias, que entreguen estas noticias, porque cuando se acogen para resolverlas arreglan el corazón humano. Que la misión que el Señor ha querido regalar a la Comunidad de Sant'Egidio la sigáis mostrando solamente como lo hacéis, con la fuerza del Evangelio, con todos, por todos y para todos.

Seguid viviendo la radicalidad del seguimiento, contagiadlo. Eso es lo que quiere decir el Señor cuando nos dice "y si tu mano te induce a pecar, córtatela; si tu pie te induce a pecar, córtatelo; si tu ojo te induce a pecar, sácatelo". Sí, lo que quiere Jesús es que toda actividad (simbolizada por la mano), todo camino (representado por el pie) y todo deseo (expresado por el ojo) que pone en peligro

nuestro crecimiento y el de los demás para llegar a la altura de Cristo, hay que suprimirlo.

Querida Comunidad de Sant'Egidio: 50 años de presencia en la vida de la Iglesia, habéis sido llamados a vivir con obras y palabras el ser portadores de la radicalidad en el seguimiento de Cristo, para contagiar a todos los hombres. Si cuando nacisteis en la vida de la Iglesia, el Señor vio que se necesitaba vuestra presencia, os aseguro que hoy también y mucho más. Gracias por lo que sois. Gracias por vuestra presencia en esta Iglesia particular de Madrid. Este Jesús se hace presente entre nosotros en el Misterio de la Eucaristía. Que de lo que nos alimentamos, siempre demos. Que Él nos ayude a tirar los muros que nos dividen, a romper barreras, a contagiar la paz y llevar la alegría del Evangelio a todos los hombres. La advocación de Nuestra Señora de la Almudena nos remite precisamente a esto. Ella apareció en los muros de la ciudad, rompió el muro, quiso salir, quiso comunicarse, quiso poner en comunicación a los de fuera y a los de dentro. Que este sea el deseo de nuestro corazón, que nos lo contagia la Virgen María y que la comunión con Nuestro Señor Jesucristo nos haga ver y experimentar la grandeza que nos decía el Evangelio que hemos proclamado. Llamados a hacer el bien, no a la exclusión, sí al don que nos da Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCOS:

- **De Santa María de Cervellón:** P. Mario Alonso Aguado, O.M. (4-09-2018).
- **De Santa María del Bosque:** P. José María Salado García, O.S.A. (4-09-2018).
- **De Santa Irene:** P. Javier Eulogio Ojeda Izquierdo, C.M.F. (4-09-2018).
- **De Beato Manuel Domingo y Sol, de Majadahonda:** D. Antonio Peña López. (4-09-2018).
- **De Santa Rita:** P. José Alberto Moreno Carrillo, O.A.R. (4-09-2018).
- **De San Antonio del Retiro:** P. Severino Cervero Vicente, O.F.M. (11-09-2018).
- **De Sagrada Familia:** D. Arturo Portabales González-Choren. (11-09-2018).
- **De Nuestra Señora de Moratalaz:** D. José María Oviedo Valencia. (11-09-2018).
- **De San Fulgencio y San Bernardo:** D. Pedro José Lamata Molina. (11-09-2018).

- **De Cristo de la Paz:** P. Manuel Jesús Madueño Moreno, O.F.M. (11-09-2018).
- **De San Ignacio de Loyola:** P. Pablo Veiga Fernández; S.J. (11-09-2018).
- **De Virgen del Mar:** P. Francisco Hernández Nicolás, F.C. (18-09-2018).

ADMINISTRADOR PARROQUIAL:

- **De Robledillo, Berzosa y Cervera:** D. Agustín Ntumba Mulumba (18-09-2018).

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De Nuestra Señora de Guadalupe:** P. Oziel León Rodríguez, M.Sp.S. y P. Marco A. Fájer Cardona, M.Sp.S. (4-09-2018).
- **De Nuestra Señora de la Paz:** D. Raúl Blázquez Castillo. (4-09-2018).
- **De Nuestra Señora del Pilar de Campamento:** D. Nibaldo do Barros Vilela. (4-09-2018).
- **De San Lorenzo Mártir, de San Lorenzo de El Escorial:** D. Juan Pablo Ugetti Díaz. (4-09-2018).
- **De San Germán:** D. Francisco Javier Iglesias Casanova. (4-09-2018).
- **De Jesús de Nazaret:** P. Jesús Santamaría Gallo, S.F. (11-09-2018).
- **De Santa María del Cervellón:** P. Fernando Pazos Santamaría, O.M. (11-09-2018).
- **De San Antonio del Retiro:** P. Antonio Arévalo Sánchez, O.F.M. (11-09-2018).
- **De Santos Apóstoles Felipe y Santiago el Menor:** P. Jorge Antonio Martínez González, S. de J. (11-09-2018).
- **De Nuestra Señora de los Apóstoles:** D. Fabio de Jesús Loaiza Córdoba, por un año. (11-09-2018).
- **De Cristo de la Paz:** P. Pedrp Botía Nogueiras, O.F.M. (11-09-2018).
- **De Santo Cristo de la Misericordia:** P. Francis Leonardo Belilla Sánchez, C.R.L. (11-09-2018).
- **De Santa Ángela de la Cruz:** P. Gabriel Bautista Nieto, O.S.A. (11-09-2018).

- **De San Ignacio de Loyola:** P. Severino Lázaro Pérez, S.J. (11-09-2018).
- **De Virgen del Mar:** P. Michel Franco Alenda, F.C. (18-09-2018).
- **De Preciosa Sangre:** P. Joseba Andraú Ledesma Sánchez, C.PP.S. (18-09-2018).
- **De Santa Rita:** P. Virgilio Paredes Mediana, O.A.R. (18-09-2018).
- **De Hispanoamericana de la Merced:** P. José Anido Rodríguez, O.M. (18-09-2018).
- **De Inmaculada Concepción, de Soto del Real:** P. Tadeo Jesús Martín, S.D.B. (18-09-2018).

ADSCRITOS:

- **A Padre Nuestro:** D. Vicente Vindel Pérez. (4-09-2018).
- **A Dulce Nombre de María:** P. Jesús del Campo, A.A. (11-09-2018).
- **A Virgen del Mar:** P. José Rodier Malheux, F.C. (18-09-2018).
- **A Nuestra Señora de Covadonga:** D. Manuel Polo Casado, por un año. (18-09-2018).
- **A San Emilio:** D. Jesús Rafael García Riera. (18-09-2018).
- **A Espíritu santo:** D. Emile Nocklibo. (18-09-2018).
- **A San Bonifacio:** D. Desiré Rigobert Ayina. (18-09-2018).
- **A Nuestra Señora de Belén:** D. Jean Marie Irankunda. (18-09-2018).
- **A San Timoteo y Nuestra Señora del Puig:** D. Jean Bosco Bigirimana. (18-09-2018).
- **A San Eulogio:** D. Javier Alexander Krawczuk. (18-09-2018).
- **A Santa María del Pozo y Santa Marta:** D. Pascoal Domingos Chambai. (18-09-2018).
- **A Preciosa Sangre:** P. Florentino Imbali Encanha, C.PP.S. (18-09-2018).
- **A San Millán y San Cayetano:** D. José Antonio Sánchez Rueda. (18-09-2018).

OTROS OFICIOS:

- **Capellán del Hospital Santa Cristina:** P. Rafael Antonio Vera Gállego, M.Sp.S. (4-09-2018).

- **Capellán de la Residencia de Mayores de Manoteras:** D. Agustín Ntumba Mulumba. (4-09-2018).
- **Coordinadora de Misiones de la Vicaría I:** Dña. María Dolores Golmayo. (4-09-2018).
- **Colaborador de la Parroquia de Santa María del Bosque:** P. Godvolker Mwinuka, O.S.A. (4-09-2018).
- **Auditor del Tribunal Eclesiástico Metropolitano:** D. Fabio Mauro Casas Sierra. (11-09-2018).
- **Notario-Actuario del Tribunal Eclesiástico Metropolitano:** D. Iván Bermejo Corrales y D. Juan Carlos Mollejo Sánchez. (11-09-2018).
- **Capellán del Convento de Santo Domingo el Real:** D. Luis González-Carvajal Santabábara. (11-09-2018).
- **Colaborador de Parroquia de Santa María del Silencio:** D. Osmini Serrano Grillet. (11-09-2018).
- **Coordinador de Cáritas de la Vicaría VII:** D. César Montero Uriel. (18-09-2018).

DEFUNCIONES

— El 7 de septiembre de 2018 falleció en Madrid, a los 72 años de edad, el sacerdote RVDO. D. ANASTASIO GIL GARCÍA. Nació en Veganzones (Segovia) el 11 de enero de 1946. Fue ordenado sacerdote el 19 de septiembre de 1970 en la diócesis de Segovia, aunque en 1983 se incardinó en la diócesis de Madrid. Licenciado en Teología por la Universidad de Comillas en 1970, completó sus estudios con una diplomatura en Psicología Educativa en 1972, y con un doctorado en Teología por la Universidad de Navarra en 1981. Su primera ocupación pastoral fue como capellán y profesor de Religión en el colegio Montealto de Madrid (1970-1982), lo que compaginó con su trabajo de profesor de Pedagogía Religiosa en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Fue vicario parroquial en Asunción de Nuestra Señora de Algete (1983-1988); colaborador en la Conferencia Episcopal Española (1988-1994); adscrito a San Jorge (1992-2006); subdirector del Secretariado Nacional de Catequesis de la CEE (1988-1999); profesor en la Universidad Eclesiástica San Dámaso (1995-1996); capellán de la Escuela de Magisterio y Fomento de la U.A.M. (2000-2018); director del Secretariado de Misiones y Cooperación entre Iglesias de la CEE (1999-2018); subdirector nacional de Obras Misionales Pontificias (2001-2011); director del Fondo Nueva Evangelización de la CEE (2006-2018); capellán de las religiosas Madres de los

Desamparados y San José de la Montaña (2007-2018); capellán de S.S. Benedicto XVI (2010-2018); director nacional de Obras Misionales Pontificias (2011-2018); director de la cátedra de Misionología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso (2011-2018) y profesor de la misma (2017-2018); vicepresidente de la ONG Misión América (2008-2018).

— El 12 de septiembre de 2018 falleció en Madrid el sacerdote D. BONIFACIO BOROBIA RUIZ DE INFANTE, a los 94 años de edad. Ordenado sacerdote el 4 de junio de 1955 en Logroño, era diocesano de Madrid. Fue vicario parroquial de San Bruno (1977-1999) y capellán del sanatorio de la Paloma (1984-1999).

— El 17 de septiembre de 2018 falleció en Madrid el sacerdote P. ESTEBAN JESÚS CALLES FERNÁNDEZ, OSST, a los 75 años de edad. Pertenecía a la Orden de la Santísima Trinidad y fue ordenado en Roma el 5 de mayo de 1968. En su último destino pastoral en Madrid fue párroco de San Juan Bautista de la Concepción (2011-2018).

— El viernes, 21 de septiembre, falleció el sacerdote DANIEL ANTOLÍN HERNÁIZ, a los 78 años. Fue ordenado sacerdote el 8 de junio de 1963. Era diocesano de Madrid y hermano del sacerdote Valeriano Antolin Hernáiz.

Ejerció el ministerio sacerdotal como vicario parroquial en Santa María Magdalena, de Getafe (1963-1965); ecónomo de Santiago Apostol, de Casarrubuelos (1965-1968); vicario parroquial de San Millán y San Cayetano (1968-1988); vicario parroquial de San Basilio el Grande (1988-2015), y colaborador en esa misma parroquia (2015-2018).

Además, desde los años 60 colaboró con el Atlético de Madrid. El equipo de fútbol lamentó el fallecimiento del también socio 1.215, dado de alta el 18 de enero de 1974, y le dedicó un minuto de silencio en el partido jugado contra el Huesca en el Metropolitano.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ÓRDENES

El día 15 de septiembre de 2018, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Cobo Cano, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de Virgen de la Providencia y San Cayetano, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado al **Rvdo. P. Joaquín Ortega Roja, C.R.**

El día 29 de septiembre de 2018, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzobispo de Madrid, confirió, en la Parroquia-Basílica de la Milagrosa, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado al religioso **Ricardo José Rozas Pérez, C.M.**

ASOCIACIONES Y FUNDACIONES CANÓNICAS

ERECCIÓN Y APROBACIÓN DE ESTATUTOS.-

- **Fundación Pía Autónoma "Don Máximo Martínez de Castro"**
(03-09-2018).

ACTIVIDADES
CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

SEPTIEMBRE 2018

Día 1, sábado

- A lo largo de la jornada tiene entrevistas en el Palacio Arzobispal.

Día 2, domingo.

- Celebra la Eucaristía con motivo en honor de Nuestra Señora de la Consolación en la parroquia de Asunción Nuestra Señora de Pozuelo de Alarcón.
- Por la tarde comienza la reunión del Consejo Episcopal en la Casa de Espiritualidad Santa María de los Negrals.

Día 3, lunes.

- Durante toda la jornada se reúne con el Consejo Episcopal en la Casa de Espiritualidad Santa María de los Negrals.

Día 4 martes.

- Continuación de la reunión del Consejo Episcopal en la Casa de Espiritualidad Santa María de los Negrales.

Día 5, miércoles.

- Participa en el Acto Solemne de Apertura de Curso en la Universidad Pontificia Comillas.
- Por la tarde tiene entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- A continuación preside una Misa de acción de gracias en memoria de santa Teresa de Calcuta en el Hogar del Inmaculado Corazón de María, atendido por las Misioneras de la Caridad.

Día 6, jueves.

- Recibe a Mons. Timothée Bodika Mansiyai, Obispo de Kikwit del Congo, en el Arzobispado.
- A continuación preside en la catedral de Santa María la Real de la Almudena la Misa de inicio de curso pastoral de la Curia.
- Al finalizar la tarde participa en el acto de presentación de la nueva temporada de programación 2018/2019 de la COPE, en el Centro de Arte de Reina Sofía.

Día 7, viernes.

- Encuentro en la Delegación Episcopal de Infancia y Juventud.
- Al finalizar la tarde preside la vigilia de oración con los jóvenes "Vigilia Adoremus" en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 8, sábado.

- Celebra en la Catedral la Misa de la Real Esclavitud de Santa María la Real de la Almudena en su fiesta anual.
- Por la tarde participa en la III Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación 2018: "Custodios del Aire", organizada por la Asamblea Episcopal Ortodoxa de España y Portugal y el Arzobispado de Madrid.

Día 9, domingo.

- Preside la Misa de toma de posesión de Fernando Martínez como párroco de San Fernando.

Día 10, lunes.

- Preside la Eucaristía de apertura del Año Judicial en Santa Bárbara.
- Recibe al Nuncio de Irak y Jordania, Mons. Alberto Ortega, en el Palacio Arzobispal.

Día 11, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde tiene entrevistas en el Palacio Arzobispal.

Día 12, miércoles.

- Bendice el reparado y restaurado Centro de Cáritas Diocesana de Madrid.
- Por la tarde tiene un encuentro con los Scouts en la parroquia Nuestra Señora de Moratalaz.
- A continuación tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Y al finalizar la tarde preside en la Cripta de la Almudena un funeral por la madre de Jacinto Muñoz, empleado del Arzobispado de Madrid.

Día 13, jueves.

- Se reúne con el Comité Ejecutivo de la CEE.
- Por la tarde preside la entrega de los Premios Solidarios del Banco de Santander a CONFER, Manos Unidas y Cáritas España por sus proyectos de inserción socio-laboral para colectivos en riesgo de exclusión social.
- Al finalizar la tarde celebra en la Catedral una Misa funeral por D. Anastasio Gil.

Día 14, viernes.

- A lo largo de la jornada tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Al finalizar la tarde inaugura la visita pastoral a la Vicaría VIII con una solemne Eucaristía en la parroquia Santa Micaela y San Enrique.

Día 15, sábado.

- Inauguración del Centro de Pastoral Social "Santa María del Fontarrón".

Día 16, domingo.

- Preside la Misa de inauguración de los actos del Tercer Centenario de la ermita de la Virgen del Puerto en la fiesta de la titular. Emite la 2 de TVE.
- A continuación celebra la Eucaristía en la Catedral con alumnos participantes en el Encuentro Internacional de Escuelas Dehonianas.

- Al finalizar la tarde inaugura el curso académico del Seminario Conciliar con rezo de vísperas y una cena.

Día 17, lunes.

- Preside la Misa de inauguración de la visita pastoral a la Vicaría V en la parroquia Beata María Ana de Jesús.

Día 18, martes.

- Recibe a la Superiora General de las Siervas Seglares de Cristo Sacerdote en el Palacio Arzobispal.
- A continuación se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Al finalizar la tarde preside la Misa de inauguración de la visita pastoral a la Vicaría VI en la parroquia San Hilario de Poitiers.

Día 19, miércoles.

- Encuentro y diálogo con los sacerdotes de la Vicaría I en El Pardo.
- Por la tarde encuentro con el Cardenal Peter Kodwo Appiah Turkson en la Universidad Pontificia de Comillas.
- Al finalizar la tarde preside la Misa de inauguración de la visita pastoral a la Vicaría VII en la parroquia Nuestra Señora del Buen Suceso.

Día 20, jueves.

- Participa en la XX jornada de Cáritas Madrid en Cercedilla y celebra la Eucaristía de inicio de curso pastoral.

Día 21, viernes.

- Se reúne con la Provincia Eclesiástica en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde se reúne con el Consejo Económico en el Palacio Arzobispal.
- A continuación tiene entrevistas con varios Obispos de Latinoamérica.

Día 22, sábado.

- Celebra en la parroquia de San Juan Bosco una Misa de acción de gracias en el 50 aniversario del templo parroquial.

Día 23, domingo.

- Preside la Eucaristía en el prefabricado de la parroquia de San Benito Menni. A su término, bendice los terrenos donde se va a construir el nuevo templo y coloca la primera piedra del mismo.

Día 24, lunes.

- Celebra la fiesta de Nuestra Señora de la Merced en la cárcel de Soto del Real.
- Viaja a Roma para participar en un retiro mundial de sacerdotes que se celebra con el lema "El fuego del Evangelio". Imparte una ponencia titulada "Luz y esperanza del amor conyugal y familiar: la conversión pastoral y el discernimiento en el capítulo IX de Amoris laetitia".

Día 29, sábado.

- Encuentro con los Hermanos de Taizé en el Palacio Arzobispal.
- Entrevista con el Obispo de la Diócesis de Mweka de la República del Congo, Monseñor Oskar Nkolo.
- Preside una Misa de acción de gracias en la clausura del 50 aniversario del Colegio Mayor Vedruna.
- Al finalizar la tarde ordena diácono a Ricardo Rozas Pérez, C.M., en la Basílica-Parroquia de La Milagrosa.

Día 30, domingo.

- Preside la Eucaristía en la capilla de la Casa de Cantabria en honor a la Bien Aparecida, patrona de Cantabria.
- A continuación celebra una Misa de acción de gracias en la Catedral en el 50 aniversario de la Comunidad de Sant'Egidio.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR OBISPO

CARTA PASTORAL

**BUSCANDO LA VERDADERA RESPUESTA
LA SANTIDAD**

**MONS. JUAN ANTONIO REIG PLA
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES**

SEPTIEMBRE 2018

A nadie se le escapa que estamos viviendo, tanto en la sociedad como en la Iglesia, una etapa de verdaderas dificultades e incertidumbres. Da la impresión de que en poco tiempo se ha creado una atmósfera y un clima en el que, además de estar adentrándonos en una nueva época cargada de interrogantes, se presentan continuamente nuevos paradigmas que quieren abarcar la vida entera de la Iglesia y abrir cuestiones ya sedimentadas por la Tradición y el Magisterio de la Iglesia Católica.

No es este un tiempo para buscar respuestas parciales, ni para entretenernos en aspectos periféricos de la vida cristiana que nos pueden hacer olvidar lo esencial: el encuentro con Cristo y su presencia salvadora en la Iglesia.

Siempre, en los tiempos de oscuridad y confusión, la Iglesia se ha visto enriquecida con la luz de los Santos. En nuestra Iglesia complutense, en verdad, desde su fundación con el hallazgo de la tumba de los Santos Niños, Justo y Pastor, no nos ha faltado la mano de la Providencia que nos ha enriquecido con distintos santos, y acontecimientos que forman nuestro rico patrimonio espiritual.

Enraizados en la Tradición, celebraremos los 400 años del reconocimiento de las Santas Formas. Este hecho nos hará volver la mirada sobre la Eucaristía, de donde mana toda la santidad de la Iglesia.

Enriquecidos, pues, con el manantial de la Eucaristía, os invito a buscar juntos la respuesta adecuada para nuestro tiempo. Esta respuesta verdadera y única no es otra que la vocación a la santidad. Nuestra diócesis, como el resto de España, necesita la luz y el testimonio de los santos.

I. ESTAMOS EN GUERRA: UN COMBATE ESPIRITUAL

Hace unos años el filósofo norteamericano Peter Kreeft afirmó en su libro *Cómo ganar la guerra cultural* que estamos en guerra. Se trata de una guerra cultural que está atacando a las “almas” y destrozando a las personas y su libertad. La referencia bíblica que inspira a este filósofo es la advertencia de Jesús a sus discípulos: «No tengáis miedo a los que maten al cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien al que puede perder el alma y el cuerpo en el fuego» (Mt 10, 28).

Más allá de las ideologías y de los medios de comunicación que las propagan; más allá del poder de los centros financieros y tecnológicos y de sus distintas organizaciones sociales o políticas; a pesar de las grandes estrategias de las distintas logias y *lobbies* que mueven los hilos de los grandes movimientos de masas, etc., para Peter Kreeft es necesario llegar al causante de toda esta guerra, al verdadero enemigo del hombre, al Padre de la mentira (Jn 8, 44) que seduce al hombre y lo conduce a la esclavitud del pecado, su segundo enemigo.

Esta guerra cultural produce también muertos y mucha sangre (abortos, suicidios, terrorismo, etc.), rupturas matrimoniales y familiares, adicciones, guerras, pobreza, etc., y tiene como objetivo demoler a la Iglesia Católica y a cuantos pro-

muevan la fidelidad al evangelio de Cristo. A lo largo de la historia las estrategias de Satanás, Padre de la mentira, han sido variadas y respondían a los puntos flacos de la Iglesia o del momento cultural. Por eso, insiste el autor en que es necesario en cada momento discernir en qué clase de guerra estamos inmersos, dónde se encuentra el principal campo de batalla y cuáles son las armas necesarias para derrotar al enemigo.

Como ya nos advirtió el apóstol San Pablo «nuestra lucha no es contra gente de carne y hueso, sino contra los Principados y Potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que moran en los espacios celestes» (Ef 6, 12). La estrategia del Maligno, después de procurar la corrupción de la Iglesia tentándola con el poder, ha derivado hacia lo más íntimo de la persona: su vocación al amor. Se trata de una lucha espiritual que no sólo modifica vidas sino la vida misma en su origen. Es, en el lenguaje del Papa San Juan Pablo II, la cultura de la muerte que ataca a las raíces del alma, entenebreciendo la inteligencia y pervirtiendo la libertad humana.

El objetivo último de esta guerra cultural es «pervertir las almas», provocar el deseo del mal presentándolo como bien mediante la utilización de grandes palabras: progreso, libertad, modernidad, etc. Sin embargo el camino seguido para lograr la corrupción de la sociedad ha sido, según este autor, comenzar por destruir el pilar fundamental que la sostiene: la familia. Se trata «de la única institución en la que la mayoría de las personas aprende la lección más importante de la vida: el amor desinteresado. Es el único lugar en el que son amadas no sólo por su conducta, sino por lo que son».

La mejor forma de destruir la familia, según el plan del Maligno, es acabar con su fundación: el matrimonio. Este (el matrimonio), se destruye, a la vez, desuniendo su pegamento: la fidelidad conyugal. Y esto es precisamente lo que se pretende con la revolución sexual promovida masivamente por los medios de comunicación para llegar a los corazones de las personas y corromper el alma.

Se trata, por tanto, de una guerra cultural, de una gran batalla espiritual que quiere acabar con la moralidad, y desprestigiar las virtudes para engendrar individuos que como marionetas son llevados por el viento de la propaganda y los estímulos de las redes sociales. Cuando una persona no es educada en la virtud para lograr la libertad para el bien, es llevada por los impulsos del placer y de la utilidad

hasta afirmar la autonomía de su “libertad” que, al no estar anclada en la verdad de la persona, acaba corrompiéndola y destrozándola.

¿Cómo ha logrado el Maligno embotar la mente de las personas para que no descubran sus mentiras y sus propuestas de destrucción? Simplemente doblegando el espíritu al placer, esclavizándolo con los bienes de consumo; reduciendo el amor a un simple sentimentalismo y rompiendo los vínculos firmes de la persona con la familia, con la tradición y con Dios.

El resultado final de esta revolución es la reducción de la persona a individuo, la afirmación de la soberanía de la voluntad frente a la naturaleza de la persona, frente a la verdad del amor humano y frente a la realidad del bien y la virtud que la edifican y promueven la solidez de la familia y de la sociedad.

En el fondo, la llamada “revolución sexual” que desvincula la sexualidad del amor de donación y de la procreación hasta deconstruir el cuerpo humano con la ideología de género y el transhumanismo, no es más que la nueva versión de una de las herejías más antiguas del cristianismo: el gnosticismo. Como la antigua gnosis, la ideología de género nace del dualismo antropológico que rechaza el cuerpo humano como epifanía de la persona, dignificado por la obra de la Creación y por el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. El cuerpo humano, diversificado sexualmente, es un bien de creación que afirma la bondad de la carne. Es la carne que Cristo no ha rechazado, sino que en su humanidad la ha llevado a su perfección.

La banalización de la sexualidad humana, la negación del cuerpo como la gramática prevista por Dios creador para la persona, la promoción masiva de la pornografía y la deconstrucción de la persona, del cuerpo humano, de la familia, del lenguaje y de la educación, no son más que la estrategia del Maligno para arruinar las almas olvidando el carácter sagrado de la vida humana, del sacramento del matrimonio y negando el designio de Dios creador.

Sólo una sociedad nihilista podría llegar tan lejos y así comprendemos que cuando Dios desaparece del horizonte lo que provoca es la muerte del hombre que no reconoce en su origen más que el azar y como destino final la muerte. Sin la influencia y la estrategia del Maligno no se entiende, en efecto, la exaltación del aborto (llamado salud reproductiva o derecho a decidir), del adulterio, del divorcio, de la deconstrucción del cuerpo humano, de las rupturas familiares, de la eutanasia (llamada muerte digna); la exaltación asimismo del individualismo y de la soberanía

de la voluntad humana con el desprecio de las virtudes y, en especial, de la castidad que custodia y protege el amor humano.

En definitiva, el poder económico y financiero a través de la tecnología gobiernan fácilmente a las masas de individuos y a las instituciones sociales sin ninguna frontera ética que las limite, entrando a través del consumo hasta en las raíces del alma y del deseo humano. Este deseo siendo ilimitado -porque somos deseo de Dios- es esclavizado por los bienes temporales, transformados en ídolos que generan masas de esclavos.

Si aceptamos la tesis de Peter Kreeft, si reconocemos que estamos en guerra, las consecuencias que se derivan son evidentes. En una situación de guerra lo primero que hay que hacer es alertar a las personas y a todas las instituciones de la Iglesia. Del mismo modo hay que poner en marcha todas las alarmas, detectar las estrategias del enemigo y estar prevenidos ante cualquier ataque. Tratándose de una lucha espiritual hemos de proveernos, sin embargo, de las armas de Dios, como también nos advierte el apóstol San Pablo: «En definitiva, cobrad fuerzas en el poder soberano del Señor. Revestíos de la armadura de Dios para que podáis resistir las tentaciones del diablo [...] en el día malo y ser perfectos en todo. Manteneos firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia y teniendo calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz. Empuñad en todas las ocasiones el escudo de la fe, con el cual podéis inutilizar los dardos encendidos del Maligno. Tomad también el yelmo de la salud y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, orando sin cesar bajo la guía del Espíritu con toda clase de oraciones y súplicas» (Ef 6, 10.13-18).

Apoyados en la soberanía del Señor nuestra moral tiene que ser de victoria. No podemos, sin embargo, acomodarnos a este mundo (Rm 12, 2-3), ni desmerecer en nada la cruz de Jesucristo. La única respuesta frente a esta batalla espiritual, que nos presenta la revolución sexual global tal y como la describe Gabriele Kuby, es la santidad. El programa es Cristo y la consigna ser santos con la gracia de Dios y una voluntad deliberada, utilizando las armas de Dios.

«Quizá la idea popular que la gente se hace de los santos –comenta Peter Kreeft– sea agradable. Pero los santos de verdad no son personas amables. Son guerreros. Realmente molestan a la gente, tanto que a menudo acaban siendo martirizados. Eso es lo que dijo Jesús: “Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros” (Jn 15, 20). No se aprehende a personas agradables y se

las clava en la cruz. ¿Juzgamos a Jesús en base a nuestra idea agradable de lo que debe ser un santo, o acaso juzgamos nuestra idea de lo que es un santo en base a la información que tenemos de Jesús? [...]».

Los santos aman la paz verdadera. También odian la paz falsa, la paz basada en las mentiras. Los santos odian la violencia y la intolerancia en contra de los pecadores. Pero también odian la tolerancia al pecado. Los santos aman más a los pecadores, y menos los pecados, que el resto de las personas. Estas dos excentricidades desconciertan a la gente y con frecuencia la ofenden. En la época de Jesús, la primera de estas dos obras de los santos –amar a los pecadores– ofendía a sus enemigos, puesto que la moda resultaba entonces demasiado cruel: una verdad sin paz. Hoy día, la segunda de estas obras –odiar los pecados– ofende a los enemigos de Cristo y de su Iglesia, porque la moda ahora es más bien demasiado amable: una paz sin verdad.

En los tiempos de Jesús, quienes amaban a los pecadores eran acusados de amar los pecados. En la actualidad quien habla en contra de los pecados (aborto, sodomía, suicidio asistido, etc.) es acusado de “homofobia”, de ilegal o de utilizar el “discurso del odio”.

Los santos no son «amables. Se enredan en controversias, inevitablemente, siempre. Esto es debido a que los santos están entregados a la verdad como lo están al amor; no son falsos profetas que dan a la gente lo que quieren en vez de lo que necesitan. Pero sin importar lo impopular que pueda ser la descripción del trabajo de un santo, su doble devoción a la verdad y al amor es la única arma que puede ganar la guerra contra la cultura de la muerte. Sólo los santos pueden salvar al mundo. La auténtica razón por la que la Iglesia es débil y el mundo se muere es que no hay suficientes santos. No, eso no es del todo cierto. La razón es que nosotros no somos santos».

II. ORIENTACIONES PASTORALES

Situados en esta perspectiva de la santidad, conviene afrontar el nuevo curso pastoral con las orientaciones que nos vienen sugeridas por el objetivo principal (la santidad) y por distintos acontecimientos eclesiales que nos invitan a hacer memoria de nuestra historia o a caminar con el Pueblo de Dios que guía el sucesor de Pedro, el Papa Francisco.

1. La iniciación cristiana

Difícilmente podemos aspirar a la santidad si no ponemos de manera clara los cimientos de este edificio que llamamos vida cristiana o si no vivificamos las raíces del sujeto cristiano: cada bautizado y cada comunidad cristiana.

Desde hace varios años venimos comprobando el declinar de la Iglesia en España, la mundanización de los cristianos y los fuertes impactos del secularismo que afecta a las nuevas generaciones. El caminar de la Iglesia católica, después de la celebración del Concilio Vaticano II, ha propuesto distintas reflexiones en los Sínodos de los obispos, en las pautas pastorales de los episcopados. Los temas que han sido tratados (la Eucaristía, la Palabra de Dios, la vida consagrada, los fieles cristianos laicos, el Sacramento de la penitencia, la familia, los jóvenes, etc.) los consideramos importantes y venían a ofrecer una palabra necesaria sobre los distintos aspectos de la vida eclesial. Sin embargo, mientras tanto, el edificio de la vida cristiana se iba desmoronando y renacía en la sociedad un nuevo paganismo.

Nuestra pastoral local en nuestra diócesis complutense ha vivido, como el resto de las diócesis españolas, manteniendo los restos de un catolicismo sociológico centrado en la vida sacramental y con algunas pinceladas sobre la llamada nueva evangelización al ritmo de los acontecimientos eclesiales marcados por los distintos Pontífices: San Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora el Papa Francisco. Siendo, como es, una diócesis recientemente restaurada, está caracterizada por la juventud de sus presbíteros, por la necesidad de ir creando las instituciones básicas de toda diócesis (Seminarios, Curia administrativa, pastoral y judicial), por instaurar las Delegaciones, Consejos del presbiterio y pastoral, etc., y por favorecer la atención primaria de los fieles (primer anuncio cristiano, catequesis, liturgia, jóvenes, familia...) en comunión con la vida consagrada, los movimientos eclesiales y las distintas realidades de la religiosidad popular.

Después de haber celebrado los veinticinco años de la restauración de la diócesis y de ir logrando poco a poco la identidad de Iglesia particular es bueno, contemplando el panorama de descristianización creciente, que nos planteemos seriamente —creo que es un déficit de toda la Iglesia— cómo gestar nuevos cristianos. Es lo que llamamos teológicamente la *Iniciación cristiana* y que comprende los sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía.

Entiendo que el tema es de una envergadura que merecería una reflexión de toda la Iglesia, incluido el Sínodo de los obispos. No podemos continuar viendo como pasan generaciones que, habiendo recibido los tres sacramentos, no viven cristianamente. Los problemas que se crean en torno al matrimonio no pueden ser resueltos simplemente apelando a la subjetividad de los cristianos, a los atenuantes analizados en el fuero interno. Tampoco podemos reducir a la Iglesia –siendo muy importante– a un hospital de campaña donde recibir a todos los bautizados heridos en su humanidad y en su vida cristiana. Esto será siempre necesario. Sin embargo, el déficit mayor de la Iglesia está en recuperar la sabiduría de la iniciación cristiana, suscitando la conversión de los catecúmenos para que, dejando los ídolos de este mundo, pasen a formar parte del discipulado de Cristo, presente en la Iglesia y hecho experiencia de vida plena en la comunidad cristiana.

Sin sujetos cristianos –me lo habéis oído decir infinidad de veces– no puede haber familias cristianas. Más todavía: sin iniciación cristiana –capaz de generar la adhesión a Cristo y la fidelidad a la Iglesia– no habrá trabajadores ni empresarios cristianos; no se generarán verdaderos políticos cristianos, ni agentes ni medios de comunicación cristianos, ni jóvenes cristianos, ni vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Si la Iglesia Católica está atravesando una dura crisis (falta de vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal, rupturas matrimoniales, decrecimiento de la nupcialidad, escándalos y abusos de menores, falta de testimonio de los bautizados y falta de fuelle en la evangelización...) es porque falta una seria iniciación cristiana; es porque hemos olvidado la sabiduría de gestar nuevos cristianos y hemos abandonado los procesos de catecumenado que, con sus etapas y escrutinios, iban acompañando la conversión moral, la iniciación en los misterios, la verificación del cambio de vida y costumbres y la maduración de la fe en un verdadero proceso catecumenal en el ámbito de la comunidad cristiana.

En consonancia con estas reflexiones, contaremos con una guía para la formación permanente de los sacerdotes (Enrique Santayana, *Fundamentos teológicos y pastorales de la iniciación cristiana*) y con varias iniciativas que favorezcan el trabajo de nuestros catequistas y que colaboren en la renovación y profundización de la transmisión de la fe y de la iniciación y desarrollo de la vida en Cristo. Para ello necesitamos la formación de personas y medios para desarrollar la acción catequética en colaboración con los padres y el resto de la comunidad parroquial. Para este objetivo la *Delegación de Catequesis* cuenta con el desarrollo del Oratorio de

Niños, la Escuela de Catequesis, las propuestas de nuevos materiales y la colaboración de la Asociación de los Santos Niños y la Escuela Diocesana de Tiempo Libre.

Teniendo como horizonte la santidad, que es la vocación de todo bautizado, hemos de tomar en serio la Catequesis de adultos y jóvenes no bautizados a través del proceso diocesano del Catecumenado. Cada vez son más los adultos y jóvenes que, por distintas circunstancias no fueron bautizados de niños y solicitan su incorporación a Cristo y a la Iglesia. El Camino a seguir está trazado en el *Ritual de iniciación cristiana de adultos*. Por nuestra parte, la *Delegación de Catequesis* ha ofrecido los criterios a seguir y la importancia de contar con catequistas formados, respetando las etapas y el proceso de acompañamiento de la parroquia y del obispo diocesano.

Junto a este Catecumenado, y en sintonía con lo dispuesto en la Diócesis, es importante contar en las parroquias con un Catecumenado postbautismal para aquellos que se alejaron de la fe o reclaman su dimensión comunitaria más plena. Para ello la Iglesia, gracias a Dios, cuenta con el proceso que ofrecen, tanto el Camino Neocatecumenal como otras realidades eclesiales y movimientos. Para todos se trata de dar a conocer a Cristo, vida nuestra, y su presencia y compañía en la comunidad cristiana a través de la escucha de la Palabra, la oración, la eucaristía y demás sacramentos, y la práctica de la caridad entre los hermanos. Un cristianismo sin comunidad es como querer vivir a la intemperie. Cristo tiene que llegar a nosotros y tocar nuestro corazón. El camino más corto para ello es incorporarse a su comunidad de discípulos y recibir el testimonio de los santos (los santificados por el Bautismo).

En lo que se refiere al Bautismo de niños y a su iniciación cristiana con la Confirmación y la Eucaristía, hemos de ir avanzando en varias direcciones. En primer lugar hemos de ofrecer a los padres, padrinos y familiares del niño que se va a bautizar una verdadera propuesta catecumenal en la que sea presentado Jesucristo como respuesta al sentido de la vida y la importancia del Bautismo como incorporación a Cristo y a la Iglesia. Este proceso, salvando las circunstancias extremas, requiere la formación de catequistas y la elaboración de un itinerario que incluya la enseñanza de la oración y la celebración de la Palabra, el significado de la liturgia bautismal y sus ritos, la corresponsabilidad de padres y padrinos en la transmisión de la fe y la catequesis de los neófitos. Para ello es necesario que toda la parroquia sea consciente de la importancia de la gestación de nuevos cristianos y que se

dispongan los medios para acoger a las familias dándole a la parroquia un rostro familiar.

El nacimiento de un hijo es una ocasión espléndida para motivar a los padres, en ocasiones para promover su matrimonio o para profundizar en su vida conyugal. Nuestra preocupación, además de estar atentos a sus circunstancias, es que con esta ocasión puedan conocer la verdad de Cristo, sean llamados a una auténtica conversión que les ayude a descubrir la belleza de la vida cristiana. Desaprovechar la ocasión, y cumplir simplemente los trámites, es olvidar que el Señor nos quiere pescadores de hombres para sacarles del abismo del sufrimiento y de la muerte.

El trabajo de la catequesis para la Confirmación y la Eucaristía, que se desarrolla durante los tres años, también se ha de realizar en cooperación con los padres. Para ello los catequistas deben contar con itinerarios que lo faciliten e incluso provoquen que los padres en sus casas sean los que enseñen a sus hijos a orar y a introducirlos en la realidad de la vida contando siempre con Dios. La familia, llamada a ser iglesia doméstica, es un objetivo tanto de la pastoral familiar como de la Catequesis.

En el proceso catequético de los niños, siempre de inspiración catecumenal con etapas y escrutinios, los catecúmenos han de aprender a orar y a escuchar y meditar la Palabra de Dios (el Oratorio de los Niños, en sus distintas modalidades es un buen recurso que debe motivar a los padres para que oren y partan juntos la Palabra de Dios en casa). Otro elemento importante es la incorporación progresiva a la liturgia y a la celebración del Sacramento de la Penitencia y de la Eucaristía, conociendo bien los distintos ritos y significados, habituándoles a visitar al Señor en el Sagrario y a reconocer el gran don de la adoración del Santísimo.

En ningún momento se ha de despreciar la memoria y el conocimiento de la Historia de la salvación, llamada también historia sagrada. Los niños tienen que aprender de memoria las oraciones cristianas fundamentales y deben conocer las figuras bíblicas más relevantes, las etapas de la Salvación y los hechos y dichos fundamentales de Jesucristo a sus apóstoles. A su vez, deben descubrir a la parroquia como su casa, practicando los mayores con sus padres la hospitalidad cristiana. A la parroquia no solamente se va. Allí se vive con otros un estilo nuevo de vida. Allí se ora, se canta, se aprende, convivimos unos con otros y formamos la verdadera familia de Jesús, sus discípulos.

Junto a todos estos elementos, compartidos siempre con los padres, los niños tienen que aprender a cambiar de vida y a dar testimonio de la fe. La preparación y celebración del Sacramento de la Confirmación es un momento que se presta para adquirir ciertos compromisos. Es también el momento adecuado para presentar la *Asociación de los Santos Niños* e imponerles la pañoleta con los colores designados por la parroquia. Con este gesto y signo se les propone incorporarse al movimiento diocesano de niños que quieren seguir un plan de vida cristiano y que les ha de conducir a crecer en humanidad y fe.

Este también es un momento adecuado para presentarles la vida de los santos, como mejores amigos de Jesús, y resaltar en ellos las virtudes que necesitamos como cristianos para desarrollar en plenitud la vida cristiana. En esta edad los niños necesitan tener altos ideales y verlos reflejados en los verdaderos héroes que son los santos. La hospitalidad cristiana significa también buscar la intercesión de los santos y descubrir con ellos el destino final de nuestra vida y la belleza del cielo cuando hemos sido fieles a Cristo.

El Sacramento de la Penitencia merece una atención especial en el itinerario catequético. El objetivo principal es formar la conciencia moral, aprender a distinguir el bien del mal, acostumbrarse a oír en nuestro interior la voz de Dios que nos enseña a ejercer un juicio para escoger lo bueno y rechazar lo malo. Al mismo tiempo, es la ocasión para presentar el perdón de Dios y su misericordia. Para ello, los niños tienen que reconocer que los pecados son las enfermedades del espíritu que nos dañan y corrompen y que Jesucristo, mediante el ministerio de la Iglesia, es el médico que cura todas las enfermedades.

Desgraciadamente, sólo en el ámbito de la catequesis es donde, además de conocer los mandamientos de Dios y de la Iglesia, que son los caminos del Bien, podrán conocer también los pecados capitales y los vicios que derivan de ellos y que acaban corrompiendo al hombre.

Frente a la vida desordenada de los pecados hay que presentar las virtudes (teológicas y morales) que capacitan a los niños y a los adultos para practicar el bien y desarrollar una vida honesta y virtuosa. Ello no será posible sin la Gracia de Dios. De ahí la importancia de iniciarles en la oración de la mañana y de la noche, invitándoles a la práctica del ofrecimiento de obras y al examen de conciencia, destacando siempre que la vida cristiana se desarrolla en compañía de Cristo resucitado que nos asiste y acompaña en cualquier momento del día.

La participación en la Eucaristía de manera plena con la Comunión supone haber conocido y participado en la liturgia dominical de la parroquia y en otras celebraciones que acompañan el itinerario catequético. Aunque a veces los padres salen los domingos a otros lugares, hay que insistir en la importancia del domingo, la pascua semanal, como signo de identidad católica. A ser posible, los niños con sus padres deben hacerse presentes en la Eucaristía. Es el modo de aprender que se han incorporado a un pueblo, el Pueblo de Dios, que da gracias por las maravillas que ha obrado en favor nuestro y celebra la victoria sobre el pecado y la muerte. Todo lo que podamos ganar en este sentido va en la buena dirección.

Para concluir este apartado, como antídoto frente al individualismo de nuestra cultura y el estar encerrado en los medios de comunicación, es bueno fomentar en la parroquia convivencias, retiros, peregrinaciones y actos que desarrollen lo que hemos llamado hospitalidad parroquial: juegos, representaciones, comidas de fraternidad, visitas a ancianos, enfermos, excursiones, campamentos, etc. Si la parroquia es nuestra casa común, allí hemos de acudir a celebrar con otros la vida que el Señor nos regala, eso sí, con humildad y sencillez.

Teniendo en cuenta todos estos aspectos, la iniciación cristiana abre las puertas a la vida en Cristo y a la participación en el discipulado del Señor, desde donde somos enviados a anunciar al Evangelio y a ordenar la vida humana, personal, familiar y social según Dios.

2. El camino de la Santidad

Iniciados a la vida en Cristo, la vocación a la santidad es la vocación de todo bautizado. La palabra santidad no debe parecernos una abstracción. La santidad es Dios mismo, que nos ha alcanzado en Jesucristo –la norma incondicionada o el imperativo categórico del actuar cristiano– que se hace posible por la acción santificadora del Espíritu Santo. Dicho de otra manera: la santidad es la participación de la vida de Cristo que se hace motor de nuestra libertad. De ahí la primacía de la gracia que apela a nuestra responsabilidad hasta poder decir con el apóstol San Pablo: «para mí la vida es Cristo y una ganancia el morir» (Fil 1, 21). Desde esta perspectiva todo bautizado debe ser conducido al encuentro con Cristo y educado para poder individuar siempre la presencia real en la acción humana de Cristo salvador.

La nueva creación operada por el Bautismo, que nos hace hijos de Dios, se manifiesta en el obrar moral que es expresión del encuentro con Cristo. Del mismo modo que la fe es recibida como un don, la moral contiene la recepción de la donación de Dios en Cristo en vista de la plenitud humana en el plan de salvación de Dios. La presencia de Cristo en nuestras acciones concretas es entonces el lugar natural de la moral, donde resuena la voz de Dios que nos guía en el camino en el que descubrimos la plenitud de nuestra existencia en Cristo. Un lugar *habitado por la Iglesia* en una comunión primera ofrecida al hombre como un don. Este don es la formación primera de la *conciencia cristiana* que es dócil a la voz de Dios, que escucha por la autoridad de la Iglesia.

En la Persona de Cristo, la eternidad ha entrado en el tiempo y, como dice el Concilio Vaticano II, «el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (*Gaudium et spes*, 22). De este hecho deriva “lo serio” de la vida humana, ya que en el obrar de cada día se decide el destino eterno de cada hombre.

En la vida cristiana no se trata, pues, de seguir unas normas abstractas y extrínsecas a nosotros mismos. Se trata del seguimiento de Cristo que habita en nosotros y moviliza nuestra libertad hacia el bien. Lo ocurrido en el Bautismo es, en efecto, una operación traumática, ya que supone un trasplante de corazón. Pasamos de nuestro “yo” pequeño y débil a recibir el “Yo” de Cristo, adquiriendo su mente, su corazón y sus sentimientos (Fil 2, 5-11). De ahí la importancia de la educación cristiana y de la catequesis que deben conducir al bautizado al encuentro con Cristo, a reconocer su voz que resuena en su conciencia moral y a saber distinguir los gemidos del Espíritu Santo, que nos hace exclamar «¡Abba! ¡Padre!» y nos regala un espíritu de hijos adoptivos, rescatados de la esclavitud del pecado (Rm 8, 14-30).

Del mismo modo que decimos en el canto del Gloria «porque sólo Tú eres santo», la santidad que hoy nos llega a nosotros es participación de la santidad divina que nos alcanza en la carne de Cristo resucitado presente en los sacramentos.

Así pues, iniciación cristiana y vida de santidad son equivalentes, entendida esta iniciación como un don inicial que se despliega en el proceso de una vida santa dirigida por la gracia, que se hace presente como propuesta y motor de toda acción y elección humana.

Para ayudarnos a reconocer este camino de santidad, el Papa Francisco nos ha regalado su Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate* (Alegraos y regocijaos, Mt 5, 12), palabras con las que Jesús se dirige a los que son perseguidos o humillados por su causa. Conocer y seguir esta Exhortación es otra de las directrices pastorales para este curso. Propongo, pues, que los sacerdotes la den a conocer a los fieles y que se aprovechen sus contenidos para la formación de los jóvenes y adultos. De un modo especial debe servir para la formación de los catequistas y para proponer itinerarios de formación para las Delegaciones de Pastoral juvenil, de Pastoral Familiar y de Pastoral Social.

En su Exhortación el Papa comienza con una llamada a la santidad que cada bautizado debe recibir como una llamada propia para descubrir su propio camino (*Lumen Gentium*, 11). «Todos estamos llamados a ser santos, viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra» (Exhortación *Gaudete et exultate*, 14). Del mismo modo el Santo Padre nos anima diciendo: «Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por Él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo en tu vida (cf. Gal 5, 22-23) [...] En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los Sacramentos, los Santuarios, la vida de las Comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor “como novia que se adorna con sus joyas (Is 61, 10)” (GE, 15).

Para un cristiano, no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque «esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación. Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio» (GE, 19).

El designio de Dios Padre es Cristo, y nosotros en Él. En último término, es Cristo amando en nosotros, porque la santidad no es sino la Caridad plenamente vivida. Por lo tanto «la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Así cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo» (GE, 21).

El Papa, en su Exhortación, nos advierte sobre dos enemigos sutiles de la santidad (el gnosticismo actual y el pelagianismo) que conviene conocer para que no arruinen nuestra vida cristiana, ni nos desvíen del seguimiento de Cristo. A los sacerdotes corresponde explicar a todos los fieles la importancia de esta advertencia.

Para la vida personal y para elaborar itinerarios de formación para las Delegaciones y movimientos, conviene centrarse en el desarrollo que el Santo Padre hace de las Bienaventuranzas y de lo que él llama el gran protocolo que es el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo. Las Bienaventuranzas expresan la interioridad de Jesús, su alma, su retrato íntimo que Él nos propone como camino hacia la felicidad y la vida plena en la bienaventuranza. No se trata de normas externas que radicalizan el Decálogo (los Mandamientos de la ley de Dios) y que por tanto son ideales inalcanzables. Las Bienaventuranzas son expresión de la vida en Cristo, son manifestaciones de la nueva vocación que nos viene del Espíritu Santo derramado en nuestros corazones (Rm 5, 5), son el mismo Cristo viviendo en nosotros. Esta es la sabiduría de los pobres que, por gracia de Dios, conocen que toda su riqueza es Dios en el cumplimiento de su Reino en nosotros.

De la presencia del Amor de Dios, derramado en nuestros corazones con el Espíritu que se nos ha dado (Rm 5, 5), procede el reconocimiento de Cristo en los más pequeños, los pobres, los desnudos, etc. Este es el gran protocolo que el Papa nos invita a seguir y que ha venido inspirando la acción caritativa en la Iglesia.

De las notas que el Papa quiere destacar de la santidad en el mundo actual (el aguante, paciencia y mansedumbre; la alegría, la audacia y el fervor, etc.) conviene no pasar por alto la referencia a la *comunidad*. Dice el Papa Francisco: «Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las acechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados» (GE 140). «La comunidad está llamada a crear ese espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado. Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera» (GE, 145).

Del mismo modo conviene subrayar su llamada a la oración constante (GE, 147-157) y la importancia del combate, la vigilancia y el discernimiento (Cf. Cap.

V). Y es precisamente en este final de la Exhortación donde se nos presenta de nuevo la vida cristiana como una lucha espiritual, reconociendo –como recogíamos del filósofo Peter Kreeft– que estamos inmersos en una guerra: «La vida cristiana es un combate permanente. Se requiere fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida» (GE, 158).

«No se trata sólo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña [...] Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones [...] Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal» (GE, 159). No pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos... y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades porque «como león rugiente, ronda buscando a quién devorar» (1 Pe 5, 8).

3. La Eucaristía, centro de la Iglesia

La participación plena en la Eucaristía culmina sacramentalmente el proceso de la iniciación cristiana. La Eucaristía, memorial del sacrificio del Señor, hace presente en verdad y realmente al autor de todos los sacramentos: al Señor, muerto y resucitado en su cuerpo, alma y divinidad. Podemos decir que la Eucaristía, como Paraíso en la tierra, es la meta y culmen de toda la acción cristiana. Así mismo, la Eucaristía es la fuente de donde mana toda la gracia (cf. *Lumen Gentium*, 11) de la santidad y la evangelización.

Cuando participamos en la celebración de la Eucaristía somos invitados a ponernos a los pies de la Cruz contemplando el amor ilimitado de Jesús, que se ofrece en un Sacrificio de amor por nosotros.

Celebrar la muerte del Señor es reconocer su amor inefable, que ha llegado a la autodonación radical por nuestra salvación. Celebrar la muerte y resurrección, la Pascua del Señor, es participar del triunfo del Amor que nos invita a repetir el gesto de nuestra donación. Comulgar, en efecto, significa entrar en el mismo dinamismo del amor que ha llevado a Cristo a entregarse por nosotros, inmolado por amor.

De la fuente de la Eucaristía dimana todo el dinamismo de la santidad de la Iglesia, que impele a todos los fieles a vivir bajo el impulso de la misma caridad (agape) que llevó a Cristo a la Cruz. Por eso, cuando decimos que no hay cristianismo sin cruz, entre otras cosas, lo que queremos expresar es que lo que identifica al cristianismo es el amor de donación total e ilimitada que bebemos en la fuente de la Eucaristía celebrada y adorada.

Como nos recordaba el Papa San Juan Pablo II, «la incorporación a Cristo, que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el sacrificio eucarístico, sobre todo cuando esta es plena mediante la comunión sacramental. Podemos decir que no solamente cada uno de nosotros recibe a Cristo, sino que también Cristo nos recibe a cada uno de nosotros. Él estrecha su amistad con nosotros: “vosotros sois mis amigos” (Jn 15, 14). Más aún, nosotros vivimos gracias a Él: “el que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57). En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo “estén” el uno en el otro: “Permaneced en mí, como yo en vosotros” (Jn 15, 4)».

«Al mirar a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el Pueblo de la nueva Alianza se convierte en “sacramento” para la humanidad, signo e instrumento de salvación, en obra de Cristo, en luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5, 13-16), para la redención de todos. La misión de la Iglesia continúa la de Cristo: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn 20, 21). Por tanto la Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es su *fuentes* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo”» (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 22).

Todo el dinamismo de la celebración eucarística permanece en la adoración al Santísimo que nos invita a interiorizar su dinamismo de donación y a estrechar los lazos de unión con el que es toda nuestra heredad. El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa, nos recuerda San Juan Pablo II, «es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa –presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino– deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual» (*Ibid*, 25).

Las Santas Formas

Nuestra diócesis Complutense cuenta con el testimonio de las Santas Formas, que son una señal de predilección y de compañía del Señor con nuestro pueblo. Precisamente en este año 2019 se cumplen los 400 años del reconocimiento de este hecho prodigioso, que implicó a la Iglesia local y a todas las instituciones de la ciudad.

Nuestra diócesis, además de ser por los Santos Niños Justo y Pastor una diócesis con vocación martirial, es una diócesis eminentemente eucarística. La profanación y robo de las Formas eucarísticas en 1597 fue ocasión para que, además de recobrarlas, el Señor nos ofreciera una señal de su presencia permanente al no consumirse con el paso del tiempo.

En 1619, después de varios estudios en los que participaron las autoridades eclesiásticas y los doctores de la Universidad, la Iglesia reconoció este hecho prodigioso permitiendo el culto público de las 24 Santas Formas que ahora continuamos con la adoración perpetua en la Capilla del Santísimo de la Iglesia de Santa María en la ciudad de Alcalá de Henares.

Este acontecimiento, testimonio de la riqueza de nuestro patrimonio espiritual, nos coloca en la misma perspectiva de la santidad que hemos evocado anteriormente. Nosotros, buscando alimentarnos de los frutos del árbol de la vida, que hoy es la Eucaristía celebrada y adorada, hemos de procurar que, a lo largo de este curso pastoral, incrementemos y mejoremos la celebración y participación en la celebración de la Eucaristía. Para ello será preciso fomentar la formación de los fieles para que puedan descubrir el tesoro que supone la Eucaristía. Para ello podemos recurrir, además de a la Sagrada Escritura y el Catecismo de la Iglesia Católica, a los documentos recientes del Magisterio de San Juan Pablo II (*Ecclesia de Eucharistia*, *Mane nobiscum Domine* y *Dies Domini*) y de Benedicto XVI (*Sacramentum Charitatis*).

Del mismo modo, conviene fomentar el culto eucarístico con la Exposición del Santísimo como signo de gratitud en toda nuestra diócesis. En los arciprestazgos conviene arbitrar los medios para que durante todo el año haya un templo abierto con la presencia de adoradores y la posibilidad de celebrar el Sacramento de la Penitencia.

La *Escuela Diocesana de Liturgia* ofrecerá este curso una exposición detallada de toda la celebración eucarística, ofreciendo pautas para su enriquecimiento y su adoración, unida a los elementos de la religiosidad popular.

Esta conmemoración de los 400 años de las Santas Formas requiere también cuidar toda la dimensión eucarística del Año Litúrgico y favorecer en el pueblo cristiano la recuperación del *Domingo* como Día del Señor. Para ello conviene dar indicaciones, y también formación, sobre la importancia del Domingo como la pascua semanal, como el día de libertad y descanso, como el tiempo para el culto a Dios y para acrecentar la vida familiar y el ejercicio de la caridad, la visita a los enfermos, etc.

No podemos dejar pasar este año sin celebrar juntos como diócesis este feliz acontecimiento que, junto a la reversión de las reliquias de los Santos Niños, dio origen a grandes fiestas en Alcalá con una gran riqueza celebrativa y festiva, incluida la representación de autos sacramentales. Confiamos a la comisión extraordinaria, que será creada a comienzos de curso, que elabore una propuesta para conmemorar con gratitud este hecho prodigioso.

Lo que sí podemos hacer ya es acrecentar el número de adoradores para la Adoración perpetua de las Santas Formas. Nos animan a ello estas palabras hermosas del Papa San Juan Pablo II: «Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el “arte de la oración”, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerzas, consuelo y apoyo!» (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 25).

4. El Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional

También el próximo Sínodo de los Obispos y nuestra pastoral de adolescencia y juventud han de colocarse en la perspectiva de la Santidad. La propuesta de Jesús para todos es el seguimiento radical: «El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero

el que pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?» (Mc 8, 34-36).

Hoy hemos de volver a mirar todos a nuestros adolescentes y jóvenes con cariño como lo hacía Jesús (Mc 10, 21) y no disminuir en nada las exigencias que propone el evangelio. Estas exigencias son nuestro bien y vienen precedidas por el amor de Dios y por su gracia. Sólo el Amor de Dios –manifestado en la humanidad de Cristo– puede despertar a nuestros adolescentes y jóvenes del letargo y del sueño que les provoca una cultura utilitaria, individualista, hedonista y despersonalizada. Me produce mucha compasión ver a nuestros adolescentes –también a los niños– y a los jóvenes, atrapados por los móviles, deambulando por las calles con auriculares que les abstraen de la realidad o arremolinados con sus videojuegos o sus pantallas. A veces pienso que son los nuevos pobres que, a pesar de las conexiones en la red, viven una gran soledad y están como pendientes de mil cosas, emociones y gustos sin darse cuenta de que les falta lo más necesario: una compañía amistosa, una comunidad donde sentirse queridos y un proyecto de vida que les entusiasme.

En definitiva para ellos, como para todos, la respuesta es la familia y la comunidad cristiana. Precisamente, por la abundancia de los déficits familiares y por la ausencia de la comunidad cristiana, vemos cada vez más jóvenes desarraigados y expuestos a los embates de una sociedad que hace de ellos mercado y consumo.

Estamos pues ante una emergencia educativa referida a niños, adolescentes y jóvenes y ante una nueva pobreza epocal de tantos jóvenes que no encuentran un hábitat donde crecer y madurar.

Para algunos, este diagnóstico puede parecer extremadamente pesimista. Yo les invitaría a conocer en profundidad lo que cuentan los padres y los profesores de cómo están las familias y las aulas de los institutos y de las universidades. ¡Claro que hay mucho de bueno! ¡Claro que hay muchachos excelentes y familias que luchan por su identidad cristiana! ¡Faltaría más! Pero, dando gracias a Dios por todo lo bueno que nos regala en la sociedad y en la diócesis, no podemos cerrar los ojos a la tendencia cultural hegemónica entre los jóvenes. Muchos de ellos están cargados de adicciones y son zarandeados por los mercaderes del ocio, que los expulsan con sus estímulos de las familias y los llevan a vagabundear por las calles los fines de semana cada vez más largos, o los encierran en los clubes nocturnos o

en las discotecas, o los invitan a macroconciertos siempre cargados de alcohol y de droga. Mientras tanto, muchos de los que recibieron la “iniciación cristiana” abandonaron las parroquias y no aparecen por ellas ni siquiera en las fiestas patronales, ni se les ve en la visita pastoral. Sin querer cargar las tintas, a todo ello hay que añadir la dependencia constante de las pantallas y de los *smartphones*, navegando en la red por sitios que nunca debieron consultar.

¿Qué es lo que quiero decir con esta descripción parcial de lo que ocurre entre adolescentes y jóvenes? Simplemente, que nuestra sociedad y nuestras familias están olvidando el arte de vivir. Esto ya ha ocurrido otras veces, con otras características. Estoy escribiendo estas líneas en el monasterio cisterciense de Viaceli, en la fiesta de san Bernardo de Claraval. Su figura imponente (1090-1153) me recuerda la del gran monje Benito de Nursia (480-547). Ambos no fueron personajes excéntricos ni antisociales. Todo lo contrario. San Benito, viendo la decadencia del imperio romano y la corrupción de Roma, decidió emprender primero un camino de soledad para buscar a Dios (*quaerere Deum*) y después, con otros, emprendió el camino de la vida monástica, que no era otra cosa que enseñar de nuevo el arte de vivir. La vida monástica, con el lema de «no anteponer nada a Cristo», era un modo de jerarquizar y ordenar la vida comunitaria (social, diríamos nosotros). Se trataba de recuperar el arte de vivir, dedicando el tiempo correspondiente a la alabanza divina (oficio divino), al estudio y al trabajo manual (*ora et labora*). Con esto san Benito, y después san Bernardo y otros, ayudaban a vivir ordenadamente, con una regla de vida que sostenía todos los elementos esenciales de una existencia centrada en Dios y en el amor. A esto lo llamamos civilización cristiana, con los frutos culturales y con la belleza de recuperar lo “humano” en todo su esplendor, junto con la creación (naturaleza) vista como huella de Dios o como gramática del Creador.

Hoy nuestra vida, y especialmente la de los adolescentes y jóvenes, está desreglada y sin jerarquía de bienes ni orden en el arte de vivir. Más bien son estimulados como marionetas al servicio de aquellos que no buscan más que negocio. De nuevo conviene recordar la advertencia de Alasdair MacIntyre, quien, en su libro *After Virtue*, nos recuerda que durante la decadencia del imperio romano los bárbaros estaban en las fronteras; hoy, sin embargo, los tenemos gobernando. Nuestra época, como la decadencia del imperio romano, nos recuerda MacIntyre, está esperando a Benito. Con esta imagen, el filósofo norteamericano nos propone la necesidad del comunitarismo frente a una sociedad emotivista.

La reflexión de MacIntyre, traducida a nuestra realidad próxima, significa que nuestros adolescentes y jóvenes, vulnerables en sus emociones, necesitan familias y comunidades cristianas organizadas como santuarios y monasterios. Os lo he dicho otras veces. Sin regla de vida no se puede vivir el designio de Dios sobre nosotros. Necesitamos recuperar el arte de educar y el arte de vivir. Para eso no es necesario que seamos muchos. Estoy convencido de que el Señor hace cosas grandiosas a través de realidades pequeñas. La Biblia está cargada de ejemplos que garantizan esto mismo.

Todo esto lo vengo a referir porque nuestra realidad diocesana de la Pastoral Juvenil es una de esas realidades pequeñas a través de las cuales el Señor puede realizar una obra grande para atraer a los adolescentes y jóvenes. Para eso necesitamos conocer bien las claves de la educación, crear espacios significativos de encuentro comunitario y trabajar con la convicción de que el alma de los jóvenes está esperando una propuesta que les lleve por las sendas de la virtud y la santidad. Lo mismo cabe decir para los jóvenes universitarios. También la Delegación de Pastoral Universitaria puede pensarse como una realidad pequeña en la que Dios puede despertar una gran obra.

El Sínodo de los Obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, es una oportunidad que debemos aprovechar. Las Delegaciones de Pastoral Juvenil y Universitaria cuentan con el *Instrumentum laboris* del Sínodo, el cual, junto con la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate* del Santo Padre, debe marcar el rumbo de las propuestas para este curso pastoral.

Conviene, sin embargo, que no nos equivoquemos: la propuesta es siempre Cristo que, del mismo modo que miró con cariño al joven rico (Mc 8, 34-36), hoy mira a nuestros jóvenes y se hace presente en la Iglesia y en los sacramentos, que son su carne. De lo que se trata es de despertar su fe, posibilitarles el encuentro con Cristo y seguirlo por el camino de los Mandamientos y las Bienaventuranzas. Para ello necesitan verse juntos, los de las distintas parroquias, formando comunidad. Caminar solos es vivir a la intemperie, donde fácilmente somos asaltados por los lobos.

La Delegación de Pastoral Juvenil tiene preparada su propuesta para el nuevo curso pastoral. Colaborar con ella, sin olvidar a las familias, es una cuestión de emergencia que debe movilizar nuestras respuestas.

En el apartado correspondiente del *Instrumentum laboris* del Sínodo se encuentran las referencias al discernimiento vocacional y la llamada a redescubrir la experiencia familiar y la necesidad de recuperar la idea de la comunidad evangélica.

Como no podía ser menos, el *Instrumentum laboris* concluye con una llamada a la santidad de nuestros jóvenes: «La característica sintética y unificadora de la vida cristiana es la santidad, porque el divino Maestro y modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y a cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que Él es iniciador y cofundador (LG 41). La santidad incluye desde el punto de vista cualitativo y global todas las dimensiones de la existencia creyente y de la comunión eclesial, llevadas a plenitud según los dones y posibilidades de cada uno» (IL, 212).

Vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal

En el origen del Sínodo de los Obispos hay una preocupación por las vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal. Se trata de una necesidad básica de la Iglesia que reclama la presencia sacramental de Cristo, Buen Pastor, y solicita la presencia de la vida consagrada y contemplativa para sostener nuestra fe y ver iconos de la presencia luminosa de Dios.

Como hemos repetido varias veces, la Pastoral vocacional compete tanto a las familias cristianas como a todas las parroquias y comunidades. Las vocaciones son un signo y una manifestación del nivel de nuestra adhesión a Cristo y de la intensidad de nuestra vida comunitaria. Las vocaciones florecen, en efecto, en las familias donde se vive con fe, donde se cuida el clima religioso de la vida, y en las parroquias y movimientos donde se hace presente el Señor con su llamada.

Entre todos hemos de facilitar que los niños se acerquen a Dios a través de la oración, la liturgia y los ambientes significativos de la fe. Cuidar que no falten monaguillos, marcarles un itinerario de formación, llamar personalmente a ciertos adolescentes y jóvenes y procurarles una dirección espiritual, son los caminos ordinarios para despertar vocaciones. Hemos de estar convencidos de que Cristo continúa llamando a nuestros niños, adolescentes y jóvenes. La mejor pastoral vocacional es el testimonio de los consagrados y sacerdotes que con su entusiasmo y alegría son capaces de contagiar en un tiempo de distracción e indiferencia para reconocer la presencia de Dios.

El tema de las vocaciones, vinculado a nuestros seminarios y centros religiosos, nos reclama también la atención para promover la educación específica de los candidatos a la vida consagrada y sacerdotal. Para ellos también va dirigido cuanto hemos dicho sobre la iniciación cristiana y la vocación a la santidad. Para ellos es también urgente el reconocer la necesidad de caminar en una comunidad que, para los futuros sacerdotes, será como una esposa que reclamará su fidelidad esponsal y su vocación a la paternidad. Madurar en la afectividad, vivir gozosamente la virtud de la castidad, son condiciones necesarias para abrazar la vida consagrada y sacerdotal.

En este mismo orden de cosas es necesario cuidar el silencio, la oración, la escucha y meditación de la Palabra, y aprender a ser testigo de Cristo conociendo por propia experiencia la gracia de la Redención. El encuentro diario con Cristo en la Eucaristía es el camino más corto para despertar la vocación y escuchar el susurro de quien nos invita a ser santos por el “camino justo” que tiene como propuesta para cada uno de nosotros (Sal 23, 3). De todas las parroquias esperamos la oración intensa por las vocaciones y a todos los sacerdotes os confío el cuidado de ellas.

Jornada Mundial de la Juventud

Unido al acontecimiento del Sínodo, está en marcha la Jornada Mundial de la Juventud que tendrá lugar en Panamá del 22 al 27 de enero de 2019. El lema de esta Jornada es «*He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu Palabra*» (Lc 1, 38).

También en la diócesis de Alcalá de Henares hemos de procurar seguir los itinerarios de preparación de la Jornada. Con el mismo lema de la JMJ 2019 hay que cuidar la peregrinación mariana del comienzo del curso. Asimismo, convendría trabajar las catequesis preparatorias y tener como referencia a María, contemplada en el misterio de la Anunciación y proponerla como prototipo del creyente y fiel discípulo del Señor.

5. La santidad matrimonial y las familias cristianas

También la vocación esponsal–matrimonial es una vocación a la santidad. Y esto por dos razones. En primer lugar, porque la vocación a la santidad es propia de

todos los bautizados y, en segundo lugar, porque los esposos reciben en el momento del matrimonio la caridad esponsal de Cristo, que es el camino concreto por donde discurre la santidad de los cónyuges.

El drama del secularismo con la pérdida del carácter sagrado del matrimonio, ha convertido a este en una simple unión afectiva entre dos personas, incluso del mismo sexo. Para salir de esta trampa, como nos enseñó repetidamente el Papa San Juan Pablo II, hay que volver la mirada “al principio” y recuperar la dimensión sacramental del matrimonio.

Con la expresión “al principio”, Jesús se remontaba al designio de Dios creador (Mt 19, 4) quien había previsto la unión esponsal entre el hombre y la mujer con anterioridad al pecado original. El fundamento del matrimonio –un bien de creación– descansa en la diferencia sexual entre el varón y la mujer concebida por el Creador para el don recíproco y la procreación: «Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó Dios, los bendijo y les dijo: sed fecundos y multiplicaos, poblad la tierra [...] Por eso, abandonará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Gn 1, 27-28; 2, 24).

Este designio de Dios se vio alterado por la realidad del pecado que provocó la dureza de corazón. Por esta dureza de corazón Moisés permitió el repudio (Dt 24, 1). Sin embargo, por el Bautismo Jesucristo nos redime y nos regala el ser hijos de Dios (una nueva creación); con la gracia bautismal alcanzamos la redención del corazón, superando su dureza (esclerocardía) que nos impedía cumplir la voluntad de Dios.

Además del Bautismo y de todo el proceso de la iniciación cristiana (Confirmación y Eucaristía), en el sacramento del Matrimonio el Espíritu Santo infunde a los esposos la “caridad esponsal” (la agape divina) con la que Cristo ama a la Iglesia con un amor fiel y exclusivo hasta la muerte.

En el sacramento del Matrimonio, como en los demás sacramentos, hemos de distinguir tres estratos. El primero es el signo del sacramento. En el caso del matrimonio el signo visible son el esposo y la esposa dándose el consentimiento e intercambiándose los anillos: «yo te quiero a ti y prometo serte fiel en las alegrías, en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida».

Por las palabras del mutuo consentimiento y entrega, la acción de la gracia primera que se deriva es el *vínculo conyugal*. Este es el segundo estrato o nivel del sacramento que constituye a los novios en esposos llamados a consumir el matrimonio siendo una sola carne. Este vínculo no significa simplemente que después tienen que cumplir la promesa del consentimiento mutuo. No se trata de un vínculo moral que apela a la responsabilidad del esposo y la esposa. Siendo promesa y apelando a la responsabilidad de ambas conciencias, se trata de un vínculo que regala un nuevo ser y una nueva condición humana. Siendo simplemente dos individuos diferenciados como varón y como mujer, ahora son esposos, se pertenecen mutuamente y no están disponibles para conjugar su carne con nadie más que su esposo/a. Esta es la verdad de la persona–cuerpo que, por ser única e irrepetible, cuando se da no puede menos que darse en totalidad y exclusividad, en su ser y en su poder ser, hoy, mañana y siempre, hasta que la muerte los separe.

La dignidad de la persona y su verdad descansan en su ser único, en ser alguien, que en la unidad cuerpo–espíritu es un sujeto que subsiste en sí mismo, y en su donación mediante el lenguaje del cuerpo no da algo de lo que tiene sino que se da a sí mismo. Darse a sí mismo como persona tiene siempre un carácter totalizante y definitivo que expresamos con el término *vínculo conyugal*.

Esta nueva realidad que nace con el sacramento del matrimonio y que llama a los esposos a ser una sola carne, se ve engrandecida por la gracia de la caridad esponsal, la participación en el amor de Cristo por la Iglesia (tercer estrato).

Es el Espíritu Santo quien infunde, cuando se dan las condiciones, esta caridad que es la gracia final del sacramento. Se trata nada menos que del amor (agape) mismo de Cristo, quien en la Cruz se entregó totalmente de manera fiel y exclusiva a la Iglesia. Esta gracia final (la caridad esponsal) rompe la dureza de corazón y hace que el vínculo conyugal penetre y alcance la mente, el corazón, la libertad y los sentimientos de los esposos. Este es el impresionante regalo de bodas. El vino, que suplicaba María para los esposos de Caná, se ha convertido en la sangre de Cristo que redime el corazón humano y lo capacita para un amor fiel e indisoluble.

Nos viene bien recordar estas cosas para salir al paso de la situación cultural que vivimos, en la que el matrimonio ha sido vaciado de contenido y donde las personas, especialmente las más jóvenes, están con muchas dificultades para conocer el verdadero amor y la grandeza del matrimonio.

Haber contribuido a demoler el edificio del matrimonio, incluso y fundamentalmente desde las leyes, es uno de los principales males que padecemos. Destruir el matrimonio y con él las familias, es destruir el pilar fundamental que sostiene la sociedad. Hoy nos encontramos en una situación en la que se hace difícil pensar y conocer todo el bien y la riqueza del matrimonio y de la familia. Por eso urgen el testimonio de las familias cristianas y de aquellos matrimonios en los que se visibilice la grandeza del amor conyugal y la gracia del sacramento del matrimonio.

«El matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de la prole» (GS 50). Sin embargo, ambos aspectos (procreación y educación de los hijos) están en España en situación de verdadera emergencia. Como es sabido, la natalidad ha descendido tanto en España que cada año vamos perdiendo población y con ello capacidad de mantener una identidad como civilización cristiana y como nación anclada en la tradición católica.

Si a la baja natalidad añadimos menos capacidad educativa de las familias e ideologización de los programas de educación escolar, el panorama se nos convierte en sombrío. Sin embargo, esta es una ocasión de gracia que hemos de aprovechar. Como los primeros cristianos, hemos de ser capaces, con la gracia de Dios, de revitalizar nuestras parroquias y comunidades cristianas con rostro familiar y cooperar con los padres y colegios en su tarea educativa. Pastoralmente, ahora mismo, unida a la iniciación cristiana, la tarea más importante de la Iglesia, es la misión educativa.

La comunidad cristiana y las familias cristianas, en el contexto actual, están llamadas a ser verdaderas fortalezas donde florezca la nueva sociedad. Para ello, hemos de reconocer que la fe no se agota en el ámbito de lo privado. La vocación de los laicos cristianos, de las familias y de la misma comunidad cristiana no es estar yuxtapuestos al mundo. El Señor nos quiso como levadura que fermenta la masa, como la sal de la tierra y la luz del mundo (Mt 5, 13-14). Por tanto, lo que somos como discípulos de Cristo no se puede separar de lo que somos como familias o como ciudadanos en la vida pública. Por eso decíamos antes que, sin una verdadera iniciación cristiana, no habrá sujetos cristianos, ni familias cristianas, ni empresarios o trabajadores católicos, ni políticos o agentes de la comunicación coherentes con su fe, etc.

De nuevo hemos de curarnos de la maléfica enfermedad que supone la separación del binomio fe-vida. Tanto la liturgia cristiana con su belleza, como la

vida de las familias y de la comunidad cumplen una misión educativa que debe llenar de bien y de belleza nuestra sociedad y debe promover una cultura y arte de vivir que contagie a otros y sean como faros que iluminan la noche cultural que padecemos.

Este ha sido el empeño del Papa San Juan Pablo II desde su primera Encíclica centrada en Cristo, redentor del hombre, pasando por su magisterio sobre la vida, la familia y la vida laboral, económica y política. Este ha sido también el empeño del Papa Benedicto XVI, quien nos enseñó a volver a poner a Dios, el logos amante, en el centro de la vida y apreciar la Verdad en un contexto relativista. Y este, finalmente, es el empeño del Papa Francisco, quien nos orienta hacia la santidad descubriendo la alegría del Evangelio.

Acaba de celebrarse en Irlanda la *Jornada mundial de las Familias* invitándonos a continuar profundizando en el Evangelio de la familia que, como no puede ser de otra forma, es Cristo, la roca sobre la que hay que edificar la casa para que se mantenga firme y pueda resistir el embate de las distintas dificultades internas o externas (Mt 7, 24-27).

Acabamos de celebrar también los 50 años de la promulgación de la *Humanae vitae* de Pablo VI. En nuestro Congreso, celebrado a comienzos de este año, pudimos comprobar tanto la raigambre social de esta encíclica como su carácter profético. Recientemente, el profesor Gilfredo Marengo, del Pontificio Instituto Teológico San Juan Pablo II, ha publicado lo contenido en los archivos vaticanos sobre los preparativos y las circunstancias concretas que concurrieron hasta la publicación del texto definitivo de la encíclica. Su libro *La nascita di un'enciclica, Humane vitae alla luce degli archivi vaticani* (Editrice Vaticana, 2018) es todo un testimonio de la acción del Espíritu dirigiendo el actuar del sucesor de Pedro.

A la luz de la *Humanae vitae*, profundizada por la teología del cuerpo presente en las catequesis sobre el amor humano del Papa San Juan Pablo II, hemos de continuar la labor hermosa de la Pastoral Familiar en nuestra diócesis. Esta luz nos hará comprender también la Exhortación del Papa Francisco *Amoris laetitia* y nos posibilitará caminar seguros bajo la guía del Magisterio.

Tal como empezamos esta carta pastoral, también toda la Oración de familias, como las distintas actividades de la llamada Pastoral de la Familia y de la Vida, tienen que ser ofrecidas para despertar la vocación a la santidad. Con ello me

refiero tanto a la labor educativa y preventiva (educación afectivo-sexual de adolescentes y jóvenes) como al acompañamiento de la vocación al amor (preparación próxima) y la preparación inmediata a la celebración fructuosa del sacramento del matrimonio.

Del mismo modo, el acompañamiento de grupos matrimoniales, con la colaboración de los movimientos familiares, tiene que volver a plantear el itinerario de santidad que se inició con la celebración del sacramento del matrimonio. Este camino de santidad tiene como contenido, como hemos visto antes, la caridad esponsal de Cristo. Los esposos, unidos en el Señor por el sacramento nupcial, continúan caminando con Cristo, orando juntos, escuchando su Palabra, viviendo en el amor y formando una pequeña Iglesia doméstica.

Esta pequeña iglesia, que es cada familia, encuentra el hábitat de su fe en la comunidad cristiana, donde cada matrimonio y sus hijos introducen en la Iglesia la comunión de personas. La comunidad cristiana, respetando la dimensión personal, no se identifica con una asociación de individuos, sino como una Familia de familias. Es la familia de la fe, la familia de los bautizados que formamos el Pueblo Santo de Dios.

En estos momentos es decisivo el asociacionismo familiar, la unión de las familias para fortalecerse juntas y para promover entre ellas espacios educativos para sus hijos y espacios de verdadera fraternidad. El espacio ordinario son las parroquias y los movimientos, desde donde deben surgir las vocaciones para las responsabilidades públicas.

Un tema central es, en colaboración con las *Delegaciones de Catequesis y Enseñanza*, plantearse seriamente la educación cristiana de los hijos y su participación en los grupos de pastoral de la infancia, adolescencia y juventud. En este sentido la parroquia tiene que ser dinamizadora de los grupos de oración familiar, de su formación y acompañamiento y, a su vez, llamar a la presencia de los padres en los itinerarios catequéticos de sus hijos, en las asociaciones de padres de alumnos y en la promoción de la Asociación de los Santos Niños, Escuela Diocesana de Tiempo Libre y Pastoral Juvenil.

Verdaderamente, ser padres equivale también a ser educadores, ya que la familia es el primer sujeto educativo. En este sentido, además de recuperar con determinación la misión educadora de la familia, hemos de estar atentos para no

caer en el desaliento. Sin lugar a dudas es posible educar cuando se adquiere conciencia de lo que el Señor nos ha confiado y conocemos el deseo que cada persona lleva escrito en su corazón. En este corazón está escrito el deseo de infinito, el deseo de Verdad, de Bien y de Belleza y, en definitiva, el deseo de Dios. Educar es introducir a alguien, con nosotros, en la realidad, respondiendo a sus preguntas primeras y también a las últimas.

Para educar, introduciendo en la verdadera realidad y no simplemente en las apariencias y engaños de este mundo, los padres han de ayudarse mutuamente a vivir como testigos coherentes ante sus hijos, sabiendo de su debilidad, pero ofreciendo la posibilidad de ser camino para encontrarse con Cristo y con la Iglesia que prolonga su existencia en el tiempo. Para eso se necesita tiempo para estar juntos, diálogo, acogida en cualquier momento, oración en familia y aprovechar los acontecimientos de la vida (nacimiento de un hijo, enfermedad, estudios, trabajo, la muerte, etc.) para enseñar el arte de vivir en cristiano y generar una verdadera persona.

Recibir el don de un hijo es ser consciente de que viene con una misión y que está destinado al cielo. Esto nos debe ayudar a abrirnos generosamente a la vida. Ser llamado para alcanzar por toda la eternidad la felicidad que Dios regala a sus hijos. Para que no se pierda ningún hijo en el camino que conduce a Dios y a la Gloria, Dios ha provisto a dos centinelas, el padre y la madre, que en su conyugalidad han de acoger al hijo y prepararle una morada que es su estilo de vida y su coherencia interior con lo que manifiestan y hacen. Si no queremos disminuir el proyecto de Dios, todos, padres e hijos, estamos llamados a ser santos por la gracia de Dios. Esta santidad debe quedar reflejada en el ambiente de vida que se cree en casa, jerarquizando y ordenando los amores y los bienes. Si esto es así, y lo vivimos con otros, en la Iglesia, podremos juntos servir de contraste en medio de una sociedad paganizada. No lo olvidemos: somos minorías creativas y de estas minorías, plenamente identificadas con el designio de Dios, depende el futuro de nuestra sociedad.

Unido a lo anterior, somos también conscientes de nuestras debilidades y de nuestras carencias. Por eso nuestra diócesis contempla con cariño y promueve iniciativas para acoger y curar las heridas en la vida matrimonial. Nuestro *Centro de Orientación Familiar, Regina Familia*, es la respuesta para la prevención y sanación de estas heridas y para promover los medios que faciliten el cuidado de los novios, la preparación al matrimonio y la formación inicial y permanente de las personas que colaboran en los arciprestazgos y parroquias en la Pastoral Familiar.

Los distintos proyectos (educación afectivo–sexual, preparación próxima e inmediata al matrimonio, maduración en la masculinidad y feminidad, proyecto Raquel, formación de monitores para la observación del ritmo de fertilidad de la mujer, atención a matrimonios y familias, etc.) son un modo de ofrecer la hospitalidad cristiana y la acogida a cuantos están necesitados del verdadero médico, Jesucristo, que es quien cura todas las heridas, particularmente las que afectan a nuestro espíritu.

También los servicios de *Cáritas* y de la Pastoral Social, con sus distintos proyectos y casas de acogida, la Pastoral Penitenciaria, la Pastoral de Enfermos, deben mostrar el Rostro de Cristo y servir para que los más débiles conozcan su amor. Cuando cualquier persona acude a nuestros centros, a quien busca de verdad es a Cristo, aunque no lo sepan. Por eso, nuestra respuesta y nuestra ayuda, siendo importante, se quedaría a mitad de camino si no indicara la senda que conduce al Maestro y Médico que necesitamos para rehacer nuestra vida y para aprender el arte de vivir cristiano que conduce a la santidad.

Os lo he dicho de diferentes maneras. Lo que necesita nuestra sociedad, lo que necesita nuestra Iglesia, son santos, tocados por la Gracia de Dios, que sean como antorchas de luz que nos guíen en la noche y nos visibilicen la alegría de seguir a Cristo y vislumbrar el destino final: la gloria del cielo.

6. Una santidad misionera

Además de los acontecimientos recordados anteriormente (Jornadas Mundiales de la Juventud y las Familias, aniversario de la Encíclica *Humanae vitae*, Sínodo de los Obispos, aniversarios de la reversión de las reliquias de los Santos niños, 400 años de las Santas Formas) el Papa Francisco nos ha convocado a preparar una gran misión en la Iglesia universal para el mes de octubre de 2019.

En nuestra Diócesis, a través de varias iniciativas (la Escuela de Evangelización, Grupo Kerygma, Misiones Populares, etc.) hemos ido creando un ambiente propicio para despertar a las parroquias en su vida interna y en su vocación misionera. Durante este curso, en comunión de estas realidades con la Delegación de Misiones, conviene que preparemos itinerarios que puedan servir para realizar el octubre misionero al que el Santo Padre nos invita.

Tampoco hay que separar estas iniciativas del objetivo general de despertar la vocación a la santidad. En realidad, los santos son los verdaderos misioneros que transmiten con su vida la belleza y atracción del evangelio de Cristo. Todo este camino de preparación contará con la iniciativa de los distintos centros de formación de la Diócesis (Instituto Diocesano de Teología, Pontificio Instituto Teológico San Juan Pablo II, Escuelas Diocesanas de Liturgia y Catequesis) y el Aula Cultural *Civitas Dei*.

A nuestros monasterios les confío su intercesión y su renovado intento de ser, desde la vida consagrada, iconos de Cristo y de los consejos evangélicos. Tanto las hermanas contemplativas como la vida consagrada en general forman parte del alma de nuestra diócesis que nos alienta y nos propone continuamente que con Dios lo hemos alcanzado todo.

Finalmente confío a las Cofradías y Hermandades que se sumen a este movimiento general de búsqueda de Dios y que, juntos, podamos celebrar los acontecimientos centrales de los misterios de la Vida del Señor, de su Santísima Madre y los 400 años del reconocimiento de las Santas Formas.

A los Santos Niños, Justo y Pastor y a la Virgen María, puerta del cielo, le confiamos este curso contando con su divina asistencia.

† Juan Antonio Reig Pla
Obispo de Alcalá de Henares
Viaceli, 22 de agosto de 2018

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

1.1. Párroco

- **Rvdo. Sr. D. Jesús Lorenzo GUTIÉRREZ MÁRQUEZ**, Párroco de San Esteban Protomártir de Serracines. Fecha de nombramiento 2018/09/03.
- **Rvdo. Sr. D. Gabriel GARCÍA-ALAFAGEME ZARZA-URANGA**, Párroco de Santa Teresa de Jesús de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2018/09/05
- **Rvdo. Sr. D. Reinhard FUCHSLUGER**, Párroco de Nuestra Señora de Zulema de Villalbilla. Fecha de nombramiento 2018/09/20

1.2. Administrador Parroquial

- **Rvdo. Sr. D. Jesús Lorenzo GUTIÉRREZ MÁRQUEZ**, Administrador Parroquial de Asunción de Nuestra Señora de Fresno de Torote. Fecha de nombramiento 2018/09/03.
- **Rvdo. Sr. D. Reinhard FUCHSLUGER**, Administrador Parroquial de la Asunción de Nuestra Señora de Los Hueos. Fecha de nombramiento 2018/09/20.

1.3. Coadjutor

- **Rvdo. P. José María ESTÉBANEZ BÁRCENAS**, Coadjutor de San José de Alcalá de Henares. Fecha del nombramiento 2018/09/01.
- **Rvdo. Fr. Felipe LOMBRAÑA RUIZ**, Coadjutor de San Francisco de Asís de Alcalá de Henares. Fecha del nombramiento 2018/09/01.
- **Rvdo. Fr. Pablo SCIOTI**, Coadjutor de San Francisco de Asís de Alcalá de Henares. Fecha del nombramiento 2018/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Josue MULET JAUME**, Coadjutor de Santa Teresa de Jesús de Alcalá de Henares. Fecha del nombramiento 2018/09/05.
- **Rvdo. Sr. D. Jonás MALUNUNGI NTUMBA**, Coadjutor de Santiago Apóstol de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2018/09/05.
- **Rvdo. Sr. D. Jaime MORENO BALLESTEROS**, Coadjutor de la Purísima Concepción de Ajalvir. Fecha del nombramiento 2018/09/09.
- **Rvdo. Sr. D. Jaime MORENO BALLESTEROS**, Coadjutor de la Nuestra Señora de Los Berrocales de Paracuellos de Jarama. Fecha del nombramiento 2018/09/09.

1.4. Adscrito

- **Rvdo. Sr. D. Antimo NGUEMA MBANG**, Adscrito a la Parroquia de Santo Tomás de Villanueva de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2018/09/17.

1.5. Otros Cargos

- **Rvdo. Sr. D. Enrique SANTAYANA LOZANO**, Delegado Episcopal de Catequesis. Fecha de nombramiento 2018/09/04.
- **Rvdo. Sr. D. Josue MULET JAUME**, Secretario Adjunto del Obispo Diocesano. Fecha de nombramiento 2018/09/05.
- **Rvdo. Sr. D. Ángel Antonio CHINEA DE LÓPEZ-SOLER**, Capellán de la Residencia de Mayores de la C.A.M. en San Fernando de Henares. Fecha de nombramiento 2018/09/07.

- **Dña. Begoña CAÑAS REQUENA**, Delegada Episcopal para la Enseñanza Religiosa Escolar. Fecha del nombramiento 2018/09/08.
- **Rvdo. Sr. D. Francisco RODRÍGUEZ GONZÁLEZ**, Delegado Episcopal de Pastoral Vocacional. Fecha de nombramiento 2018/09/13.
- **Rvdo. Sr. D. Alberto MORANTE CLEMENTE**, Capellán del Monasterio de las MM Clarisas Franciscanas de Ntra. Sra. de La Esperanza de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2018/09/13.

ACTIVIDADES SR. OBISPO. SEPTIEMBRE 2018

4 Martes

Ntra. Sra. de la Consolación

* Por la mañana visitas y despacho en el Palacio Arzobispal.

5 Miércoles

Santa Teresa de Calcuta

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

6 Jueves

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

7 Viernes

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

8 Sábado

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Ntra. Sra. de Covadonga

* A las 18:00 h. en la Iglesia del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares Santa Misa con votos perpetuos de los Siervos y las Siervas del Hogar de la Madre.

* A las 20:30 h. en la Catedral-Magistral Pregón de la Virgen del Val.

9 Domingo

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 12:00 h. en las Concepcionistas Franciscanas (las "Úrsulas") de Alcalá de Henares Santa Misa con la Cofradía Cristo de la Agonía.

* A las 18:00 h. Oración con Familias en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

10 Lunes

Beato José de San Jacinto y compañeros mártires.

* A las 11:00 h. en la Catedral-Magistral inauguración de curso de la Universidad de Alcalá.

11 Martes

Ntra. Sra. de la Cueva Santa, Patrona de los Espeleólogos Españoles

* A las 11:00 h. Reunión de arciprestes y delegados.

12 Miércoles

Santo Nombre de María

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

13 Jueves

San Juan Crisóstomo, obispo y doctor

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa de envío de profesores de Religión.

14 Viernes

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

* A las 12:00 h. en la Parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. de Valdeavero Santa Misa del Cristo del Sudor.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa e imposición de medallas de nuevos miembros de la Cofradía Virgen del Val.

15 Sábado

Ntra. Sra. la Virgen de los Dolores - Ntra. Sra. de la Soledad

* A las 12:00 h. Santa Misa en la Parroquia de Ntra. Sra. de Arbuel de Villamanrique de Tajo por su patrón, Jesús Nazareno.

* A las 19:00 h. Procesión de la Virgen del Val desde la Catedral-Magistral hasta su ermita.

16 Domingo

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Ntra. Sra. del Val, patrona de la ciudad de Alcalá de Henares

* A las 12:00 h. Santa Misa en la ermita de la Virgen del Val, en su fiesta.

* A las 19:30 h. Santa Misa en la parroquia de Santa Teresa, de Alcalá de Henares con toma de posesión del nuevo párroco Rvdo. Gabriel García-Alfageme Zarza-Uranga.

17 Lunes

San Roberto Belarmino, obispo y doctor

Semana Pastoral Penitenciaria

* A las 19:00 h. en la fiesta de la Virgen del Val procesión desde su ermita hasta la Catedral-Magistral.

18 Martes

* Jornada sacerdotal.

19 Miércoles

San Jenaro, obispo y mártir

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 20:00 h. Eucaristía de inauguración de curso en el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor".

20 Jueves

San Andrés Kim Taegon, presbítero, y San Pablo Chong Hasang y compañeros mártires

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal Civitas Dei Aula Cultural Cardenal Cisneros. Presentación del libro del Cardenal Carlo Caffarra: "No anteponer nada a Cristo". Interviene: Mons. Juan Antonio Reig Pla, obispo de Alcalá de Henares.

21 Viernes

San Mateo, apóstol y evangelista

* A las 11:00 h. en Madrid reunión con los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid.

23 Domingo

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 13:00 h. en El Escorial Santa Misa y Primer Escrutinio de la Comunidad del Camino Neocatecumenal de la Parroquia de la Virgen de Belén de Alcalá de Henares.

24 Lunes

Ntra. Sra. de la Merced

* A las 11:30 h. en la cárcel de hombres de Alcalá-Meco Santa Misa por la patrona Ntra. Sra. de la Merced.

25 Martes

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del primero.

26 Miércoles

San Cosme y San Damián, mártires.

Beato Pablo VI

Beata Teresa Rosat Balasch, H.D.C., mártir

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

27 Jueves

San Vicente de Paúl, presbítero

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

28 Viernes

San Wenceslao, mártir y San Lorenzo Ruiz y compañeros mártires

* A las 11:00 h. en la Cripta de la Catedral-Magistral Santa Misa de inicio curso de la Vicaría Judicial.

29 Sábado

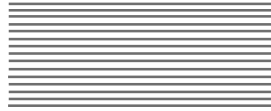
SANTOS ARCÁNGELES MIGUEL, GABRIEL Y RAFAEL

* A las 12:00 en el Santuario del Stmo. Cristo de los Aflijidos de Rivas-Vaciamadrid, Santa Misa y procesión.

30 Domingo

XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 12:00 h. en Guadarrama tertulia y Santa Misa con Familias por el Reino de Cristo.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

**CARTA DEL OBISPO DE GETAFE,
D. GINÉS GARCÍA BELTRÁN**

'NUESTRO PRÓXIMO PLAN DE EVANGELIZACIÓN'

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Comenzamos un nuevo curso pastoral, y lo hacemos con ilusión, la que nace de nuestra fe. Este curso viene rico de acontecimientos para nuestra Diócesis, con la esperanza de que también serán abundantes los frutos que cosecharemos.

El próximo mes de diciembre comenzaremos D.m., el año que conmemora el primer Centenario de la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, en el Cerro de los Ángeles. Momento de gracia que se prolongará a lo largo de todo el año, y en el que tendremos la oportunidad de renovar esta consagración como un acto de amor al Señor, así como el compromiso de ser una Iglesia misionera al servicio de nuestro pueblo.

También en este mes de octubre nos uniremos a la Iglesia universal que celebra en Roma el Sínodo de los Obispos dedicado a los jóvenes y a la pastoral

vocacional, y el Congreso organizado por la Conferencia Episcopal sobre los laicos y el Apostolado Seglar.

Junto a estos acontecimientos, e inspirándonos en ellos, nos disponemos como Iglesia del Señor que camina en Getafe a preparar nuestro próximo Plan de Evangelización. A lo largo de este nuevo curso os invito a orar, a reflexionar, a dialogar y a sugerir todo aquello que creáis necesario en el caminar de nuestra Diócesis, y a señalar cuáles han de ser sus prioridades pastorales para los próximos años.

Un Plan de Evangelización es un instrumento que tiene como vocación ayudarnos a vivir en comunión y a compartir una misma misión. Por supuesto que el Plan de Evangelización está llamado a ser una ayuda para todas las parroquias y comunidades cristianas en la hermosa y apremiante tarea de anunciar el Evangelio a todos los hombres con obras y palabras.

Un verdadero Plan de Evangelización ofrece criterios de unidad e ilumina el camino común de fe, al tiempo que ayuda a vivir la comunión eclesial, respetando siempre la variedad de los carismas que enriquecen a la Iglesia, teniendo en cuenta la diversidad de personas y comunidades, sin olvidar la identidad propia y las circunstancias particulares de cada una de ellas. No se trata de hacer todos lo mismo y de la misma manera, tampoco de hacer nada extraordinario, sino de andar un mismo camino, bajo la guía del ministerio del Obispo, siendo para el mundo signo de unidad.

El Obispo, como Padre y Pastor de la Diócesis, ofrece a la Iglesia que se le ha encomendado un plan de vida y trabajo pastoral común, y lo quiere hacer con vuestro auxilio, el del Pueblo Santo de Dios, para hacer así visible y efectiva la sinodalidad de la Iglesia.

Nuestro nuevo Plan de Evangelización debe surgir del verdadero sentir de las comunidades de nuestra Diócesis, de su corazón, de vuestras expectativas, de vuestras necesidades, y sobre todo del querer de Dios; para esto es necesario escuchar lo que el Espíritu dice a la Iglesia.

Quisiera que realizáramos esta labor de preparación del nuevo Plan de Evangelización con algunas actitudes que nos inspiren y ayuden a vivirlo como verdadero momento de gracia, no buscando nuestro interés sino siempre el de Jesucristo.

En primer lugar, necesitamos la confianza, la fe, al igual que Abraham poniéndonos en camino. Es el Señor el que viene con nosotros, va delante para animarnos a seguir caminando por la senda por la que venimos haciéndolo a lo largo de estos últimos 26 años de la existencia de nuestra Diócesis, y, al mismo tiempo, nos invita a mirar con esperanza e ilusión, desterrando todo temor, al futuro.

No estamos solos, la consoladora presencia del Señor a nuestro lado nos anima a dar respuesta cada día a los retos nuevos que se presentan a la evangelización. Y si alguno ha caído en la tentación de quedarse rezagado, de no caminar al ritmo de la Iglesia, es también el Señor quien viene detrás para empujarnos, para mostrarnos el camino de la salvación, para ayudarnos a mirar más allá de nuestra corta mirada, de nuestras preferencias, de nuestras ideas cerradas, para mirar al horizonte amplio de la vida eterna, meta del hombre y del mundo.

En el trabajo que se os propone en este documento "¡Ve a la tierra que yo te mostraré!", es también fundamental la oración, un clima orante. Se trata de dar respuesta a lo que Dios nos pide, a lo que espera de nosotros, como lo hizo con Abraham, nuestro padre en la fe.

Antes de responder a las preguntas o de dar las sugerencias que se piden, hemos de ponernos en la presencia de Dios, hacerlo en un momento de oración, ya sea personal o comunitaria. Permíteme que insista en la necesidad de escuchar lo que el Espíritu pide a nuestra iglesia.

También es necesaria la libertad. No se trata de decir lo que el otro espera escuchar de ti, sino lo que cada uno cree que debe aportar para el bien de todos. Es necesario mirar nuestra realidad, contemplar nuestras comunidades, y discernir cuáles son las verdaderas necesidades que tenemos para seguir siendo una Iglesia evangelizadora y misionera.

Necesitamos también la humildad. Despojarnos del calzado de lo que siempre hemos hecho, de lo que en otros momentos ha podido ser conveniente y ya no lo es, para buscar lo que Dios quiere y espera en este momento de nosotros. La humildad verdadera nos dará valentía para decir aquello que hemos de decir, y para buscar sin miedo la voluntad de Dios en todas las cosas. Necesitamos la audacia evangélica de los que saben que la Iglesia es de Dios.

Nos tiene que inspirar en todo momento el deseo de comunión. Somos una iglesia grande, rica y plural, pero la iglesia no es tal si no vive la comunión, comunión con Dios que nos convoca, y comunión con los hermanos. Nuestra riqueza es también nuestra variedad, y seremos ricos en la medida que seamos capaces de compartir nuestros dones con los demás y ponerlos al servicio de todos.

Por último, no nos olvidemos de los más pobres. Pienso en este momento en los que no tienen lo necesario para vivir con dignidad, pero también pienso, no puedo dejar de pensar, en aquellos que viven la pobreza de la ausencia de Dios. Son muchos, muchísimos, los hombres y mujeres de nuestra tierra que no conocen al Señor, que no participan en la vida de la Iglesia, que no tienen el consuelo de la fe. Nuestra misión ha de ser universal, nuestra misión es para todos. Cómo me gustaría que todos los que viven con nosotros conocieran al Señor, lo amaran y lo siguieran.

Agradezco a los que han hecho posible este documento de trabajo que hoy tenéis en vuestras manos. Y os invito a todos, sacerdotes, consagrados y laicos a trabajar con empeño e ilusión en este proyecto de nuestro próximo Plan de Evangelización.

Encomiendo este trabajo a la Virgen Santísima, la Madre de la Iglesia, y a los Santos de nuestra Diócesis, que con su intercesión nos ayuden a todos a vivir y a servir al Señor en su Iglesia.

Con mi afecto y bendición.

† Ginés, Obispo de Getafe
Sábado 8 de septiembre,
Fiesta de la Natividad de la Virgen María.

DECRETO

Prot. N. AV 6/18

La Superiora General de las **Misioneras de Santa Teresita del Niño Jesús**, Hermana **JULIA MATILDE PÉREZ ARANGO**, mediante escrito con fecha 22 de junio 2018 (Prot. Nº 1858/18), solicita el consentimiento previsto en el c. 609 del Código de Derecho Canónico para erigir una casa religiosa en Ciempozuelos (Madrid) en esta Diócesis de Getafe.

La comunidad está formada por cuatro Hermanas y residirán en el Centro San Juan de Dios, Avda. San Juan de Dios.

Considero que establecerse en la Diócesis será un bien para extender su carisma, y un beneficio espiritual para esta Iglesia particular, por lo que

DOY MI CONSENTIMIENTO

Para que la casa sea erigida conforme a las Constituciones de la Institución de las **Misioneras de Santa Teresita del Niño Jesús**.

La erección lleva consigo la licencia para instalar un oratorio, previa visita del párroco en mi nombre, de acuerdo con el c. 1224 §1 del CIC., y teniendo en cuenta lo indicado en el § 2, del citado canon, por lo que respecta al uso del oratorio.

Dado en Getafe, a 16 de julio de 2018, en la fiesta de Nuestra Señora la Virgen del Carmen.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

DECRETO

GINÉS GARCÍA BELTRÁN
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
OBISPO DE GETAFE

La Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno y San José Obrero,
en Pinto, cumplirá 50 años.

Don Francisco Javier Marabel López, como Presidente, y en nombre de la Junta Directiva, solicita, con fecha 16 de abril de 2018, la concesión de un Año de Gracia, que comenzaría el día 2 de diciembre de 2018, Primer Domingo de Adviento, y concluiría el 24 de noviembre de 2019, en la Solemnidad de Cristo Rey.

Por las presentes,

DECRETO

Un **AÑO DE GRACIA** se llama así, no solamente porque comienza y se desarrolla con actos de piedad, sino también porque está destinado a promover la santidad de vida.

Durante este período, conforme al sentir de la Iglesia, podrán obtenerse indulgencias cuando, además de cumplir con las condiciones comunes (estar en estado de gracia, la disposición interior de rechazo del pecado, incluso venial, confesión y comunión, y orar por las intenciones del Pontífice) se realice una peregrinación piadosa y allí se participe, individual o comunitariamente, en algún acto piadoso en los lugares determinados. Los ejercicios de piedad para que a través de los mismos, Dios sea glorificado dignamente y el hombre obtenga provecho espiritual e impulso para llevar una vida cristiana coherente.

Celebrar un Año de Gracia tiene como fin la renovación interior e implica **tres acciones necesarias:**

- un examen de conciencia profundo sobre la propia vida del bautizado y de la **comunidad celebrante**,
- un arrepentimiento sincero y un propósito firme de conversión,
- caminar hacia el amor misericordioso del Padre.

La *Indulgencia plenaria*, que es la remisión de la pena debida a los pecados y que pueden lucrar los fieles penitentes una vez al día, con las condiciones acostumbradas cumplidas las ceremonias establecidas, y que también puede aplicarse como sufragio por las almas del Purgatorio, se puede obtener:

- a) Al visitar la Ermita en forma de peregrinación y hubieran estado frente a la imagen del Nazareno, expuesta a la pública veneración, al menos por un prudente espacio de tiempo de meditación, concluyendo con la Oración dominical y el Símbolo de la Fe. También, excepcionalmente, aunque no esté la imagen y haya una representación.
- b) Al participar en los actos que, con motivo del Año de Gracia se organicen a lo largo del Año: procesiones, triduos, novenas y peregrinaciones.
- e) En la Parroquia San Francisco Javier, en el día de la fiesta del titular, 3 de diciembre, y en el aniversario de la Hermandad, un día de la Semana Santa (*Enchiridion Indulgentiarum*, n. 65).

- d) Al visitar el cementerio y orar por los difuntos, aplicable a las almas del Purgatorio, desde el día 1 hasta el 8 de noviembre de 2019; los demás días del año será parcial (*Enchiridion Indulgentiarum*, n. 13).
- e) A los fieles que asistan devotamente en el solemne rito eucarístico con que terminen los actos del Año de Gracia (*Enchiridion Indulgentiarum*, n. 23).

Los fieles cristianos, impedidos por edad avanzada, o grave enfermedad, podrán conseguir la *Indulgencia plenaria* si, unido al rechazo de cualquier pecado, y con la intención de cumplir tan pronto como pudieran las tres condiciones acostumbradas, se unieran espiritualmente ante una imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno y a los ritos jubilares con sus oraciones y ofreciendo a Dios misericordioso sus dolores. También podrán lucrar la *Indulgencia plenaria*, de esta forma, las monjas contemplativas por razón de su clausura.

Todos los fieles podrán lucrar, varias veces al día, *Indulgencia parcial* si, con corazón contrito, practicasen las obras de misericordia: en las visitas a los enfermos en sus casas o en los centros hospitalarios; a los centros penitenciarios; al cementerio, rezando por los difuntos; o colaborando en las Caritas parroquiales o en cualquier institución de caridad. Así como con el rezo del *Mírame, oh bueno y dulcísimo Jesús*, cualquier día del año, y *plenaria* cualquier viernes del tiempo de Cuaresma.

Así mismo, dispongo que en este Año de Gracia, con el fin de facilitar el acceso de los fieles al perdón divino por el *poder de las llaves* de la Iglesia, los sacerdotes, tanto en los templos Jubilares como en los demás lugares de culto, se ofrezcan con ánimo pronto y generoso, a la celebración de la Penitencia.

Les ruego, por lo tanto, en cuanto al Sacramento de la Penitencia:

- Una renovación pastoral del sacramento y la aplicación del Ritual.
- Que en todas las parroquias y lugares de culto existan horarios de confesiones y sacerdotes disponibles en el confesonario.
- La mejor aplicación de la fórmula A con los diálogos rituales.

- La digna celebración comunitaria de la Penitencia (fórmula B) en los tiempos litúrgicos del Adviento y la Cuaresma, bien preparada y con abundancia de sacerdotes.

Dado en Getafe, el día 8 de junio de 2018, en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Con fecha de 6 de septiembre de 2018, el Sr. Obispo ha realizado los siguientes nombramientos pastorales:

ARCIPRESTES (POR UN AÑO):

- **D. Laureano Arrogante Gómez.** Arcipreste de San Martín de Valdeiglesias.
- **D. Óscar Martínez Rodríguez.** Arcipreste de Griñón.

PÁRROCO:

- **D. Álvaro Antonio Aceituno García.** Nuestra Señora de la Asunción, en Pelayos de la Presa.
- **P. Mario Beato Prieto,** OSA. Nuestra Señora de la Consolación, en Móstoles
- **P. Julio Díez de Andrés,** SDB. Cristo Liberador, en Parla.

- **P. Jean Claude Kakule Kamabu.** Santa Teresa del Niño Jesús, en Leganés.
- **D. Gustavo Gutiérrez Gil.** La Anunciación de Nuestra Señora, en Fuenlabrada.
- **D. Ángel Tomás Linares Jiménez.** Santiago Apóstol, en Sevilla la Nueva.
- **D. Norberto Otero López.** San Antonio, en Aranjuez.
- **D. Antonio Yáñez Gómez.** Santo Domingo de la Calzada, en Alcorcón.

ADMINISTRADOR PARROQUIAL:

- **D. José Ignacio Izquierdo Ramones.** San Pascual, en Aranjuez.
- **D. Herminio Majeda Esteban.** Santa Ana, en Fuenlabrada.

VICARIO PARROQUIAL:

- **D. Víctor Javier Castaño Moraga.** San Salvador, en Leganés.
- **D. Daniel Fabre Jañez.** Santa Sofía, en Alcorcón.
- **D. Juan Manuel González Barrios.** Nuestra Señora de la Asunción, en Móstoles.
- **P. Tomás González Herrero.** Santa Teresa del Niño Jesús, en Leganés.
- **D. Aroldo Herrera Carmona.** Nuestra Señora de la Saleta, en Alcorcón.
- **D. Julio Jiménez López.** San Esteban Protomártir, en Fuenlabrada.
- **D. Gaspard Kanzira.** Nuestra Señora de la Salud, en Leganés.
- **P. Xavier Sibi Valiathara Sebastian, OSA.** Nuestra Señora de la Consolación, en Móstoles.
- **P. Binukumar Vakkalakkal, OSA.** Nuestra Señora de la Consolación, en Móstoles.

ADSCRITO:

- **D. Carlos Dorado Aguado.** Santa María de la Alegría, en Móstoles.
- **D. Ángel Villaplana Rivero.** La Asunción de Nuestra Señora, en Arroyomolinos.

OTROS NOMBRAMIENTOS:

- **D. Victor Javier Castaño Moraga.** Comisario para los actos del Año Santo Jubilar con motivo del Centenario de la Consagración de España al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles.
- **D. Carlos Díaz Azarola y equipo sacerdotal del Seminario.** Capellanía Fundación Jesús y San Martín.
- **D. Guillermo Fernández Fernández.** Vicecanciller de la Diócesis.



DEFUNCIONES

– **Dña. Amalia García Martín**, falleció el 23 de septiembre de 2018, en Madrid, a los 90 años de edad. Madre de tres hijos, uno de ellos el sacerdote diocesano Pablo Morata, párroco de Santiago Apóstol, en Casarrubuelos y Delegado Diocesano de Pastoral Penitenciaria.

Tú, Señor, que permites que nuestra morada corpórea sea destruida, concede a tu hija Amalia una morada eterna en los cielos.

Conferencia Episcopal Española

EL VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE FALLECIÓ ANASTASIO GIL, DIRECTOR DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE MISIONES

En la mañana del viernes 7 de septiembre, ha fallecido Anastasio Gil García, director de la Comisión Episcopal de Misiones de la Conferencia Episcopal Española (CEE) y director nacional de Obras Misionales Pontificias, tras casi un año de enfermedad. En los últimos días recibió la unción de los enfermos y ha estado acompañado de su familia y de las personas con las que ha trabajado en los últimos años.

Anastasio Gil era, desde 1999, director de la Comisión Episcopal de Misiones en la CEE. Anteriormente había sido en la CEE, subdirector del Secretariado Nacional de Catequesis, a la que se incorporó en 1988.

Entre 2006 y 2011 dirigió el Fondo Nueva Evangelización de la CEE. En 2011 comenzó a dirigir la cátedra de Misionología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso de Madrid, y desde 2008 era vicepresidente de la ONG Misión América. En el ámbito internacional, colaboró con su experiencia en diversas

instituciones misioneras dependientes de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos de la Santa Sede. Por otra parte, a lo largo de su trayectoria publicó numerosos libros y artículos de temática catequética, pedagógica y, por supuesto, misionera.

Su esfuerzo y dedicación han contribuido decisivamente a renovar e impulsar la animación misionera en España. Ha visitado en numerosas ocasiones las 69 delegaciones diocesanas de Misiones, apostando por una labor de concienciación misionera realizada en comunión eclesial. Para esta tarea de animación, Anastasio Gil no contó solo con todos los delegados de Misiones, sino que supo aglutinar también a todas las instituciones y servicios misioneros de la Iglesia católica en nuestro país. En las Asambleas de OMP en Roma era un ejemplo de trabajo bien hecho para todas las OMP del mundo. Aunque él nunca estuvo como misionero en los territorios de misión, ha entregado su vida por amor a la evangelización y al trabajo de los misioneros en toda la Tierra.

Anastasio Gil García había nacido el 11 de enero de 1946 en Veganzones (Segovia). Fue ordenado sacerdote a los 24 años en la diócesis de Segovia, aunque en 1983 se incardinó en la diócesis de Madrid. Licenciado en Teología por la Universidad de Comillas en 1970, completó sus estudios con una diplomatura en Psicología Educativa en 1972, y con un doctorado en Teología por la Universidad de Navarra en 1981. En ese tiempo fue también coadjutor en la parroquia Nuestra Señora de la Asunción de Algete. En 1987 fue nombrado delegado de Catequesis de Alcalá de Henares, que por aquel entonces era una vicaría de la archidiócesis de Madrid, y pasó posteriormente a ser diócesis, con él mismo al frente de su Delegación Episcopal de Catequesis.

MONS. ÁNGEL FERNÁNDEZ COLLADO HA SIDO NOMBRADO OBISPO DE ALBACETE

La Santa Sede ha hecho público a las 12.00 horas de hoy, martes 25 de septiembre, que el papa Francisco ha nombrado a Mons. Ángel Fernández Collado obispo de Albacete. Así lo ha comunicado la Nunciatura Apostólica en España a la Conferencia Episcopal Española (CEE). Mons. Fernández Collado es, en la actualidad, obispo auxiliar de Toledo.

Al mismo tiempo el Santo Padre ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de esta diócesis presentada por Mons. Ciriaco Benavente Mateos, conforme al canon 401, parágrafo 1, del Código de Derecho Canónico.

Obispo auxiliar de Toledo desde 2013

Mons. Ángel Fernández Collado nació en Los Cerralbos (Toledo) el 30 de mayo de 1952. Cursó estudios en el seminario menor y mayor de Toledo, diócesis en la que fue ordenado sacerdote el 10 de julio de 1977. Es doctor en Historia de la Iglesia por la Universidad Gregoriana de Roma. Está diplomado en Archivística por la Escuela Vaticana de Paleografía.

El papa Francisco lo nombró obispo auxiliar de Toledo el 28 de junio de 2013. Recibió la ordenación episcopal el 15 de septiembre del mismo año. Compagina su ministerio episcopal con las clases en el seminario conciliar San Ildefonso, donde es profesor de Historia de la Iglesia. Es canónigo capellán mozárabe y archivero-bibliotecario de la Santa Iglesia Catedral Primada; además de vicario general y moderador de curia de la archidiócesis de Toledo.

En la Conferencia Episcopal Española es miembro de las Comisiones Episcopales de Patrimonio Cultural y de Liturgia.

Mons. Ciriaco Benavente Mateos, obispo de Albacete desde 2006

Mons. Benavente nació el 3 de enero de 1943 en Malpartida de Plasencia, provincia de Cáceres y diócesis de Plasencia. Cursó estudios eclesiásticos en el seminario de Plasencia y fue ordenado sacerdote el 4 de junio de 1966. Es graduado social por la Universidad de Salamanca (1971).

El 22 de marzo de 1992 fue ordenado obispo en Coria-Cáceres y el 16 de octubre de 2006 fue nombrado obispo de Albacete. En la CEE es miembro de las Comisiones Episcopales de Migraciones y de Pastoral Social.

MENSAJE DEL SANTO PADRE
FRANCISCO
PARA LA JORNADA MUNDIAL
DE ORACIÓN POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN

1 DE SEPTIEMBRE DE 2018

Queridos hermanos y hermanas:

En esta Jornada de oración deseo ante todo dar gracias al Señor por el don de la casa común y por todos los hombres de buena voluntad que están comprometidos en custodiarla. Agradezco también los numerosos proyectos dirigidos a promover el estudio y la tutela de los ecosistemas, los esfuerzos orientados al desarrollo de una agricultura más sostenible y una alimentación más responsable, las diversas iniciativas educativas, espirituales y litúrgicas que involucran a tantos cristianos de todo el mundo en el cuidado de la creación.

Debemos reconocer que no hemos sabido custodiar la creación con responsabilidad. La situación ambiental, tanto a nivel global como en muchos lugares concretos, no se puede considerar satisfactoria. Con justa razón ha surgido la nece-

sidad de una renovada y sana relación entre la humanidad y la creación, la convicción de que solo una visión auténtica e integral del hombre nos permitirá asumir mejor el cuidado de nuestro planeta en beneficio de la generación actual y futura, porque "no hay ecología sin una adecuada antropología" (Carta enc. *Laudato si'*, 118).

En esta Jornada Mundial de Oración por el cuidado de la creación, que la Iglesia Católica desde hace algunos años celebra en unión con los hermanos y hermanas ortodoxos, y con la adhesión de otras Iglesias y Comunidades cristianas, deseo llamar la atención sobre la cuestión del agua, un elemento tan sencillo y precioso, cuyo acceso para muchos es lamentablemente difícil si no imposible. Y, sin embargo, "el acceso al agua potable y segura es un derecho humano básico, fundamental y universal, porque determina la sobrevivencia de las personas, y por lo tanto es condición para el ejercicio de los demás derechos humanos. Este mundo tiene una grave deuda social con los pobres que no tienen acceso al agua potable, porque eso es negarles el derecho a la vida radicado en su dignidad inalienable" (ibíd., 30).

El agua nos invita a reflexionar sobre nuestros orígenes. El cuerpo humano está compuesto en su mayor parte de agua; y muchas civilizaciones en la historia han surgido en las proximidades de grandes cursos de agua que han marcado su identidad. Es sugestiva la imagen usada al comienzo del Libro del Génesis, donde se dice que en el principio el espíritu del Creador "se cernía sobre la faz de las aguas" (1,2).

Pensando en su papel fundamental en la creación y en el desarrollo humano, siento la necesidad de dar gracias a Dios por la "hermana agua", sencilla y útil para la vida del planeta como ninguna otra cosa. Precisamente por esto, cuidar las fuentes y las cuencas hidrográficas es un imperativo urgente. Hoy más que nunca es necesaria una mirada que vaya más allá de lo inmediato (cf. *Laudato si'*, 36), superando "un criterio utilitarista de eficiencia y productividad para el beneficio individual" (ibíd., 159). Urgen proyectos compartidos y gestos concretos, teniendo en cuenta que es inaceptable cualquier privatización del bien natural del agua que vaya en detrimento del derecho humano de acceso a ella.

Para nosotros los cristianos, el agua representa un elemento esencial de purificación y de vida. La mente va rápidamente al bautismo, sacramento de nuestro renacer. El agua santificada por el Espíritu es la materia por medio de la cual

Dios nos ha vivificado y renovado, es la fuente bendita de una vida que ya no muere más. El bautismo representa también, para los cristianos de distintas confesiones, el punto de partida real e irrenunciable para vivir una fraternidad cada vez más auténtica a lo largo del camino hacia la unidad plena. Jesús, durante su misión, ha prometido un agua capaz de aplacar la sed del hombre para siempre (cf. Jn 4,14) y ha profetizado: "El que tenga sed, que venga a mí y beba" (Jn 7,37). Ir a Jesús, beber de él, significa encontrarlo personalmente como Señor, sacando de su Palabra el sentido de la vida. Dejemos que resuenen con fuerza en nosotros aquellas palabras que él pronunció en la cruz: "Tengo sed" (Jn 19,28). El Señor nos sigue pidiendo que calmemos su sed, tiene sed de amor. Nos pide que le demos de beber en tantos sedientos de hoy, para decirnos después: "Tuve sed y me disteis de beber" (Mt 25,35). Dar de beber, en la aldea global, no solo supone realizar gestos personales de caridad, sino opciones concretas y un compromiso constante para garantizar a todos el bien primario del agua.

Quisiera abordar también la cuestión de los mares y de los océanos. Tenemos el deber de dar gracias al Creador por el imponente y maravilloso don de las grandes masas de agua y de cuanto contienen (cf. Gn 1,20-21; Sal 146,6), y alabarlos por haber revestido la tierra con los océanos (cf. Sal 104,6). Dirigir nuestra mente hacia las inmensas extensiones marinas, en continuo movimiento, también representa, en cierto sentido, la oportunidad de pensar en Dios, que acompaña constantemente su creación haciéndola avanzar, manteniéndola en la existencia (cf. S. Juan Pablo II, Catequesis, 7 mayo 1986).

Custodiar cada día este bien valioso representa hoy una responsabilidad ineludible, un verdadero y auténtico desafío: es necesaria la cooperación eficaz entre los hombres de buena voluntad para colaborar en la obra continua del Creador. Lamentablemente, muchos esfuerzos se diluyen ante la falta de normas y controles eficaces, especialmente en lo que respecta a la protección de las áreas marinas más allá de las fronteras nacionales (cf. *Laudato si'*, 174). No podemos permitir que los mares y los océanos se llenen de extensiones inertes de plástico flotante. Ante esta emergencia estamos llamados también a comprometernos, con mentalidad activa, rezando como si todo dependiese de la Providencia divina y trabajando como si todo dependiese de nosotros.

Recemos para que las aguas no sean signo de separación entre los pueblos, sino signo de encuentro para la comunidad humana. Recemos para que se salve a quien arriesga la vida sobre las olas buscando un futuro mejor. Pidamos al

Señor, y a quienes realizan el eminente servicio de la política, que las cuestiones más delicadas de nuestra época ¿como son las vinculadas a las migraciones, a los cambios climáticos, al derecho de todos a disfrutar de los bienes primarios? sean afrontadas con responsabilidad, previsión, mirando al mañana, con generosidad y espíritu de colaboración, sobre todo entre los países que tienen mayores posibilidades. Recemos por cuantos se dedican al apostolado del mar, por quienes ayudan en la reflexión sobre los problemas en los que se encuentran los ecosistemas marítimos, por quienes contribuyen a la elaboración y aplicación de normativas internacionales sobre los mares para que tutelen a las personas, los países, los bienes, los recursos naturales -pienso por ejemplo en la fauna y la flora pesquera, así como en las barreras coralinas (cf. *ibíd.*, 41) o en los fondos marinos- y garanticen un desarrollo integral en la perspectiva del bien común de toda la familia humana y no de intereses particulares. Recordemos también a cuantos se ocupan de la protección de las zonas marinas, de la tutela de los océanos y de su biodiversidad, para que realicen esta tarea con responsabilidad y honestidad.

Finalmente, nos preocupan las jóvenes generaciones y rezamos por ellas, para que crezcan en el conocimiento y en el respeto de la casa común y con el deseo de cuidar del bien esencial del agua en beneficio de todos. Mi deseo es que las comunidades cristianas contribuyan cada vez más y de manera más concreta para que todos puedan disfrutar de este recurso indispensable, custodiando con respeto los dones recibidos del Creador, en particular los cursos de agua, los mares y los océanos.

Vaticano, 1 de septiembre de 2018

Francisco

MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO PARA EL DÍA INTERNACIONAL DE LAS PERSONAS SORDAS

¡Queridos hermanos y hermanas!

Hoy me hubiera gustado estar con vosotros, pero lamentablemente no ha sido posible; por lo tanto, me hago presente con este mensaje para expresaros mi cercanía, a la espera de poder encontrarme con vosotros en una próxima ocasión.

En esta celebración del 60º Día internacional de las personas sordas, -el primero se celebró en Roma el 28 de septiembre de 1958- deseo ante todo dar gracias al Señor por el testimonio de vuestra Asociación, el Ente Nacional de Sordos (ENS), y de tantos hombres y mujeres de buena voluntad que desde hace muchos años se comprometen en combatir la exclusión y la cultura del descarte para defender y promover, en todos los ámbitos, el valor de la vida de cada ser humano y, en particular, la dignidad de las personas sordas.

La del ENS es una historia que está hecha por personas que creyeron en la unidad, la solidaridad, en el compartir objetivos comunes, en la fuerza de ser comu-

nidad dentro de un largo camino cubierto de progresos, sacrificios y batallas cotidianas. Una historia hecha por aquellos que no se rindieron y siguieron creyendo en la autodeterminación de las personas sordas. Es un gran resultado si pienso en tantas personas sordas y en sus familiares que, enfrentados al desafío de la discapacidad, ya no se sienten solos.

En estas décadas se han logrado grandes avances en diversos ámbitos, científico, social y cultural, pero al mismo tiempo también se ha extendido la peligrosa e inaceptable cultura del descarte, como consecuencia de la crisis antropológica que ya no pone al hombre en el centro, sino que busca más bien el interés económico, el poder y el consumo desenfrenado (cf. *Evangelii gaudium*, 52-53). Entre las víctimas de esta cultura están las personas más vulnerables, los niños que tienen dificultades para participar en la vida escolar, los ancianos que experimentan la soledad y el abandono, los jóvenes que pierden el sentido de la vida y ven que les roban el futuro y sus mejores sueños.

Pensando en vosotros, me gustaría recordar que ser y hacer asociación es en sí mismo un valor. No sois una suma de personas, sino que os habéis unido para vivir y transmitir la voluntad de acompañar y apoyar a aquellos que, como vosotros, están en dificultades pero, ante todo, son portadores de una riqueza humana inestimable. Hoy hay una gran necesidad de vivir con alegría y compromiso la dimensión asociativa: estar unidos y ser solidarios, compartir experiencias, éxitos y fracasos, aunar recursos; todo esto contribuye a aumentar el patrimonio humano, social y cultural de un pueblo. Las asociaciones como la vuestra, -gracias a Dios en Italia no son pocas-, animan a todos a formar comunidad; de hecho, a ser comunidad, a acogernos mutuamente con nuestros límites y nuestros esfuerzos, pero también con nuestras alegrías y nuestras sonrisas. ¡Porque todos tenemos capacidades y límites!

Estamos llamados a ir contra la corriente, luchando sobre todo para que siempre esté tutelado el derecho de cada hombre y cada mujer a una vida digna. No se trata solo de satisfacer determinadas necesidades, sino incluso más, de reconocer el propio deseo de ser acogidos y de poder vivir de forma independiente. El desafío es que la inclusión se convierta en mentalidad y cultura, y que los legisladores y gobernantes no dejen de brindar su apoyo consistente y concreto a esta causa. Entre los derechos que deben garantizarse no hay que olvidar los del estudio, el trabajo, la vivienda, el acceso a la comunicación. Por eso, mientras se lleva adelante con tenacidad la lucha contra las barreras arquitectónicas, hay que comprometerse para derribar todas las barreras que impiden la posibilidad de relacionarse y encon-

trarse con autonomía y de alcanzar una cultura y una práctica de inclusión verdaderas. Esto se aplica tanto a la sociedad civil como a la comunidad eclesial.

Muchos de vosotros han alcanzado su posición social y profesional, incluso de alto nivel, con gran dificultad debido a la sordera, y esta es una gran conquista humana y civil. ¡Pero qué contento estoy cuando veo que vosotros, como otras personas con discapacidad, en fuerza de vuestro bautismo alcanzáis estos objetivos incluso dentro de la Iglesia, especialmente en el campo de la evangelización! Esto se convierte en ejemplo y estímulo para las comunidades cristianas en su vida cotidiana.

Espero que en cada diócesis, vosotros los sordos, junto con los agentes pastorales capacitados para el lenguaje de las señas, la lectura de labios y los subtítulos, colaboréis para que las personas sordas se integren plenamente en la comunidad cristiana y crezca en ellas el sentido de pertenencia. Para ello es necesaria una pastoral inclusiva en parroquias, asociaciones y escuelas.

El primer lugar de inclusión es, sin embargo, como siempre, la familia. Por lo tanto, también en este caso, las familias con personas sordas son protagonistas de la renovación de la mentalidad y del estilo de vida. Lo son tanto como destinatarias de servicios que, con todo derecho, reclaman de las instituciones competentes; tanto como sujetos de acción promocional en los ámbitos civil, social y eclesial.

Queridos amigos, se ha hecho mucho, también gracias a vosotros, para aumentar la acogida, la inclusión, el encuentro, la solidaridad. Pero aún queda mucho por hacer de cara a la promoción de las personas sordas, superando el aislamiento de muchas familias y rescatando a aquellos que todavía son objeto de discriminación inaceptable. Que os acompañe en este compromiso renovado mi oración y mi bendición. Pero vosotros también, por favor, no os olvidéis de rezar por mí y por toda la Iglesia, para que se convierta cada vez más en una comunidad fraterna y hospitalaria.

Del Vaticano, 28 de septiembre de 2018

Francisco

MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO
A LOS CATÓLICOS CHINOS
Y A LA IGLESIA UNIVERSAL

"Su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades"
(Salmo 100, 5)

Queridos hermanos en el episcopado, sacerdotes, personas consagradas y todos los fieles de la Iglesia católica en China: damos gracias al Señor, porque es eterna su misericordia y reconocemos que "él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño" (Sal 100,3).

En este momento resuenan en mi interior las palabras con las que mi venerado Predecesor os exhortaba en la Carta del 27 de mayo de 2007: "Iglesia católica en China, pequeña grey presente y operante en la vastedad de un inmenso Pueblo que camina en la historia, ¡cómo resuenan alentadoras y provocadoras para ti las palabras de Jesús: "No temas, pequeño rebaño; porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino" (Lc 12,32)! Por tanto, "alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre

que está en el cielo" (Mt 5,16)" (Benedicto XVI, Carta a los católicos chinos, 27 mayo 2007, 5).

1. En los últimos tiempos, han circulado muchas voces opuestas sobre el presente y, especialmente, sobre el futuro de la comunidad católica en China. Soy consciente de que semejante torbellino de opiniones y consideraciones habrá provocado mucha confusión, originando en muchos corazones sentimientos encontrados. En algunos, surgen dudas y perplejidad; otros, tienen la sensación de que han sido abandonados por la Santa Sede y, al mismo tiempo, se preguntan inquietos sobre el valor del sufrimiento vivido en fidelidad al Sucesor de Pedro. En otros muchos, en cambio, predominan expectativas y reflexiones positivas que están animadas por la esperanza de un futuro más sereno a causa de un testimonio fecundo de la fe en tierra china.

Dicha situación se ha ido acentuando sobre todo con referencia al Acuerdo Provisional entre la Santa Sede y la República Popular China que, como sabéis, se ha firmado recientemente en Pekín. En un momento tan significativo para la vida de la Iglesia, y a través de este breve Mensaje, deseo, sobre todo, aseguraros que cada día os tengo presentes en mi oración además de compartir con vosotros los sentimientos que están en mi corazón.

Son sentimientos de gratitud al Señor y de sincera admiración -que es la admiración de toda la Iglesia católica- por el don de vuestra fidelidad, de la constancia en la prueba, de la arraigada confianza en la Providencia divina, también cuando ciertos acontecimientos se demostraron particularmente adversos y difíciles.

Tales experiencias dolorosas pertenecen al tesoro espiritual de la Iglesia en China y de todo el Pueblo de Dios que peregrina en la tierra. Os aseguro que el Señor, precisamente a través del crisol de las pruebas, no deja nunca de colmarnos de sus consolaciones y de prepararnos para una alegría más grande. Con el Salmo 126 tenemos la certeza de que "los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares" (v. 5).

Sigamos, entonces, con la mirada fija en el ejemplo de tantos fieles y pastores que no han dudado en ofrecer su "testimonio maravilloso" (cf. 1 Tm 6,13) al Evangelio, hasta el ofrecimiento de la propia vida. Se han de considerar como verdaderos amigos de Dios.

2. Por mi parte, siempre he considerado a China como una tierra llena de grandes oportunidades, y al Pueblo chino como artífice y protector de un patrimonio inestimable de cultura y sabiduría, que se ha ido acrisolando resistiendo a las adversidades e integrando las diferencias, y que tomó contacto, no por casualidad, desde tiempos remotos con el mensaje cristiano. Como decía con gran sutileza el P. Mateo Ricci, S.J., desafiándonos a vivir la virtud de la confianza, "antes de establecer una amistad, se necesita observar; después de tenerla, se necesita confianza mutua" (*De Amicitia*, 7).

Tengo también la convicción de que el encuentro solo será auténtico y fecundo si se realiza poniendo en práctica el diálogo, que significa conocerse, respetarse y "caminar juntos" para construir un futuro común de mayor armonía.

En este surco se coloca el Acuerdo Provisional, que es fruto de un largo y complejo diálogo institucional entre la Santa Sede y las Autoridades chinas, iniciado ya por san Juan Pablo II y seguido por el Papa Benedicto XVI. A lo largo de dicho recorrido, la Santa Sede no tenía -ni tiene- otro objetivo, sino el de llevar a cabo los fines espirituales y pastorales que le son propios; es decir, sostener y promover el anuncio del Evangelio, así como el de alcanzar y mantener la plena y visible unidad de la comunidad católica en China.

Sobre el valor y finalidades de dicho Acuerdo, deseo proponeros algunas reflexiones, ofreciéndoo además alguna sugerencia de espiritualidad pastoral para el camino que, en esta nueva fase, estamos llamados a recorrer.

Se trata de un camino que, como la etapa precedente, "requiere tiempo y presupone la buena voluntad de las partes" (Benedicto XVI, Carta a los católicos chinos, 27 mayo 2007, 4), pero para la Iglesia, dentro y fuera de China, no se trata solo de adherirse a valores humanos, sino de responder a una vocación espiritual: salir de sí misma para abrazar "el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos" (Conc. Ecum. Vat. II, Const. ap. *Gaudium et spes*, 1), así como los desafíos del presente que Dios le confía. Por tanto, es una llamada eclesial para que nos hagamos peregrinos en los caminos de la historia, confiando ante todo en Dios y en sus promesas, como hicieron Abrahán y nuestros padres en la fe.

Abrahán, llamado por Dios, obedeció partiendo hacia una tierra desconocida que tenía que recibir en heredad, sin conocer el camino que se abría ante

él. Si Abrahán hubiera pretendido condiciones, sociales y políticas, ideales antes de salir de su tierra, quizás no hubiera salido nunca. Él, en cambio, confió en Dios y por su Palabra dejó su propia casa y sus seguridades. No fueron pues los cambios históricos los que le permitieron confiar en Dios, sino que fue su fe auténtica la que provocó un cambio en la historia. La fe, de hecho, "es fundamento de lo que se espera y garantía de lo que no se ve. Por ella son recordados los antiguos" (Heb 11,1-2).

3. Como Sucesor de Pedro, deseo confirmaros en esta fe (cf. Lc 11,32) -en la fe de Abrahán, en la fe de la Virgen María, en la fe que habéis recibido-, para invitaros a que pongáis cada vez con mayor convicción vuestra confianza en el Señor de la historia, discerniendo su voluntad que se realiza en la Iglesia. Invoquemos el don del Espíritu para que ilumine la mente, encienda el corazón y nos ayude a entender hacia dónde nos quiere llevar para superar los inevitables momentos de cansancio y tener el valor de seguir decididamente el camino que se abre ante nosotros.

Con el fin de sostener e impulsar el anuncio del Evangelio en China y de restablecer la plena y visible unidad en la Iglesia, era fundamental afrontar, en primer lugar, la cuestión de los nombramientos episcopales. Todos conocéis que, lamentablemente, la historia reciente de la Iglesia católica en China ha estado dolorosamente marcada por las profundas tensiones, heridas y divisiones que se han polarizado, sobre todo, en torno a la figura del obispo como guardián de la autenticidad de la fe y garante de la comunión eclesial.

Cuando, en el pasado, se pretendió determinar también la vida interna de las comunidades católicas, imponiendo el control directo más allá de las legítimas competencias del Estado, surgió en la Iglesia en China el fenómeno de la clandestinidad. Dicha experiencia -cabe señalar- no es normal en la vida de la Iglesia y "la historia enseña que pastores y fieles han recurrido a ella sólo con el doloroso deseo de mantener íntegra la propia fe" (Benedicto XVI, Carta a los católicos chinos, 27 mayo 2007, 8).

Quisiera daros a conocer que, desde que me fue confiado el Ministerio Petrino, he experimentado gran consuelo al constatar el sincero deseo de los católicos chinos de vivir su fe en plena comunión con la Iglesia universal y con el Sucesor de Pedro, que es "el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de fieles" (Conc. Ecum.

Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 23). De este deseo, he recibido durante estos años numerosos signos y testimonios concretos, también de parte de los que, incluso obispos, han herido la comunión en la Iglesia, a causa de su debilidad y de sus errores, pero, además, no pocas veces, por la fuerte e indebida presión externa.

Por lo tanto, después de haber examinado atentamente cada situación personal y escuchado distintos pareceres, he reflexionado y rezado mucho buscando el verdadero bien de la Iglesia en China. Finalmente, ante el Señor y con serenidad de juicio, en continuidad con las directrices de mis Predecesores inmediatos, he decidido conceder la reconciliación a los siete restantes obispos "oficiales" ordenados sin mandato pontificio y, habiendo remitido toda sanción canónica relativa, readmitirlos a la plena comunión eclesial. Al mismo tiempo, les pido a ellos que manifiesten, a través de gestos concretos y visibles, la restablecida unidad con la Sede Apostólica y con las Iglesias dispersas por el mundo, y que se mantengan fieles a pesar de las dificultades.

4. En el sexto año de mi Pontificado, que ya desde los primeros pasos puse bajo el amor misericordioso de Dios, invito por lo tanto a todos los católicos chinos a que se hagan artífices de reconciliación, recordando con renovado empuje apostólico las palabras de san Pablo: "Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación" (2 Co 5,18).

De hecho, como escribí al concluir el Jubileo Extraordinario de la misericordia, "no existe ley ni precepto que pueda impedir a Dios volver a abrazar al hijo que regresa a él reconociendo que se ha equivocado, pero decidido a recomenzar desde el principio. Quedarse solamente en la ley equivale a banalizar la fe y la misericordia divina. [...] Incluso en los casos más complejos, en los que se siente la tentación de hacer prevalecer una justicia que deriva sólo de las normas, se debe creer en la fuerza que brota de la gracia divina" (Carta ap. *Misericordia et misera*, 20 noviembre 2016, 11).

Con este espíritu, y con las decisiones adoptadas, podemos iniciar un camino inédito, que confiamos en que ayudará a sanar las heridas del pasado, a restablecer la plena comunión de todos los católicos chinos y a abrir una fase de mayor colaboración fraterna, para asumir con renovado compromiso la misión de anunciar el Evangelio. En efecto, la Iglesia existe para dar testimonio de Jesús y del amor del Padre que perdona y salva.

5. El Acuerdo Provisional firmado con las Autoridades chinas, aun cuando está circunscrito a algunos aspectos de la vida de la Iglesia y está llamado necesariamente a ser mejorado, puede contribuir -por su parte- a escribir esta nueva página de la Iglesia católica en China. Por primera vez, se contemplan elementos estables de colaboración entre las Autoridades del Estado y la Sede Apostólica, con la esperanza de asegurar buenos pastores a la comunidad católica.

En este contexto, la Santa Sede desea hacer lo que le corresponde hasta el final, pero también vosotros, obispos, sacerdotes, personas consagradas y fieles laicos, tenéis un papel importante: buscar de forma conjunta buenos candidatos que sean capaces de asumir en la Iglesia el delicado e importante servicio episcopal. No se trata, en efecto, de nombrar funcionarios para la gestión de las cuestiones religiosas, sino de tener pastores auténticos según el corazón de Jesús, entregados con su trabajo generoso al servicio del Pueblo de Dios, especialmente de los más pobres y débiles, teniendo en cuenta las palabras del Señor: "El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos" (Mc 10,43-44).

En este sentido, es evidente que un Acuerdo no es nada más que un instrumento, y por sí solo no podrá resolver todos los problemas existentes. En realidad, este resultaría ineficaz y estéril si no fuera acompañado por un compromiso profundo de renovación de la conducta personal y del comportamiento eclesial.

6. A nivel pastoral, la comunidad católica en China está llamada a permanecer unida, para superar las divisiones del pasado que tantos sufrimientos han provocado y lo siguen haciendo en el corazón de muchos pastores y fieles. Que todos los cristianos, sin distinción, hagan ahora gestos de reconciliación y de comunión. En este sentido, tomemos en serio la advertencia de san Juan de la Cruz: "A la tarde te examinarán en el amor" (Palabras de luz y de amor, 1,60).

Que, en el ámbito civil y político, los católicos chinos sean buenos ciudadanos, amen totalmente a su Patria y sirvan a su País con esfuerzo y honestidad, según sus propias capacidades. Que, en el plano ético, sean conscientes de que muchos compatriotas esperan de ellos un grado más en el servicio del bien común y del desarrollo armonioso de la sociedad entera. Que los católicos sepan, de modo particular, ofrecer aquella aportación profética y constructiva que ellos obtienen de su fe en el reino de Dios. Esto puede exigirles también la dificultad de expresar una palabra crítica, no por inútil contraposición, sino con el fin de edifi-

car una sociedad más justa, más humana y más respetuosa con la dignidad de cada persona.

7. Me dirijo a todos vosotros, queridos hermanos obispos, sacerdotes y personas consagradas, que "servís al Señor con alegría" (Sal 100,2). Que nos reconozcamos como discípulos de Cristo en el servicio al Pueblo de Dios. Que vivamos la caridad pastoral como brújula de nuestro ministerio. Que superemos las contradicciones del pasado, la búsqueda de intereses personales y atendamos a los fieles, haciendo nuestras sus alegrías y sufrimientos. Que trabajemos humildemente por la reconciliación y la unidad. Que retomemos con fuerza y pasión el camino de la evangelización, como señaló el Concilio Ecuménico Vaticano II.

A todos vosotros os digo nuevamente con afecto: "Nos moviliza el ejemplo de tantos sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos que se dedican a anunciar y a servir con gran fidelidad, muchas veces arriesgando sus vidas y ciertamente a costa de su comodidad. Su testimonio nos recuerda que la Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante" (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 19 marzo 2018, 138).

Os ruego con convicción que pidáis la gracia de no vacilar cuando el Espíritu nos reclame que demos un paso adelante: "Pidamos el valor apostólico de comunicar el Evangelio a los demás y de renunciar a hacer de nuestra vida cristiana un museo de recuerdos. En todo caso, dejemos que el Espíritu Santo nos haga contemplar la historia en la clave de Jesús resucitado. De ese modo la Iglesia, en lugar de estancarse, podrá seguir adelante acogiendo las sorpresas del Señor" (ibíd., 139).

8. En este año, en el que toda la Iglesia celebra el Sínodo de los Jóvenes, deseo dirigirme especialmente a vosotros, jóvenes católicos chinos, que atravesáis las puertas de la Casa del Señor "con himnos dándole gracias y bendiciendo su nombre" (Sal 100,4). Os pido que colaboréis en la construcción del futuro de vuestro País con los dones personales que habéis recibido y con vuestra fe joven. Os animo a llevar a todos, con vuestro entusiasmo, la alegría del Evangelio.

Estad dispuestos a acoger como guía segura al Espíritu Santo, que indica al mundo de hoy el camino hacia la reconciliación y la paz. Dejaos sorprender por la

fuerza renovadora de la gracia, también cuando os pueda parecer que el Señor os pide un compromiso superior a vuestras fuerzas. No tengáis miedo de escuchar su voz que os pide fraternidad, encuentro, capacidad de diálogo y de perdón, y espíritu de servicio, a pesar de tantas experiencias dolorosas del pasado reciente y de las heridas todavía abiertas.

Abrid el corazón y la mente para discernir el plan misericordioso de Dios, que nos pide superar los prejuicios personales y antagonismos entre los grupos y las comunidades, para abrir un camino valiente y fraterno a la luz de una auténtica cultura del encuentro.

Muchas son las tentaciones de hoy: el orgullo del éxito mundano, la cerrazón en las propias certezas, la supremacía dada a las cosas materiales como si Dios no existiese. Id contracorriente y permaneced firmes en el Señor: "Él solo es bueno", solo "su misericordia es eterna", solo su fidelidad dura "por todas las edades" (Sal 100,5).

9. Queridos hermanos y hermanas de la Iglesia universal: todos debemos reconocer como uno de los signos de nuestro tiempo lo que está sucediendo hoy en la vida de la Iglesia en China. Tenemos una tarea importante: acompañar con la oración fervorosa y la amistad fraterna a nuestros hermanos y hermanas en China. De hecho, ellos deben experimentar que no están solos en el camino que en este momento se abre ante ellos. Es necesario que sean acogidos y ayudados como parte viva de la Iglesia: "Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos" (Sal 133,1).

Que cada comunidad católica local, en todo el mundo, se comprometa a valorizar y a acoger el tesoro espiritual y cultural específico de los católicos chinos. Ha llegado la hora en que probemos juntos los frutos genuinos del Evangelio sembrado en el seno del antiguo "Reino del Medio" y que elevemos al Señor Jesucristo el canto de la fe y de la acción de gracias, embellecido con auténticas notas chinas.

10. Me dirijo con respeto a los que guían la República Popular China y renuevo la invitación a continuar el diálogo iniciado hace tiempo con confianza, valentía y amplitud de miras. Deseo asegurar que la Santa Sede seguirá trabajando sinceramente para crecer en la auténtica amistad con el Pueblo chino.

Los contactos actuales entre la Santa Sede y el Gobierno chino se están revelando útiles para superar las contraposiciones del pasado, también reciente, y para escribir una página de colaboración más serena y concreta en la certeza de que "las incomprensiones no favorecen ni a las Autoridades chinas ni a la Iglesia católica en China" (Benedicto XVI, Carta a los católicos chinos, 27 mayo 2007, 4).

De este modo, China y la Sede Apostólica, llamadas por la historia a una tarea difícil pero apasionante, podrán actuar más positivamente a favor del crecimiento ordenado y armonioso de la comunidad católica en tierra china, y se esforzarán en promover el desarrollo integral de la sociedad, asegurando un mayor respeto por la persona humana también en el ámbito religioso, trabajando de forma concreta en la protección del ambiente en el que vivimos y en la construcción de un futuro de paz y de fraternidad entre los pueblos.

Es de suma importancia que también en China, a nivel local, se profundicen cada vez más las relaciones entre los Responsables de las comunidades eclesiales y las Autoridades civiles, mediante un diálogo sincero y una escucha sin prejuicios que permita superar las actitudes recíprocas de hostilidad. Se tiene que aprender un estilo nuevo de colaboración sencilla y cotidiana entre las Autoridades locales y las eclesiásticas -obispos, sacerdotes, ancianos de las comunidades- de tal modo que se garantice el desarrollo ordenado de las actividades pastorales, armonizando las expectativas legítimas de los fieles y las decisiones que son competencia de las Autoridades.

Esto ayudará a comprender que la Iglesia en China no es ajena a la historia china, ni pide ningún privilegio: su finalidad en el diálogo con las Autoridades civiles es la de "llegar a una relación basada en el respeto recíproco y en el conocimiento profundo" (ibíd.).

11. En nombre de toda la Iglesia, pido al Señor el don de la paz, a la vez que os invito a todos a invocar conmigo la protección maternal de la Virgen María.

Madre del cielo, escucha la voz de tus hijos, que humildemente invocan tu nombre.

Virgen de la esperanza, a ti confiamos el camino de los creyentes en la noble tierra de China. Te pedimos que presentes al Señor de la historia las tribulaciones y las fatigas, las súplicas y las esperanzas de los fieles que te rezan, oh Reina del cielo.

Madre de la Iglesia, te consagramos el presente y el futuro de las familias y de nuestras comunidades. Protégelas y ayúdalas en la reconciliación fraterna y en el servicio hacia los pobres que bendicen tu nombre, oh Reina del cielo.

Consoladora de los afligidos, nos dirigimos a ti para que seas refugio de los que lloran en la hora de la prueba. Vela sobre tus hijos que alaban tu nombre, haz que lleven juntos el anuncio del Evangelio. Acompaña sus pasos por un mundo más fraterno, haz que todos lleven la alegría del perdón, oh Reina del cielo.

María, Auxilio de los cristianos, te pedimos para China días de bendición y de paz. Amén.

Vaticano, 26 de septiembre de 2018

Francisco

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.

